

Tengo algo
que
contarte

Yolanda Colomé



Tengo algo que contarte

Yolanda Colomé

A Álex las cosas no le van bien. Tiene una madre excéntrica y desapegada, que es la dueña de la empresa donde trabaja. Además, el recuerdo de su padre marca su relación con los hombres.

En la fiesta de su treinta y cinco cumpleaños descubre, de la manera más absurda, que está embarazada. La sorpresa es mayúscula, sobre todo porque lleva siglos sin acostarse con nadie.

La investigación por descubrir quién es el padre reúne a sus tres mejores amigas: Agustina, una mojigata, mamá de cuatro, que vive asfixiada en su matrimonio; Ivana, la líder de la “Operación Cabos Suelos”, una gótica pesimista emperrada en que nadie se aproxime al caparazón donde atesora sus sentimientos; y Saskia, una ninfómana devoradora de hombres, que vive en un mundo mucho más cándido, porque la realidad es demasiado dolorosa.

¿Será esta búsqueda el detonante para que cada una de ellas haga frente a sus demonios y se reconcilie con la vida? ¿Estarán los sospechosos a la altura de sus expectativas? ¿Qué condiciones debe reunir el mejor padre del mundo?

¿Puede el amor de tu vida oler a croissant de mantequilla?

Derechos de autor © 2024 Yolanda Colomé

Portada creada con Canva Pro

Todos los derechos reservados.

A mi madre, por quererme por encima de todo.
A todas las abuelas que llevo en mí: Pepeta, Amalia, María Rosa, Lin.
A todo tipo de madres y todo tipo de hijas: nunca es tarde para pedir perdón.
A Alexander, Emma y James, por entender que a veces vivo lejos, en la Literatura.
A mi padre, por la poesía.
A los libros, por la libertad.
A ti, por dedicarme unas horas de tu vida. Ojalá este libro te despierte una sonrisa.

*Oh, she's sweet but a psycho
a little bit psycho
at night, she's screamin'
«I'm-ma-ma-ma out my mind»*

Ava Max

*Hay cinco mil millones de mundos y una sola madre para todos.
Las madres son la democracia en el estado más puro.*

Coloma Fernández Armero

*El agua se aprende por la sed;
la tierra, por los océanos atravesados;
el éxtasis, por la agonía.
La paz se revela por las batallas;
el amor, por el recuerdo de los que se fueron;
los pájaros, por la nieve.*

Emily Dickinson

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[¿Qué me estás contando?](#)

[1. El peor cumpleaños de mi vida](#)

[2. Los milagros no existen](#)

[3. ¿Yo? ¿Algo que contarte?](#)

[4. Mamá y Chusmi, puaj, por favor](#)

[5. Una tarde en Wakanda](#)

[6. Todos los caminos conducen a Pelayo](#)

[7. Más Cheetos, un morreo y un marido desesperado](#)

[8. Ricky y el Tercer Hombre](#)

[9. No pudo ser Ricky](#)

[10. La revelación de Saskia](#)

[11. El beso del Capitán América](#)

[12. Viaje a mis orígenes](#)

[Operación "Cabos Sueltos"](#)

[14. La transformación de Agus](#)

[13. Una estrategia absurdísima](#)

[15. Persiguiendo a Pelayo](#)

[16. El escenario del crimen: el hotel Arts](#)

[17. Una noticia inesperada, no, lo siguiente](#)

[La realidad supera la ficción](#)

[18. ¿Qué pinta mi madre en todo esto?](#)

[19. Una confesión robada y dos culpables](#)

[20. A sangre fría](#)

[21. Lo que la verdad esconde](#)

[22. El largo adiós](#)

[23. El amor \(a veces\) llama dos veces](#)

[24. La suerte de las mariposas](#)

[Agradecimientos](#)

Esta no es la típica novela de amor.
Tampoco una historia de espías.
Ni siquiera un tratado de superhéroes y villanos.
Es la historia de una chica confusa en un mundo donde pasan cosas confusas.
Porque no todo es blanco o negro.
Porque no siempre se quiere o no se quiere.
Vivir es avanzar por una cuerda floja.
Qué fácil sería ser payaso en lugar de equilibrista.

¿Qué me estás contando?

1. El peor cumpleaños de mi vida

—Chicas, ¿se puede saber por qué estoy miccionando en una copa de gin-tonic sobre una rama de canela? —pregunta Agus entre sollozos.

—«Miccionar» es de lerdos —responde Ivana, que lleva una cogorza del tamaño de una medusa gigante.

—Es una fórmula infalible —improviso—, ayuda a potenciar los resultados en los estadios incipientes del embarazo.

—¡Que estoy embarazada! «Dios juzgará a los fornicadores y a los adúlteros». Hebreos, 13:4. ¿Y ahora qué va a ser de mí?

Agus lleva el rímel corrido y se aferra a un clínex como si su vida dependiera de ese pedazo de celulosa. La cosa no sería tan grave si no fuera porque tiene ya cuatro hijos varones, dos de ellos mellizos, y un marido hiper religioso que opina que donde comen cuatro, comen veinte.

—Hazte la prueba y calla —zanja Ivana, que apoya sus Martins cochambrosas en mi bidé y no consigue mantener los ojos abiertos.

—¡No lo entiendes! «Todos sus caminos son justicia». ¡Lo dice el Deuteronomio!

Ivana le da varias vueltas a la argolla que le cuelga de la nariz y pone los ojos en blanco como diciendo: «Estamos jodidas». Seguramente piense igual que yo: que el quinto embrión de Agustina va a arruinar definitivamente mi fiesta de cumpleaños.

Se me ocurren varias ideas para sabotear el plan de Agus, a cuál más patética: esconderle el Predictor en el cesto de la ropa sucia; lanzarlo por la ventana directo al patio de luces; hacerme con él un moño japonés... pero los litros de ginebra que me he pimplado perjudican seriamente la labor de mis conexiones neuronales.

Si lográsemos amañar el resultado, salvar lo que queda de mi fiesta, encontrar la forma de que el Predictor le devuelva un negativo de manual.... ¡Eso es! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? ¿Quién mejor que yo para hacer la prueba en su lugar?

—¡Es una idea brillante! —le espeto a la irresoluta que llevo dentro.

Le robo a Agus su cóctel hormonado y las echo fuera de mi baño. Agus me mira extrañada, pero termina por cederme el Predictor cuando la animo a que se relaje y lo deje todo en mis manos, que para eso están las amigas. Los lagrimones de Agustina hacen que me sienta peor persona de lo que seguramente soy. Pero no hay marcha atrás.

Ivana empuja a nuestra supermamá hacia la salida, apoyándose en la pared para no romperse la crisma. Luego me conmina a darme prisa con su finura característica:

—Espabila, que estoy a punto de potar.

Una vez a solas realizo la prueba en su lugar; total, hace mil siglos que no me acuesto con nadie. Y digo mil por no decir diez mil. Mi puntería deja mucho que desear. Concentro todas mis neuronas en impedir que el Predictor se me cuele por el wáter. Ya es toda una hazaña mantener el equilibrio mientras intentas dar en la diana. Solo de pensar que está en camino otro rubio de catálogo me entran ganas de montar una agencia. Podríamos hacernos millonarias, con lo que sacásemos de los anuncios y los vídeos de TikTok.

Listo. La bronca puede ser épica, si se entera, pero no hay de qué preocuparse, está todo bajo control. Mañana tengo pensado contarle *toooooo* la verdad: que sin querer lo rocié con Carolina Herrera. O agua micelar. Que cuando pasan estas cosas una se hace otra prueba y punto, si total guarda montones de esos chismes en su botiquín. Los usa como si fueran tiritas.

Apenas unos segundos más tarde, me siento obligada a reunirme con el personal. Ahí afuera no paran de corear mi nombre. Salgo del baño enarbolando el test y me abrazo a Agus con un: «¿Lo ves?». Mi amiga no se atreve a mirar la ventana de resultados, pero nos dedica una sonrisa generosa y aprieta el Predictor contra el pecho como si quisiera incrustárselo en las costillas. Luego lo destierra al fondo de su Michael Koors marrón y me lanza un beso con la mano.

Entretanto, Jota se acerca y me deja medio ciega con el *flash* de la réflex de mi madre. Al fondo, oigo los gritos de mi progenitora:

—¡Atención, atención! ¡*Attention, please!*

Me desplazo hacia el epicentro del bullicio para comprobar a qué se debe tanta expectación. Linda se ha encaramado a una silla y está obligando a callar a todos mis amigos. Quizá sea su metro ochenta, sus ojos verde oliva o sus interminables piernas de holandesa castiza. La cuestión es que su llamada surte efecto.

—Como sabéis, hoy es el cumpleaños de mi hija Álex. Quería agradecer a todos *que habéis* hecho posible esta fiesta sorpresa. ¡Te quiero! ¡*Ik hou van je!*

Vaya, ¿se habrá golpeado la cabeza y habrá vuelto en sí convertida por fin en una madre de verdad? Se aproxima a darme un abrazo, pero un chispazo de electricidad estática se ha interpuesto entre nuestro amago de reconciliación. No debería extrañarme. Nos sucede a menudo. Es lo que tiene vivir a mil leguas afectivas la una de la otra.

Lo que ha acontecido después forma ya parte de la rutina de mi madre: Linda se ha lanzado a los brazos del maldito Jota y se ha dejado magrear por el que podría ser su nieto en la improvisada pista de baile de mi salón. Se han besado como si quisieran absorberse de cuajo. ¿Se habrá propuesto arruinar la que ya de por sí era la fiesta de cumpleaños más deplorable de mi vida? ¿Qué diría papá si se alzara de la tumba y la viera agarrada a un tatuaje gigante cuyo pasatiempo predilecto es crujirse los nudillos?

Un breve vistazo a mi alrededor me conmina a volver de inmediato al presente: Saskia baila en lo alto de la encimera de mi cocina, mientras un séquito de fans, a cuál más borracho, la insta a que se deje de milongas y se quite de una vez el sujetador; Pelayo unta rebanadas de pan Bimbo sin cesar con todo lo que encuentra en la nevera; y para postres, ella, mi madre, a la que nadie ha dado vela en este entierro, continúa besándose delante de mis narices con su proyecto de novio al que triplica la edad.

Ni la voz de Saskia me salva de presenciar lo inevitable: la mano de Jota alcanzando el final de su trayecto en un descenso en picado por la huesuda espalda de mi madre. Puaj.

—¿Se puede saber en qué zulo tienes secuestrado a Ricky Martin?

Saskia se seca el sudor de la frente con un trapo de cocina que debe de haber trajinado desde el podio donde compartía protagonismo con el microondas y un juego de cuchillos japoneses. Cruza los brazos a la espera de una respuesta.

—Se llama Ricky «Marvin». Y no es mi novio, si eso es lo que piensas.

Me sirvo una copa de la barra improvisada de bebidas: una tabla de planchar que bascula cuando te apoyas y que ahora mismo estoy dejando perdida de ginebra. Si tuviera algo con Ricky, se habría molestado en mandarme algún mensaje. Habría hecho como Saskia: agarrar un vuelo de ida y vuelta para celebrar mi cumpleaños. Si le importara lo más mínimo, ya me habría llevado a una cabaña perdida en algún paraje idílico con lago y chimenea. Nos habríamos

revolcado, desnudos y sudorosos, sobre una alfombra de piel de vaca mientras el mundo crepita a nuestro alrededor.

—Así que míster *Buenorro* no ha venido.

Saskia me escudriña con sus intensos ojos azules. Me pregunto si alguien le ha dicho a Pelayo que deje ya de untar pan Bimbo.

—*Amore*, no le des más vueltas: todo lo que encuentres dentro de un paréntesis lo puedes ignorar. Es la ley de Bonavista. En cuanto termine este maldito proyecto en Leeuwarden no te sacaré el ojo de encima, ¿oyes, amor?

Mi amiga me planta un beso en la sien cargado de ese tipo de afecto que solo reciben los niños felices y que yo nunca terminé de ubicar en mi madre. Luego, seguida de una corte de moscardones, se aleja con sus contundentes ciento y pico quilos. La persona más asertiva que conozco se mezcla entre la multitud, pero su carisma tarda todavía algunos segundos en abandonarme. Me pregunto cómo hacen los demás para vencer sus frustraciones y levantarse cada día con el ánimo de ser un poco más felices.

Sin grandes esfuerzos, el *DJ* que he contratado para la ocasión consigue que los asistentes se desgañiten y salten ahora como posesos al ritmo de Quevedo. Me abruma el rumbo que está tomando la fiesta. Tengo treinta y cinco años menos doce minutos. Mi récord de permanencia junto a un tío es de ocho semanas y tres días. Sería un buen momento para que el hombre de mi vida irrumpiera con un gin-tonic con bayas de enebro, me rodease con sus brazos y me dijera, como le dice Susan a Paul en el libro de Julian Barnes cuyo título ahora mismo no recuerdo: «¿Dónde has estado durante el resto de mi vida?».

—¿Dónde te habrás metido! —vocifero, dando un sorbo a mi bebida.

—Estoy aquí. No hace falta que me grites.

Joder, qué susto. No esperaba que nadie acudiera a mi súplica desesperada. Y menos al erudito de Pelayo. Dudo entre recitarle la tabla periódica o sacar a relucir su indumentaria. ¿Es que no le da grima, su colección de jerséis agujereados?

—Ya es triste, no conocer a la mitad de tus invitados —comenta, dándole un bocado a un sándwich de Philadelphia.

—Es lo que tienen las fiestas sorpresa. Pero si quieres te presento a Cebalín, que está en ese cajón de ahí —digo locuaz, aludiendo a las manchas de aceite alrededor de su ombligo.

Pelayo agacha la cabeza y repara en los churretones que pueblan su vestimenta. Intenta frotarlos, pero finalmente se quita el jersey, se lo ata a la cintura y se queda en mangas de camisa. «Todos somos Spiderman», reza su camiseta.

Dios, debería estar prohibido andar por ahí con ese cuerpo escondido bajo jerséis que le vienen demasiado grandes. Nos miramos. No sé qué me pasa últimamente con este tío. Tan pronto le daría una limosna para que se comprara ropa decente como le pediría una cita, aunque tuviera que tragarme con él una peli de *Los vengadores*. Por algo tiene el mote que tiene.

—¿Siempre te comportas así? —me pregunta el Capitán América—. Ya sabes, ¿encierras a tus invitados a untar Nocilla y fuagrás en montañas de pan de molde a pelo, sin su correspondiente delantal?

No he podido evitar sonreírle, pero no bajo la guardia. Se da un aire a alguien que conozco.

—Te das un aire a Peter Parker, ¿no? —caigo en la cuenta, subliminalmente condicionada por su camiseta.

—Puede ser —responde—. Fíjate si nos parecemos que hasta los dos somos huérfanos.

¡Joder! ¡Yo me refería a su parecido con Andrew Garfield! A mi favor debo manifestar que no todos nos sabemos al dedillo la vida privada de los superhéroes.

—Y a los dos nos picó una vez una araña radiactiva —añade divertido.

Me sonrío. Me sonrío y yo dejo caer los hombros, aliviada.

—Oye, ¿no tienes nada que decirme?

¿Perdón? No entiendo a qué se refiere. ¿Debo darle las gracias por habernos preparado la merienda?

—¿A qué te refieres? —le pregunto descolocada.

—Me debes una respuesta...

Pelayo hace una pausa que me resulta bastante incómoda. En serio que no tengo ni idea de qué me habla.

—¿Y cuál se supone que es la pregunta?

En su cara de desconcierto adivino que no va a rendirse a la primera. ¿Se referirá a algún temilla pendiente en el trabajo? Es cierto que le debo un informe sobre las incidencias más comunes con el nuevo antivirus, pero no creo que ahora sea el momento de hablar de eso.

—Lo tengo casi listo. El informe, digo.

—Estás de guasa...

Vale, llevo tres semanas con el maldito informe, pero tampoco es para ponerse así.

—Oye, que de verdad, la historia es, más que nada, que no sé lo que... —Empiezo a soltar frases inconexas. Debo de ir más pedo de lo que imaginaba. Por fin articulo algo con sentido.

—¿Me explicas ya qué necesitas?

—Pues muy fácil: necesito que me respondas si vas a seguir viviendo una vida anodina en la Metrópolis de los Monstruos.

¿Holaaaaa? ¿Es a mí? No sé si preguntarle si la araña que le picó de pequeño le trastocó alguna neurona espejo. O darle las gracias por haber venido y volver a reunirme con gente normal, que hable del tiempo y de lo caros que se han puesto los tomates.

Me dispongo a preguntarle si vive en Matrix, o algo, cuando diviso a Agus y a Ivana forcejeando a la salida de mi habitación. Agus me mira, rompe a llorar y sale disparada hacia la puerta. Ivana intenta abrirse paso entre el corrillo de curiosos. No tengo tiempo de resolver el enigma que esconde la nueva pataleta de Agustina, porque mi madre ha entonado el *Happy birthday to you* y ha emergido de la cocina aupando un gigantesco pastel de chocolate con un tres y un cinco flameando por encima de su cabeza.

—Esto no termina aquí —me amenaza Pelayo antes de desaparecer entre el resto de invitados.

Manda narices. Lo que parecía una conversación de «chico busca chica» se ha convertido en un diálogo de peli de miedo. Monstruos, Metrópolis, preguntas... Soplo las velas con las palabras de Pelayo resonando aún en mi cabeza.

La ovación es insuperable. La gente aporrea los muebles más cercanos, se oyen pataleos contra el suelo. Algunos hasta han conseguido localizar cucharillas, que usan para repiquetear contra todo lo que pillan. Joder, cómo me gustaría que alguien me propinase un hachazo para acabar con esta pesadilla.

Jota me muestra una foto donde salgo demacrada frente a un treinta y cinco, con la mirada puesta en unas latas de cerveza encima de la mesa. Madre mía, parezco una yonqui necesitada de cariño.

En esas estoy, pensando en la posibilidad de largarme al Caribe para que me dé un poco el sol, cuando veo a mi madre sentarse en una silla junto a la ventana, lejos del gentío. Su mirada parece enredarse entre los flecos de sus botas. No ha probado ni un trozo de mi tarta, ni la he visto brindar con nada que no sea agua con gas. Qué raro. Con lo que le gusta ponerse hasta

arriba y colgarse del cuello de mis amigos, aunque solo sea para fastidiarme. Su figura se me antoja frágil y quebradiza. Si fuera una madre normal y yo una hija normal, y, sobre todo, si tuviéramos una relación normal, podría preguntarle sin tapujos: «Mamá, ¿está todo bien?». Pero mamá y Linda son dos personas distintas e irreconciliables en mi cabeza.

Frente a mí, Ivana parece haber regresado al plano de la realidad de manera fulminante. Las ruedas de regaliz de sus ojos rojos y vidriosos me miran fijamente y me confirman que algo va mal.

Y como sucede siempre que intuyo malas noticias, me teletransporto al pasado y me aferro a la mano de mi padre. A veces vamos paseando por la Calle del Mar. Otras, por la calle de los Árboles camino de Vogeleiland, una isla urbana de mi pueblo natal repleta de pájaros exóticos, adonde solíamos ir a tomar un refresco en compañía de altivos pavos reales y donde mi padre iba a regalarme una bandolera de cuero con pespuntos negros que todavía conservo y que olerá ya desde ese mismo instante a infancia y a piel.

Ivana me ha entregado algo envuelto en una servilleta y al desenrollarla me he quedado petrificada. No puede ser. Tiene que haber un error. ¿Quién dijo que estos chismes nunca se equivocan?

Me niego. Imposible. Esto no puede haber ocurrido.
No puedo estar embarazada.

2. Los milagros no existen

Mi mente es un bucle infinito de pensamientos circulares que siempre llega a la misma conclusión: solo recuerdo que no recuerdo nada.

Llevo millones de horas en la cama en estado semi catatónico sin parar de darle vueltas a las mismas preguntas: con quién me acosté, a qué se debe mi amnesia, debo o no debo tener a este bebé...

No sé si es a causa de mi nueva condición de mujer embarazada o debido a la cogerza de anoche, pero a pesar del *shock* postraumático, las tripas me instan a levantarme. Engullo un sándwich de sobrasada y elijo otro de entre los miles que untó ayer Pelayo con un inquietante afán por vaciarme el frigorífico. Me preparo un poleo menta y vuelvo enseguida a refugiarme bajo mi nórdico multicolor de Ikea. Ojalá el planeta, conmigo dentro, haya explotado en cuanto me despierte.

Mantengo los párpados apretados para intentar dormirme. Todavía retumban en mi cabeza las palabras de Ivana y Agus después de la fiesta:

—Flor, tiene que haber una explicación —me serenaba Ivana cuando yo jugaba con mi imaginación a despeñarme por el balcón en caída libre hacia la nada.

—Pues el Predictor lo dice bien clarito. Estás de poco, pero estás —me recriminaba Agus con esa altanería de la que adolecen las madres experimentadas—. ¡Es un auténtico milagro!

—Qué milagro ni qué hostias. Aunque una cosa es cierta: ¿no se supone que eras estéril?

—Bueno, en realidad —joder, qué bestia es Ivana cuando se lo propone—, para ser fieles a la verdad, mi reserva ovárica es cercana al cero.

—¿Y cuándo se supone que te metieron el penalti? Porque tuvo que ser en el fiestón de los veinte años de la empresa de tu vieja. ¿Hace falta que te recuerde que te despertaste sola en una suite del Arts sin recordar ni pajolera?

—Sí, Ivana, pero ¿por qué no tengo una imagen nítida de esa noche?

—¿Porque los mojitos y las caipiriñas se hacían paso por tus cavidades como si no hubiera un mañana? Igual sería por eso.

Igual sería por eso, Agus. O igual no.

Cuando me despierto, la infusión está helada. Al parecer alguien se ha emperrado en tirarme la puerta abajo a palmazo limpio. Ya va, ya va. Deberían prohibir que los niños fueran vendiendo papeletas de fin de curso a lo loco. La mirilla me devuelve la imagen distorsionada de mis amigas. Abro con cierta desgana y, a la vez, con unas ansias inmensas de que me achuchen hasta decir basta.

No puedo dejar de pensar en bucle:

—¿Cómo narices me he podido quedar preñada por obra y gracia de un tipo que es etéreo y que es tres personas en una?

Mis amigas hacen oídos sordos y cruzan el umbral con un brío inusual. Ivana arrastra una gabardina negra de dimensiones imposibles y tira de una maleta con «la colección más alucinante de novela negra jamás editada». Agus, que oculta su melena pelirroja bajo una gorra

escocesa con orejeras, sujeta con un brazo a su hijo pequeño y con el otro empuja el Maclaren lleno a rebosar de cachivaches para la investigación. Azarías me da la bienvenida lanzándome un disparo imaginario con su pistola de juguete. Vida o muerte, pienso.

—Toma. El Predictor que me pediste. Que sepas que en el curro han preguntado por ti.

En las facciones de Agus leo resentimiento por haber jugado con su embarazo.

Sherlock Holmes, el inspector Gadget y Billy el Niño me miran sin apenas pestañear y observan cada uno de mis movimientos como si estuvieran frente a una obra de arte abstracto. Hasta que por fin Azarías rompe el silencio.

—Mami, popó.

Agus se apresura a acompañar a su vástago al baño del pasillo y, entretanto, Ivana y yo nos quedamos a solas. Mi amiga comienza a esparcir a Patricia Highsmith, Raymond Chandler, Agatha Christie, Georges Simenon y un largo etcétera de maestros del género encima de mi sofá.

—Decía Chandler que «la solución, una vez revelada, debe parecer que fue inevitable». ¿Me pones un güisqui y te sigo contando?

En la tabla de planchar todavía queda algo de Chivas. Y mientras Ivana me suelta un rollo impresionante sobre asesinos, culpables y polis malos, el olor a alcohol me evoca las tardes de domingo con mi padre sentado en su butaca verde champán frente a la chimenea, leyendo el *Deventer Dagblad* y bebiendo de una enorme copa de licor. En el país de los molinos y el queso de bola, los días parecían no tener fin y las horas transcurrían prósperas y pausadas.

Vivíamos en una casa estrecha con buhardilla abatible. En mi país las casas se diferencian entre las que tienen escalera fija a la buhardilla y las que la tienen abatible; por supuesto, lo peor de lo peor es no tener buhardilla. Mis padres se conocieron en la playa del Espigón, entre Montgat y Badalona, un mes de agosto de hace muchos años, cuando por aquel entonces mi madre solía tostarse al sol del Mediterráneo e hincharse a paella con sus amigas. Tres meses más tarde, se habían establecido en un pueblecito al nordeste de Holanda, muy cerca de Alemania.

Crecí entre bicicletas, lagos helados, vagones de primera y segunda clase y patatas fritas con mayonesa. Me hubiese gustado tener hermanos, pero ni San Nicolás ni sus pajes negros me hicieron el más mínimo caso. Y lo demás es historia: un día a papá le ofrecieron dirigir una multinacional en Badalona y nos vinimos. A mi madre le gusta el clima benévolo de aquí, pero echa de menos la organización de su país. Todavía no me queda claro si es la persona más manipuladora del planeta y si nos ha embrujado a todos con sus hechizos. Es extraño, pero, si papá viviera, estoy segura de que la seguiría hasta el mismísimo fin del mundo.

La voz imperativa de Ivana me devuelve a mi angustioso presente.

—¿Oyes? Conclusión: que según mis cálculos no hay duda, te hicieron el bombo en la fiesta de tu vieja, la noche del diez de febrero, ¿estamos? Ahora bien, quién fue el afortunado y por qué no lo recuerdas, ahí está el quid de la cuestión.

Ivana sorbe el poso de hielo derretido color café.

—Elemental, querida Watson —interviene Agus desde el pasillo, reprimiendo su sonrisa al encontrarse con mis ojos a punto de estallar—. Lo fundamental en estos casos es reducir al máximo la lista de posibles culpables —rectifica.

—¿Y cómo se supone que se hace eso? —me quejo.

—Tranqui, que me he currado un plan que lo flipas.

No sé qué hierba se habrá fumado Ivana para estar tan lúcida.

—Aquí tenemos a Álex —prosigue Ivana—, aquí a la hippie hortera de su madre, ahí a la psicópata de Saskia. Un poco más allá al friki del Capitán América. Aquí tú, Agus. Y ahí una servidora.

Ivana ha sustraído las damas del tablero que guardo bajo la mesa de centro y las ha esparcido por el damero: las fichas blancas son personajes neutrales; las negras, sospechosos.

—En principio, todo macho es susceptible de ser el culpable hasta que se demuestre lo contrario, por lo que, lo siento, Jota, pero tú también entras en el bombo.

Los ojos se me salen de las órbitas. La sola imagen del miembro de Jota entrando dentro de mí me pone enferma. De hecho, la imagen de su lengua de camello en celo invadiendo la boca de mi madre me acaba de provocar una reacción que mi cuerpo es incapaz de digerir.

—Ahora vuelvo.

Una vez en el baño, vacío el contenido de mi estómago con una potencia solo atribuible a la ingesta de ostras putrefactas. Meto la cara bajo el grifo. Me enjuago la boca con colutorio. Me aparto el pelo mojado de la frente con una toalla. Abro los ojos y me miro en el espejo, esperando encontrarme con alguien que no conozco. Pero sigo ahí. Ser madre no te transmuta de la noche a la mañana en un ser distinto e irreconocible. Tantas veces soñé con quedarme embarazada ... y fíjate, lo que no consiguió la ciencia lo ha logrado un desconocido con la puntería de un francotirador. Me acicalo y me anudo la bata. La banda sonora de mi vida se hace paso a través de la ventana: motores que se encienden y se apagan, frenazos ante el semáforo frente a mi edificio... No le temo al ruido de la gente, pienso, le temo al silencio.

De uno de los bolsillos cuelga aún el Predictor de Agus. No conozco a nadie que atesore un mayor arsenal de estos chismes en su casa. ¿Y si me hubiese tocado una partida defectuosa y en realidad no estuviera embarazada? La idea de que sea una falsa alarma me alegra y me aterra a partes iguales. Por mi cabeza circulan a toda pastilla algunos de los pensamientos que me han asolado en los últimos meses: baja reserva ovárica, abortos de repetición, incapacidad para engendrar... ¿Tendrá razón Agustina? ¿Y si fuera un milagro? ¿Será esta mi única oportunidad de ser madre? Me bajo las medias de un tirón. Arranco el plástico con los dientes. Extraigo el artillugio. Lanzo las instrucciones al suelo. Comienza la batalla final.

Pasados dos minutos, la ventana de resultados me devuelve un positivo de manual: dos rayas fucsias como dos barras paralelas y yo, la gimnasta que está a punto de abrirse la cabeza contra el suelo. No sé si saltar de alegría o morirme de pánico. Por lo pronto, prefiero la vida.

Cuando regreso del baño me encuentro a Azarías destripando un sándwich de sobrasada y dos más de relleno desconocido sobre la alfombra del salón. Si yo fuera una rata de alcantarilla, no dudaría en colarme por debajo de la puerta. Este festín de suciedad y cochambrería es a una rata lo que un chiquipark a un niño.

Lanzo el Predictor sobre la falda de Agus:

—¿Y si hubiera abusado sin saberlo del pollo hormonado? A lo mejor poseo un extraño don autorreproductor. ¿Por qué me tiene que suceder esto ahora, cuando ya me había hecho a la idea de morir sola?

Pero Ivana y Agus están por otros menesteres.

—Dios, Dios, Dios —no para de repetir Agus—. A ver si al final el rarito de Pelayo va a resultar más espabilado que todas nosotras juntas.

—¿Me he perdido algo? —pregunto.

La sola alusión a Pelayo me acaba de erizar, incomprensiblemente, el bello de los brazos.

—¿Podrías haberte acostado con él sin recordarlo? —inquieta Agus—. Porque a mí me parece imposible. Nadie que se hubiera acostado con el Capitán América sería capaz de olvidarlo, ¿no te parece? ¡Dios! Con razón no paraba de untar bocatas. ¡Lo que en realidad pretendía era redimirse de sus pecados!

Agus se santigua a sabiendas de que ese gesto pone furiosa a la escéptica de Ivana, que por

no creer no cree ni en ella misma. No sé a qué extrañas conclusiones han llegado mis amigas en mi ausencia, pero por si acaso prefiero no preguntar. Además, todo esto resulta tan absurdo... ¿Pelayo y yo? ¿Juntos? Me temo que ese y yo nunca nos hemos acostado. ¿De qué se supone que íbamos a hablar? ¿De lo ceñido que se le ve a Batman últimamente o de cómo ha engordado la Mujer Maravilla?

Ivana enciende su váper. Para mi sorpresa, Agus le pide una calada. Parece que los únicos que no estamos metidos en el rol detectivesco somos el enano y yo.

—Recapitulemos... —resume Ivana.

—Dame un segundo, que saco mi *tablet*.

Agus mete la mano en el bolso que cuelga del cochecito y, tras pasarse medio minuto rebuscando en vano, vuelca su contenido en el suelo: una lupa, una linterna MagLite, una pipa de madera, varios chupetes, un tanga rojo semitransparente. Vaya. No sabía que la mojigata de Agus usaba tangas rojos semitransparentes.

—La noche del delito la sujeta Álex Ruipérez de Jongen se despierta en un hotel sin acordarse ni de cómo se llama. ¿Estamos?

Asiento con la cabeza.

—En la habitación no hay nadie, pero la huella del crimen se manifiesta en forma de dos copas de champán usadas y una coctelera con una botella vacía de Moët & Chandon. ¿Es o no?

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Además, la sujeta Álex Ruipérez de Jongen —y dale— se despertó con claros síntomas de embriaguez.

Agus, nuestra crack de la informática, no se ha perdido detalle y parece haber anotado la ristra de acontecimientos en orden cronológico y sin fisuras en su *tablet*, en cuya pantalla Azarías ha dejado patentes sus dotes de artista experimental.

—Álex, ¿recuerdas con quién saliste de la fiesta? —prosigue Ivana—. ¿Cómo llegaste a parar al Arts? ¿Algún detalle de tu noche desenfundada? ¿Por lo menos te acuerdas del tamaño de su...?

—¡Ivana! —la interpela Agus, que no ha podido evitar lo que pretendía evitar. Luego se ha llevado las manos a la cabeza y ha mirado de reojo a Azarías. Para su alivio, parece no haber oído ni entendido nada.

A Ivana, la posibilidad de que el «mocoso» aprenda a referirse al miembro masculino antes que a recitar los diez mandamientos le trae sin cuidado; es más, creo que hasta le haría cierta ilusión.

—Recuerdo la fiesta, bebíamos como cosacas, bailábamos sin parar... Hablé con todo el mundo... pero no guardo un vivo recuerdo de esa noche.

—Me juego mi colección de Lovecraft a que te saltaste el sermón corporativo de tu vieja mientras las demás pringadas nos tragábamos su sarta de estupideces —me recrimina Ivana.

—No, si mal no recuerdo fue justo después de la aparición pública de tu madre cuando desapareciste, ¿no? ¿Se puede saber dónde te habías metido?

Agus me lanza la pregunta con tono recriminatorio, los brazos en jarras, como si acabara de caer en la cuenta de lo mala amiga que soy por haberme largado de esa forma.

—¡Espera un momento! —digo, porque, a pesar de lo absurdo que resulta todo esto, siento la necesidad de ser fiel a la verdad—. En realidad, todo se desvanece después del cubata que me ofreció el barman. Pensé que quería ligar conmigo. Esa es la última imagen que logro recordar.

—Fenomenal —dice Ivana contrariada—. Así que ese chantajista de medio pelo te ofrece una copa y tú pierdes el norte. Interesante, muy interesante. Hagámosle una visita de cortesía.

Agustina, averigua en qué gimnasio presume de abdominales. Tú, Álex, hazme un favor: no vuelvas a tomar ninguna bebida de un desconocido sin informarme, o, al menos, sin tomar una muestra de su ADN. Si quieres que lleve el caso, flor, vas a tener que hacer las cosas a mi manera. Por mi parte, usaré mis sobradas influencias para conseguirnos un Táser, aerosoles de pimienta y condones antivioladores.

—¿Os habéis dado un golpe contra una farola o qué os pasa?

Mis dos amigas se lanzan a escenificar lo que vendría a ser una descarga eléctrica de Agus sobre Ivana. Las veo en su papel, tan distintas, pero al fin y al cabo tan iguales, una con una camiseta hecha jirones por ella misma, la otra con su camisa abrochada hasta el cuello y sus inseparables bolas de nácar sujetas a las orejas. Las dos, disfrazadas de alguien que no son. Las dos, atadas por la soga del miedo a ser ellas mismas. Agus lucha por encontrar su identidad dentro de un matrimonio asfixiante. Ivana se viste de mala porque cree que la bondad la hace demasiado vulnerable. ¿Y yo? ¿De quién o de qué se supone que huyo yo?

Solo Azarías ha osado romper el silencio.

—Mami, ¿«chorra» es pito? —ha preguntado a grito pelado, sin comprender por qué a su madre no le ha entrado la risa floja como a las demás y en lugar de eso le ha medio dislocado un brazo en su intento por alzarle de un tirón. Luego Agus ha soltado su «por los clavos de Cristo» habitual, ha recogido los bártulos del suelo, nos ha mirado con cara de «sois lo peor» y se ha largado pegando un portazo monumental, no sin antes apuntar a Ivana con su dedo acusatorio:

—«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados».

Me he quedado a solas con Ivana. Le sirvo otra copa y abro un bote de pececitos.

—¿Qué se supone que debo hacer? —mascullo, con un mar de crustáceos de pan zigzagueando en mi boca.

—Ya sabes que yo no hablo de sentimientos.

—Vamos a ver, alguna opinión tendrás. ¿Qué sería lo correcto? Ya sé, ya sé, lo lógico sería poner punto y final a mi embarazo. No te digo que no. Pero ¿y si es mi única oportunidad? Además, si lo piensas fríamente, ¿qué diferencia hay entre un donante anónimo y un padre de identidad desconocida? ¿Se supone que debo ir en su busca?

Ivana juguetea con la argolla de su nariz, como siempre que se contiene antes de lanzar algún insulto.

—Desde luego no entiendo cómo insistís en traer descendencia a un planeta al borde del colapso. Álex, por Satanás, abre los ojos. Te encuentras ante una situación de mierda. No tienes pareja, trabajas en la empresa de tu vieja porque no has conseguido ser bióloga marina. Te has quedado preñada de un desconocido. Y te has criado con una madre que come menos que la tipa esa de *Stranger things*. ¿Qué porvenir crees que puedes darle a tu hijo?

—Hija —replico—, intuía que va a ser niña.

—*Whatever*.

—Y... ¿qué hay de Pelayo? —me atrevo a preguntarle después de varios titubeos, aunque enseguida me arrepiento.

—Me temo que no tengo buenas noticias.

—Habla. ¿Qué has averiguado?

—Antes échale un tiento a la botella.

Ivana me señala un zumo que hay en el suelo. Ella se sirve otra copa de Chivas. Yo me tomo mi chupito de pera y dejo caer el vaso de un golpe brusco encima de la mesilla de cristal.

—¡Desembucha! —le ordeno.

—Como quieras. El friki de los cómics desapareció momentos después de que te fueras.

Agus recuerda haberos perdido de vista a los dos a la vez. Lo que nunca imaginó es que os pudierais haber largado juntos.

¡Joder! ¿Pelayo y yo? ¿Juntos? A ver, a ver. Hablar, hablamos, pero de ahí a haber caído rendida en sus brazos...

—¿Y el barman? Porque ese es al último que recuerdo —me apresuro a puntualizar.

—Habrá que ver. Para eso me pagas, ¿no? ¿Cuánto acordamos, cien de los grandes?

—Estás colgada.

Por suerte o por desgracia, en ese momento llaman a la puerta. Es Agus, que entra con una pizza y unas latas de cerveza. Lleva el pelo revuelto y se esfuerza por dibujar una mueca que dista de parecerse a una sonrisa. Sospecho de una discusión con su portentoso marido. Otra de tantas.

—Le he mandado a freír espárragos —musita con la voz rota por la impotencia mientras desata a Azarías del carrito y lo estruja contra su pecho—. Él quiere una mártir abnegada. Yo quiero ponerme hasta arriba de cerveza, montar una *startup* en Silicon Valley, tirarme en parapente, dar la vuelta al mundo en una Harley, o lo que me dé la real gana. Le he colgado el teléfono. Le he dicho que me olvide. ¿Te imaginas? Y eso no es lo peor. He cometido un pecado mortal y no siento ningún remordimiento.

—A ver, un segundito —intento tranquilizarla—. ¿Estás segura de que no es otra pataleta de las vuestras? Además, eso a mí me parece un pecado más bien venial.

—Que no, que he tardado demasiado tiempo en darme cuenta —nos confiesa con los ojos llorosos, más de rabia que de pena—. Quiero ver mundo, le he dicho. Que me mire con ojos de admiración. Dejar de ser una madre abnegada para volver a ser mujer. «¡Insensata!», me ha gritado. «¡Multiplicaré tus dolores en el parto y darás a luz a tus hijos con dolor! ¡Desearás a tu marido y él te dominará!», me ha dicho.

Nos hemos quedado mudas. No sabíamos que las parejas pudieran pelearse de formas tan sofisticadas.

—Es un pasaje del Génesis, ya sabes. No ha medido sus palabras. En realidad, es un buen hombre.

—¿Y tú qué le has contestado? —pregunto atónita. Ivana y yo nos hemos mirado con cara de curiosidad.

—Que se fuera a la mierda.

Menos mal.

—Oh, Dios mío —rompe a llorar abrazada a su hijo, que, ajeno a la tristeza de su madre, sigue disparando a todos mis muebles con su imaginación—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que vas a izar el ancla y a deshacerte de un peso que no te dejaba salir a la superficie? —me atrevo a vaticinar.

A veces nuestros problemas nos parecen infinitamente mayores que los de los demás. Somos, qué duda cabe, el ombligo del mundo, el centro del universo, el punto de apoyo sin el cual la peonza no giraría acompasada. Hasta que una de tus mejores amigas llega con los ojos hinchados, la mirada de hastío del que no soporta el peso de la existencia y una pizza bajo el brazo, y te das cuenta de que al fin y al cabo todos buscamos ser felices. Lo que ocurre es que muchas veces nos equivocamos de camino y, a menudo, es demasiado tarde para dar marcha atrás.

3. ¿Yo? ¿Algo que contarte?

Lo que es matemáticamente imposible, no tiene futuro: Pelayo y yo tenemos en común lo que un bistec a un rabanillo. Fin de la historia.

Después de tomarme un café con leche y una tostada con guacamole, me calzo mis Asics fucsias y salgo a callejear por el centro de Badalona. Es sábado. Nueve de la mañana. A estas horas aún puedes distinguir el graznido de alguna gaviota despistada coleando a lo lejos. Los tenderos se preparan para un día intenso de trabajo, antes de que los transeúntes tomen las calles como si fueran a librar la batalla de las Termópilas, y yo no paro de darle vueltas a lo mismo: ¿Estoy preparada para ser madre? ¿Pueden las madres nefastas convertirse en abuelas ejemplares? ¿Por qué la sola posibilidad de abortar me produce una angustia indescriptible?

Al ver mi reflejo en un escaparate, reparo en lo hortera que voy vestida: si yo me encontrara conmigo misma tirada en un banco, me ofrecería un bocadillo. Pero lejos de sentirme mal, un halo de entusiasmo acude a mi encuentro: joder, que estoy «em-ba-ra-za-da». Cinco sílabas que nunca pensé poder llegar a pronunciar. Me recojo el pelo con una pinza *animal print* que me compré en los «chinos» cerca del museo y pongo rumbo a la calle del Mar.

Después de callejear durante casi media hora y de fijarme en la de embarazadas que andan sueltas por el mundo, el café con leche hace sus estragos y me paro en la Guingueta de la Rambla a sofocar mi sed. Le pido al camarero una tónica en copa de gin-tonic, pero sin nada de *toppings* ni sustancias nocivas para el embarazo. Menuda responsabilidad, poseer un talento innato para la autofecundación. Porque no le veo otra explicación. Para que luego digan que hay cosas imposibles, como que las ratas no pueden vomitar. Alguna habrá por ahí, pidiendo a gritos que le concedan una entrevista.

El día luce espléndido y todavía quedan mesas libres en la terraza. Distingo el mar al otro lado de las vías. La de peces que deben estar ahora mismo nadando al otro lado de la escollera, sin saber que hay alguien que les piensa: sargos, doradas, lubinas, pulpos, dentón, sepias... A lo mejor un tiburón ballena esté también pensando en mí, en su delicioso plancton. Los tímidos rayos de la mañana equilibran mi estado de ánimo y, por un momento, me olvido de mis problemas, que no son pocos. Le doy un sorbo a mi tónica. Me inclino hacia atrás. Dirijo la mirada al cielo y cierro los ojos para que la luz del sol no me ciegue. Juego a distinguir los ruidos, antes difusos, ahora cada vez más nítidos. Una madre sermonea a un niño porque no es época de helados; una pareja discute porque las sombrillas se llaman sombrillas y no parasoles; un tren de cercanías pasa tan cerca de mi mesa que si quisiera me atrevería a tocarlo; el ruido de una silla muy cerca de mí me sugiere que alguien acaba de tomar asiento a mi lado. Es un juego divertido, los sentidos se agudizan cuando los entrenas. Por ejemplo, juraría que el que se acaba de sentar es un chico joven. Huele a recién duchado. Diría que ronda la treintena y que no es fumador. También creo que estará cachas y terminaremos el día enrollándonos con una pasión desenfundada.

Abro los ojos. Ladear la cabeza sería demasiado descarado. Me acomodo la pinza y disimuladamente me giro hacia la derecha para observarle.

Joder. Joder. Joder. Definitivamente soy la diana de todos los infortunios. Mi corazón pide paso para liberarse de los barrotes de mis costillas. El tuntún ensordecedor de mis latidos hace

que me preocupe absurdamente de si la normativa les exige a los locales contar con un desfibrilador.

—¿Tú? —le espeto.

—Yo, sí —contesta cortante—. No sé de qué te extrañas. Es lo que tiene vivir en la misma ciudad. Estas cosas suceden y no hay que darle más vueltas.

Pelayo habla sin mirarme, como si supiera desde un principio que la chica del forro polar naranja con pelotillas y los pelos de recién levantada soy yo. Ojea el suplemento de *Babelia* como si nada. Espero que no siga dolido por lo del informe, o lo que sea que le tiene tan cabreado. Dirijo la mirada al suelo en un intento por encontrar algún tema neutral que no me comprometa. Vaya, nunca había reparado en los cordones sucios y deshilachados de mis zapatillas. Hago lo propio con Pelayo. Calza unas Reebok bastante tralladas y un tejano con más arrugas que un acordeón. No somos tan distintos, pienso.

—¿Vas a una boda? —Intento romper el hielo.

Pelayo sonrío. No es mal tío, pienso, solo un poco arrogante.

Una paloma dubitativa avanza hacia nosotros. Hay restos de comida bajo mi mesa. Seguro que piensa que la acecho, porque no puedo dejar de admirar las iridiscencias verdes y violáceas que adornan su cuello. ¿Arriesgará su vida por una patata frita? La entiendo más de lo que ella se imagina, si es que se imagina algo. Yo ahora mismo arriesgaría la mía por saber si Pelayo sigue enfadado o si va a concederme una tregua amistosa.

—En realidad te estaba buscando —me dice.

—¿A mí? —Me he girado como una autómatas, pensando en la posibilidad de que le estuviera hablando a alguna otra rubia de la mesa de atrás.

—Vives aquí cerca, ¿no?

—Eh... sí, sí, yo, aquí, vivo, bueno. —Me atraganto al intentar hablar y beber al mismo tiempo. Sabe de sobras dónde vives, Álex, estuvo hace dos días en tu fiesta.

Si pudiera me daría una bofetada para impedir este histerismo desbocado. Toso sin resuello. Mis pies bailan una *coreo* de claqué improvisada y soy incapaz de detenerlos. Aprieto las piernas contra el suelo para que no se muevan en todas direcciones, pero el temblor me asciende hasta la mandíbula. Intento morderme el labio para que no se note que no lo controlo. No funciona. Me tiemblan hasta las pestañas. Pero ¿por qué? Odio a mis amigas por haberme plantado la imagen de Pelayo y yo...de mí y de Pelayo...bueno, lo que sea. Bebo sin parar porque no sé qué hacer con mis manos. Cualquiera diría que me acabo de endosar una lata de anchoas del Cantábrico y ando muerta de sed. Y luego pasa lo que siempre pasa. Uno de los hielos me noquea un ojo y yo me tiro por encima lo que quedaba de mi tónica.

Bravo. Fenomenal. De cine. Me quitaría el polar si no fuera porque debajo llevo un pijama de *La sirenita*.

—Eres un poco patosa, ¿no? —comenta en son de paz mientras me alcanza una servilleta.

Y tú un engreído de manual, pienso.

—¿De verdad has venido a verme?

—No —se ríe.

Álex, crece un poco.

—Estoy esperando a unos colegas.

—Yo también —miento.

—Oye, vayamos al grano. El otro día no fui lo suficientemente claro. ¿Has pensado en lo que te dije?

Y dale. Qué pesado. Me miro instintivamente la barriga. Sigo sin saber de qué me habla.

—No sé de qué me hablas.

Diría que Pelayo se muestra irritado, pero no lo conozco lo suficiente para adivinar el significado de sus microgestos.

—Llevo semanas esperando una respuesta y lo sabes.

¿Perdona? Llegados a este punto empiezo a pensar que me confunde con algún rollo pasajero.

—Creo que estás confundiendo las cosas —le aclaro.

No dice nada. Me suelto el pelo y me lo recojo una y otra vez. Dios Santo, debe de pensar que sufro un trastorno obsesivo compulsivo que me obliga a hacerme moños y coletas sin parar. Por fin reacciona:

—¿Eso crees? Yo juraría que dadas las circunstancias la que confundes las cosas eres tú.

¿Las circunstancias? ¿Qué circunstancias?

—¿A qué circunstancias te refieres?

Pelayo medita muy bien sus palabras antes de contestar.

—«A veces te dejas atrapar por las circunstancias y no puedes hacer lo que te dicta el corazón, aunque sea lo que más quieres». No es mío. Es de Supermán.

Nos miramos. Pelayo clava sus ojos en los míos esperando una respuesta que no tengo. Podría detener el mundo, con esa mirada. Seguro que es a causa del sol, que me da en plena cara, o de la gonadotropina coriónica humana, pero juro que me está aumentando la temperatura. Diría que sus ojos me penetran como si supieran algo de mí que ni yo misma sé.

En ese instante aparecen dos de sus amigos y yo siento un alivio instantáneo.

—Puedes quedarte —me dice, sin mostrarme ya sus hoyuelos sonrientes.

Segundos más tarde una chica le rodea con sus brazos. Le besa en la mejilla y se mezcla con los tres hombres. Pocahontas me saluda con cara de haber visto un fantasma. Un fantasma con los pelos a lo Tina Turner. La llamamos así por su cabellera interminable y lacia, su tez morena y sus labios prominentes. No me preguntes cuál es su verdadero nombre. Ni lo sé, ni me importa. A los otros dos chicos no los conozco, no deben de ser de la oficina.

—Yo ya me iba —les anuncio.

Pelayo me da la espalda de inmediato y le pide cuatro cañas al camarero. Les digo adiós, pero él ni se digna a girarse. Soy una estúpida por haberle seguido el rollo. Me acerco al camarero y le doy un billete de diez. A través de los cristales observo al listillo de los cómics arreglarse disimuladamente el flequillo y girarse en dirección a la loca de los pelos, que soy yo. No parece prestar demasiada atención a la conversación de sus colegas.

Podría no haber sucedido, pero ha pasado. Pelayo no me ha quitado el ojo de encima. Y esta vez he comprobado que no arrastro una tira de papel de wáter enganchada a la suela de mis zapatillas. Los cristales le delatan. Me ha mirado. Me ha mirado y he notado cómo se me formaba un nudo instantáneo en la garganta. ¿Se puede saber qué ha visto en mí? Porque algo ha tenido que ver, de eso ya nos hemos dado cuenta hace rato largo. Y no creo que sea por mis rasgos de muñeca tirolesa ni mis ojos almendrados, no es el tipo de tío que se fijaría solo en eso. ¿Será que soy menos sosa, aburrida y patosa de lo que me creo? Joder, ¿por qué la autoestima no formó nunca parte de la doctrina de mi casa? ¿Por qué se tuvo que morir mi padre cuando yo tanto le necesitaba? ¿Y por qué cuando tengo a Pelayo tan cerca termino siempre pensando en mi padre?

Mientras esperaba el cambio, he fingido que hablaba con mi amigo imaginario, el que no ha venido, pero justo cuando estaba en medio de una estudiada carcajada con mi supuesto interlocutor, me ha sonado el teléfono. Mierda de vida. Era Movistar. Le he dado dos besos al

camarero de los putos nervios y me he pedido una línea adicional con datos ilimitados, el paquete Deportes Total y una freidora de aire a pagar durante cuatro años por solo cuatro con setenta al mes.

4. Mamá y Chusmi, puaj, por favor

Alucinante, vamos, lo que nos faltaba. Linda emerge de la piscina en pleno mes de marzo enfundada en un bikini semitransparente que Jota no tarda en desabrochar. ¿Sabrá el pelele de mi madre qué día se celebra hoy? Chusmi, porque no se merece que le llamen Jota, la tiene agarrada por la cintura y le está propinando cachetes en las nalgas como si quisiera elegir la mejor sandía. El espectáculo es tan lamentable que, a pesar de que los dos se percatan de que acabo de llegar, ninguno es capaz de articular palabra.

¡Se suponía que hoy íbamos a celebrar el cumpleaños de mi padre! ¿Dónde ha quedado el cóctel de bienvenida, la guirnalda de globos negros, las velas aromáticas, las barritas de incienso que cada año coloca en las vigas con las esperanzas de ahuyentar a los malos espíritus, las octavillas donde dejamos mensajes escritos para mi padre y que luego quemamos en un caldero desconchado como unas brujas venidas a menos?

Subo a mi habitación con la esperanza de que una nave espacial me succione antes de llegar al cabo de la escalera. Abro la puerta de un golpe brusco y la cierro dando un portazo. ¿Se habrá olvidado de papá? ¿Qué haremos cuando ya no nos quede ninguna excusa para soportarnos, cuando demos tijeretazo al único lazo que nos une?

Me dejo caer en mi cama de adolescente. Cierro los ojos. Pienso en lo frustrante que resulta que el padre más maravilloso del mundo se fuera así, tan de repente. Recuerdo sus chistes malos y sus millones de cosquillas. Siempre tenía un motivo para la alegría. Linda acostumbraba a creer —lo digo así porque ya no sé lo que cree y lo que deja de creer, ni si este ritual le importa ya un carajo —en la presencia incorpórea de mi padre en forma de humo y brasas. Yo siempre he visto restos de hojas y chamusquina que emanan un hedor pegajoso del que no me desharé hasta pasadas unas semanas, cuando la explosión de la primavera sofoque mi angustia y me sorprenda el derroche de azahar de los naranjos. Si mi padre viviera no hubiese permitido que el pulgón se ensañara con los limoneros, o que las ramas de los melocotoneros crecieran a su aire, con esa libertad que parecen gastar todos los seres vivos de esta casa.

La risa macabra de Chusmi proveniente del jardín me provoca el mismo dolor que un serio puñetazo en el estómago:

—Tremebunda. ¡Estás tremebunda!

No quiero ni asomarme a la ventana. Corro las cortinas por miedo a presenciar escenas inenarrables de la vida de Linda y me aferro a la tela estrujándola de la misma forma que algún día debí de agarrarme a la falda de mi madre. Miro alrededor. Se diría que el tiempo se detiene en estas cuatro paredes. Qué fácil es ser feliz cuando eres niña, qué ajenos los problemas, qué complicada se vuelve la vida cuando toca empezar a decidir por una misma.

Al cabo de un rato llaman a la puerta. El torso desnudo de Jota me anuncia que la comida estará lista en cinco minutos. Oigo una moto emprender el camino de regreso y deduzco que hoy, en lugar de la típica sopa de tomate, Linda se ha decantado por la cocina a domicilio predilecta de su perrito faldero. Me sorbo las lágrimas y busco en la cara de Jota una complicidad que no encuentro, una mínima empatía que me reconcilie con el novio cachas de mi madre. Jota, como la mayoría de los hombres que conozco, debe de ser alérgico a los conflictos, porque al ver mi cara de desconsuelo me ha preguntado si tomaré pan chino o pan «normal», y se ha largado para

no sentirse obligado a consolarme más de lo imprescindible.

Cuando entro en el comedor, la mesa ya está servida. Mi madre luce un vestido de gasa vaporoso color celeste y un collar de conchas muy veraniego. Jota anda todavía en bañador. Floreado. Lo que sigue podría figurar en un manual de malas prácticas.

—¿Me puedes decir dónde han metido estos chinos la salsa de judías?

—Jota, cielo, *vas a mirar* dentro de la bolsa. *Cuando* no la encuentras, yo llamo y digo que *traigan nueva*.

—Joder, joder y joder con los putos chinos.

Creo que ha quedado patente que Jota no es muy políticamente correcto. Seguro que se perdió la asignatura de «No quieras para los demás lo que no quieras para ti». Esa y la de «Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa», y si no que se lo pregunten a la montaña de ropa y objetos variopintos que acumula en la habitación de invitados que le ha habilitado mi madre para que tenga un lugar propio en nuestra casa.

Al final ha resultado que la salsa de judías estaba escondida en una de las bolsas de los «putos» chinos. También ha resultado que, en contra de todo pronóstico, me ha entrado un fervor por comer pato Pekín que desconocía, lo cual me ha reconciliado por un segundo con el paleta del novio de mi madre.

—Qué gustazo, ¿no, *bro*? —Qué asco, joder, lo dice con la boca llena, engullendo sin apenas masticar.

—Ajá. —Le ignoro—. *Moeder*, mamá, ¿empiezo con los preparativos?

Pero antes de que pueda contestar, le suena el móvil. Al ver el número, se disculpa y nos deja a solas.

—Seguro que es ese plasta de Jorge. La llama a todas horas. Me tiene hasta las pelotas. — Jota se limpia los restos de salsa con el dorso de la mano.

No sé de qué Jorge se trata, pero el tal Jorge está sacando a mi madre de sus casillas. Sus gritos nos llegan desde la otra punta de la casa. Jota sigue enfrascado en su manjar. Yo me acerco de puntillas a la cocina, alertada por el griterío.

—Ah no, ni hablar, ¡ese no era el *tracto*! No quiero mi dinero, Jorge. Ya sabes lo que quiero. ¡No *te das la marcha* atrás! ¡Antes te despido!

Mi madre ha colgado y ha lanzado un chillido de rabia. Yo me alejo a la velocidad de un neutrino en propulsión. «¿Te despido?» ¿Alguien del trabajo? ¿Jorge? ¿Qué Jorge?

Linda se esfuerza en vano por disimular su preocupación cuando irrumpe de nuevo en el salón. Parece agotada. Se apoya en una silla como si le faltara el aire. ¿Pueden las personas envejecer en cuestión de minutos? Pretende que nos creamos que todo anda bien y le quita hierro al asunto mostrando su mejor sonrisa, esa sonrisa impostada que siempre he odiado en los altos cargos y las personas influyentes.

—¿De qué «*tracto*» hablabais, mamá?

—Ah, no es importante. —Vaya que no lo es. Igual se piensa que soy tonta—. Mira, la comida *ha quedado* fría. De todos modos, no siento *mucho* hambre. Si me disculpas, tengo que hacer una llamada.

Hay algo que no encaja, y no sé decir qué es. Convencida de que no va a regresar, recojo nuestros platos mientras Jota sigue engullendo tortitas de arroz. Al cabo de un rato, subo las escaleras y me encuentro a mi madre tumbada en su cama, recostada sobre su brazo izquierdo. Me acerco sigilosa. De su respiración deduzco que está profundamente dormida. No recuerdo la última vez que la tuve tan cerca. Menudo privilegio, observarla sin ser observada. Acercarme a ella sin sentir cómo me clava su mirada de superioridad, esperando, como espera siempre, a que

me caiga y sea ella la que me recoja. En la distancia corta, su tez se me antoja mate y grisácea. En unos minutos parecen haberle nacido arrugas que no le conocía y las venas que le recorren la sien parecen más amplias y abultadas. Hay algo extraño, en su semblante, y no sabría decir qué es. Deshago media cama y la cubro como puedo con un foulard terroso que tiene toda la pinta de ser un Bassetti. Es evidente que yo aquí ya no pinto nada. Cierro la ventana de mi habitación, me despido de Leonardo DiCaprio, que me persigue con la mirada desde la pared, y bajo las escaleras tratando de no hacer ruido. Hoy no es el día más indicado para celebraciones.

En el salón, Jota parece ignorar lo que sucede a su alrededor. Me despido con la mano, pero el tipo ni se inmuta. Reprimo un segundo intento y me marchó con una sensación entre la rabia y la impotencia, no sin antes preguntarle por Linda.

—¿Le pasa algo a mi madre?

A Jota se le ha ensombrecido el semblante.

—Se pondrá bien —responde sin dar pie a más preguntas.

Una vez en el coche, con la majestuosidad de los casoplones colándose por mi ventanilla, me despido del vigilante. Soy consciente de que estoy saliendo del epicentro de los ricos para adentrarme en el mundo de los parias, donde no siempre huele a leña ni a ensaimadas de domingo.

Repaso los acontecimientos de esta mañana. A lo mejor Pelayo es un superhéroe del presente disfrazado de persona extraña. Hay algo en él que me desconcierta: tan pronto muestra una ternura infinita como te ningunea con sus sentencias de superioridad. Es como si pidiera a gritos que quiere ser tu amigo y, de repente, te dejase tirada en plena cuneta para que te devore un jabalí.

Me sorprende imaginando cómo serán sus caricias. Si el tacto de las yemas de sus dedos resultará suave o rugoso. Pero la imagen de sus labios besando el cuerpo de Pocahontas me devuelve al mundo real donde yo siempre pierdo y las demás ganan.

5. Una tarde en Wakanda

Es desesperante llegar a casa y encontrarse un condón asomando bajo el sofá y quince vasos con hongos flotantes cuyas esporas se expanden a la velocidad de la luz. Mis amigas son unas cerdas egoístas, incapaces de comprarse unos guantes y ponerse a desinfectar este tugurio, que no cuesta tanto pasar un poco la fregona y rociarme el piso con agua de rosas del Rituals mientras yo supero mis traumas personales.

Nada más entrar, lanzo el bolso encima de la mesa, me cercioro de que llevo las llaves y el móvil y me largo a dar un paseo. A lo mejor si muevo la nariz varias veces como Nicole Kidman en *Embrujada*, la casa luzca como los chorros del oro en cuanto regrese.

Salgo a la calle. Normalmente no soy tan obsesiva, o eso creo, pero es que hay cosas que son imposibles de obviar. Que mi madre está extraña, es una de ellas. Lo de hoy, por ejemplo. No es normal olvidarse del cumpleaños de mi padre, caer rendida de cansancio sin apenas haber hecho nada o dejarse la comida en el plato. Y luego está todo lo demás: desaparecer temprano del trabajo, llegar a las quinientas, o quedarse en casa a teletrabajar, con lo mal que lleva ella el tema del teletrabajo.

Me paro frente al Zorrilla a consultar la cartelera. Hoy no hay espectáculo y las puertas del teatro lucen desoladas, como mi corazón. Vale, admito que estoy algo necesitada de cariño. Mis amigas son la leche, y no necesito a ningún hombre en mi vida, pero echo de menos un abrazo maternal, de aquellos que me daba Linda después de que yo sintiera que volaba por la pista de patinaje, clavando la pirueta del ángel ante sus ojos de aprobación.

Cuando pienso en la poca paciencia que tenía mi madre para atarme la rejilla al moño, unas manos congeladas me tapan los ojos con delicadeza. Serían capaces de bajarme la hinchazón de los párpados, esas manos tan frías. La posibilidad de que sea alguna de mis amigas me provoca una ilusión que no quiero disimular.

—¡¡Ivana!! —grito sonando desesperada.

Pero no es Ivana. Ni Agus. Ni Saskia.

—¿Me persigues? —pregunta Pelayo, achinando sus ojos sonrientes. Parece haber olvidado nuestro particular encuentro de esta mañana, porque sus marcados hoyuelos me dan la bienvenida. Ellos, y el manchurrón de su camiseta.

—Te invito a una birra. Prometo proteger a la Bruja Escarlata —me suelta divertido, señalando el cerco de tomate alrededor de la chica de ojos azules de la calcomanía.

Yo le respondo que sí, que estupendo, que iba a casa de un amigo y que a última hora se ha puesto malísimo de las paperas. Me odio profundamente por no haberme mudado en todo lo que va de día. Juro que mañana mismo llevaré a la Humana todos mis pijamas y me sacaré la tarjeta VIP del Women's Secret y, si no existe, la inventaré.

Callejamos hasta llegar al Enològic. La coctelería se encuentra al final de una calle estrecha y pintoresca, perpendicular al mar. Los macetones de ficus, palmeras enanas y otras plantas variopintas, distribuidos a lo largo del callejón donde también se ubica la iglesia neogótica de los Padres Carmelitas, confieren al lugar un carácter bohemio y la convierten en una de las calles del centro de la ciudad que más me gusta recorrer.

En el local solo hay una pareja, hace apenas media hora que han abierto. Pelayo se pide un

wine daiquiri. Yo, un Shirley Temple. Subimos y nos acomodamos en unos asientos cerca de la escalera. De las paredes cuelgan camisetas de distintos clubes de baloncesto, incluida una de *La Peña*, símbolo inequívoco de la ciudad. Este sitio es uno de esos lugares familiares donde uno viene a charlar con amigos, y donde te sientes eternamente joven. Y resulta que también es uno de los bares favoritos de Pelayo. En algo sí coincidimos.

—No te he visto nunca por aquí —comento, por decir algo.

—Suelo venir cuando sé que no estás —replica sarcástico—. No es nada personal. No te sientas culpable.

—«La gente incapaz de sentir culpa normalmente se lo pasa bien» —replico.

—¡Eh! ¡Esa frase no es tuya! ¡Es de *True detective*!

—Joder, eres más listo de lo que me imaginaba.

—¿Acaso te parezco tonto?

Si pudiera decirle lo que de verdad me parece... pero ni yo misma lo sé. Hasta hace unas horas me parecía un colgado prepotente. Ahora... ahora creo que más me vale andarme con cuidado.

—Me pareces... suigéneris. —Yo qué sé. Es lo primero que me ha venido a la mente. Se lo oí el otro día a un octogenario en la radio.

—Menudas buenas noticias.

Nos reímos.

—Pues nada, brindemos por las buenas noticias —alzo mi copa de Seven Up y granadina en son de paz y de esperanza.

—Yo brindo por poder llevarte donde nunca nadie te ha llevado —añade.

Qué bonito, por Dios.

—¿Has estado en Wakanda?

—Eh...no he estado nunca en... ¿África?

—Pues no sabes lo que te pierdes. Wakanda tiene una tasa inusualmente alta de mutaciones genéticas...

Vaya, ¿sabrá de lo mío? ¿Quién se lo habrá contado? ¿La bocazas de Agus??

—...por culpa del *vibranium*, por su alta radiación, se entiende. Te gustaría mucho, si existiera. Es un país plagado de hierba comestible en forma de corazón. El que la ha probado ha experimentado poderes sobrenaturales.

¿Me está hablando de una peli futurista, de un cómic que solo ha leído él? ¿Dónde vive, en el multiverso de la locura? Madre mía, por un momento pensé que íbamos a mantener una conversación liviana del tipo: «Me gusta el baloncesto y la tarta de limón».

—Y dime —intento seguirle el rollo—, ¿en qué idioma hablan, en Wakanda?

Lo digo con voz temblorosa y agarrada a mi bebida, porque no llevo bien estar frente a él, sabiendo que quizás hayamos traspasado en algún momento que no recuerdo los límites de la amistad. Además, aquel día fatídico llevaba un sujetador marrón-carne que no se habría puesto ni mi tatarabuela. Dios, cómo se puede ser tan poco previsor. Me apetece decirle que no tengo el día para cómics, pero sería una ofensa que me llevaría directa a la metrópolis esa de los monstruos, donde se supone que estoy viviendo una vida anodina. Qué sabrá él, de mi vida. Solo me conoce de la oficina. Y mi vida está muy bien como está, gracias. O no. Pero es asunto mío. Empiezo a pensar que no tenemos nada en común.

—Oye, sabes que Wakanda no es real, ¿verdad? Aunque el idioma que hablan sí lo es. Se trata de un dialecto sudafricano. Y ojalá existiera esa hierba para poder llevarte a la cama una tortilla de corazones y un zumo de perejil. Cuando estuvieras enferma, se entiende.

Joder, si es que no puede una enfadarse con él.

Pelayo vuelve a mirarme como si esperara algo de mí. Otra vez esa maldita sensación. ¿Fuiste tú el tipo con el que me acosté?

—Dime una cosa —desvío el tema—, ¿de qué equipo eres? Porque a mí no se me ocurriría nunca irme de cañas con un forofo del Wakanda.

—Ja, ja, ja —se ríe—. A veces resultas muy graciosa. Por eso te... —Le da un trago de su bebida antes de contestar. No, por favor. Como me suelte las palabras mágicas, me da algo.

—...por eso te encantaría la Fortaleza...ya sabes.

Hostias, otra vez no. Le miro con cara de «basta ya del tema».

—No tienes aún una respuesta, ¿verdad?

Joder. Obvio que no. Porque no sé de qué pregunta me habla, ni de qué fortaleza, ni de si allí viven los monstruos o los *wakanianos* o *wakandienses*, joder, que yo lo que tendría que decirle es que fuera al grano y me dijera las cosas sin tapujos, pero igual lo que tiene que decirme guarda relación con la noche de la borrachera, y ¿qué le voy a responder yo si me pregunta, qué sé yo: «Te gustaría pasar conmigo el resto de tu vida»? Vale, igual eso no le pega, pero puede que me pregunte si me gustó lo que me hizo —¿qué narices me hizo? — o lo que le hice —¿qué narices le hice??— o saca a relucir mi sujetador del siglo tres antes de Cristo, jodeeeeeer, quiero ver ya el capítulo final de esta serie de culto. ¡Y a poder ser que termine con final feliz!

—Necesito tiempo —miento.

Su cara de *emoji* contento se va apagando ante mi respuesta. Agacha la mirada. Le da varias vueltas a su copa. Deposita sus labios agrietados en el borde, pero los aparta para articular algún sonido. No dice nada. En su lugar, le da un largo trago a su daiquiri. Su nuez asciende y desciende como un yoyó. No irá a declararse, ¿verdad? Es que no sé si cumples los requisitos para ser el mejor padre del mundo, ni siquiera sé si me acosté contigo, con otro, o con varios a la vez, ¿entiendes?

Cómo me gustaría poder volver atrás. Saber qué pasó en esa habitación del Arts. Averiguar si duerme con slips blancos o bóxers floreados, si es más de dar masajes o de que le rasquen la espalda, o de las dos cosas, si está preparado para ser padre...

—Igual todo esto sea una absoluta pérdida de tiempo —dice.

Se levanta, hace ademán de bajar las escaleras, se detiene, da marcha atrás, se acerca de nuevo a nuestro rincón, se inclina sobre mí, sus labios rozan mi pelo... Joder, le tengo tan cerca que podría verle la campanilla. Su aroma a almizcle blanco me desborda. Con un movimiento suave, me aparta un mechón que se ha desprendido de la pinza y me lo coloca tras la oreja. El roce de sus dedos con mi piel me estremece. Siento su respiración en el lóbulo izquierdo. No media palabra, solo respira. Antes de salir disparado hacia las escaleras, me susurra:

—...pero igual merezca la pena esperar.

~ ~ ~ ~

«La vida es un truño gigante», escribo en el chat que comparto con mis amigas de camino a casa, al que añado tres zurullos de WhatsApp y una carita verde a punto de vomitar.

Si por lo menos supiera de quién me he quedado preñada... si Pelayo me hubiera besado y yo hubiera empezado a recordar... pero tengo trabajo, salud y unas amigas encomiables. Voy a formar una familia monoparental con la que nunca soñé. El genio de los cómics ha rozado con las yemas de sus dedos el lóbulo de mi oreja y no me ha desintegrado.

Sería egoísta aspirar a ser más feliz a estas alturas de la noche.

6. Todos los caminos conducen a Pelayo

Lunes. Ocho de la mañana. Estoy aquí. En la oficina. Yo, despierta. A las ocho. Un lunes. ¿Te lo puedes creer? A estas horas, la oficina tiene algo de conserva envasada al vacío. Podrías oír el triple salto mortal de una pulga alrededor de tus tobillos, si te lo propusieras. Respiro hondo. Inhalo el olor enrarecido que desprende la moqueta. No ha sido tan duro. Podría repetirlo a diario, si quisiera. Saltar de la cama. Poner los pies en el suelo. Hacerme cada día con el croissant más crujiente del universo. Es todo un consuelo saber que la vida me depara aún más sorpresas de las que imagino.

—Eo.

Ivana es de las pocas personas que podrían sobresaltarte cantándote una nana.

—Me has asustado. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—A lo mejor echaba de menos los sonidos familiares de la oficina: el runrún de los teleoperadores mandando a paseo a los clientes, el sonido celestial de las puertas de los baños al chocar, el delicioso taladro de los teléfonos... en fin, las maravillas de la vida.

—Oye, ¿crees que es posible estar junto a alguien solo para huir de ti misma?

Ivana mantiene la cabeza ladeada. Cierra los ojos como si estuviera recitando algún conjuro para que el mundo, incluida yo, se desintegre tras abrirlos. Es su forma cordial y condescendiente de decirte: «Mira, no me obligues a hurgar en mis sentimientos». Lleva razón. No tengo ningún derecho a soliviantarla. Además, cualquier estudio que tuviera a Ivana como base para extraer conclusiones universales no sería representativo. Es una mutante.

—Sabes muy bien que me margino por voluntad propia. ¿Por qué pierdes el tiempo conmigo? Por cierto, flor, ¿vas o no vas a mandarme las hojas de vacaciones de tus empleados? Las quiero para anteayer.

—Te las daría de buena gana, solo que mis cajones siguen atascados. Y llevan así por lo menos cuatro malditas semanas.

Tiro con fuerza del primer cajón. Esto sigue encalladísimo. Me levanto para ofrecer mayor resistencia. Me ayudo de todo el cuerpo. Ejercicio presión con mis abdominales. Tensio los trapecios. Noto cómo se me hinchan las venas de las sienes. Lo intento con el resto de cajones. Nada.

—Llama a mantenimiento, flor.

—Ya les he pasado dos partes.

—Pues córtate las venas, a mí qué me cuentas. Los necesito para ayer. Y también necesito vapear. Me largo. *Agur*.

—¡Espera!

Qué sistema más absurdo. ¿Por qué tienen que bloquearse todos los cajones cuando es solo uno el que no funciona? ¿Quién inventaría este cochino mecanismo? ¿Y quién es el simpático o simpática que ha logrado meter un sobre de cartón por una ranura donde no cabe ni un alfiler?

—Pero ¿en qué empresa se siguen firmando las vacaciones en papel? —le pregunto desesperada.

—En esta. Déjate de teatrillos y mándame lo que me debes. Ah, hemos quedado para merendar. Estamos sobre una pista.

—¿Una pista sobre quién?

Ivana mira a izquierda y a derecha por encima de los hombros para asegurarse de que no nos oye nadie. Me observa sin atreverse a contestar.

—¡Me lo cuentas o te desheredo! —grito al fin.

—Estás jodida —replica levantando una ceja y mirando en dirección a la mesa de Pelayo.

Ladeo la cabeza en diagonal y trato de ubicar el cubículo del, por ahora, principal sospechoso, tres filas más atrás, al otro lado del pasillo central. Si alguna vez le buscas, no tienes más que fijarte en las decenas de figuritas de personajes que tiene colocadas de forma estratégica en la repisa de su mampara. Si a eso le sumas la taza de Magneto y la alfombrilla del Capitán América, no hay duda: acabas de dar con el rey del cómic.

Permanezco en estado de observación durante unos segundos. Si por lo menos aflorara algún recuerdo, por nimio que fuera, algún indicio que le descartara por completo o lo consolidara como padre del año. ¿Y si le pregunto directamente si nos acostamos? No. Me niego. Además, ¿quién dice que no me acosté con nadie más?

—¿Puedes conseguirme algo de cicuta?

Pero Ivana ya se ha ido.

A medio pasillo, el mismísimo Pelayo ha venido a cruzarse en mi camino. Intento pasar por su lado lo más rápido posible, intentando que no me tiemblen las piernas y me dé de bruces contra sus zapatos.

—Menudas prisas. ¿Te persigue un orco? —me saluda, ahuecándose las ondas del flequillo.

Me detengo. Agito el aire atrapado dentro de mi camisa con golpecitos suaves de abajo arriba para evitar que repare en mi tripita.

—¿No llegas un pelín pronto? —le pregunto.

Como de costumbre, nos hemos quedado sin nada más que decirnos. Él me mira fijamente. Yo busco entre mi repertorio de frases comodín para salir del aprieto. Siento cómo se me ruboriza el rostro. Estallo en una tos nerviosa.

—¿Estás bien? Parece que vengas del planeta Krypton.

Ya estamos con el tema. De verdad que no sé cómo decirle que no entiendo de galaxias, titanianos ni guardianes del universo.

—A veces no te entiendo —le digo.

—¿Es que no has leído a Supermán? —añade más serio de lo habitual.

—A ver, que al planeta Krypton llego, pero no. No he tenido el placer.

Pelayo se rasca la barba de tres días y frunce el ceño. ¿Es que vamos a volver a pelearnos por una estupidez? ¿Tan difícil es de encajar que existen bichos raros sobre la faz de la tierra que no han crecido con los cómics de Supermán?

Le miro de arriba abajo. ¿Qué pasó en aquella fiesta? ¿Por qué no recuerdo nada? Y, sobre todo, ¿por qué se me acaba de erizar el vello de los brazos solo de pensar que tal vez su metro ochenta, sus ojos marrones casi verdes, su flequillo ondulado y sus manos grandes y huesudas conocen de memoria cada lunar, cada esquina, cada centímetro de mi piel? No me da la gana preguntarle si me acosté con él. ¿Y si luego me reclama la custodia compartida? A este bebé le daré el mejor padre del mundo, un padre que esté a la altura del mío. Eso, o no tendrá ninguno.

—Oye. Te dejé algo en el cajón.

¡Vaya! Así que el que me ha atascado el escritorio ha sido él. Fenomenal.

—Pues menuda puntería —digo, en referencia al lío que ha ocasionado.

Como me haya metido una declaración de amor me muero. Por si acaso, prefiero no preguntar.

—Ayer... —me sincero— estuvo gracioso... quedar.

—Pensé que necesitabas tiempo...

—Sí, lo que quiero decir es que... —ni yo sé lo que quiero decir, mierda— pues que no había probado el cóctel de granadina antes y... en el cajón... quiero decir...en la fiesta... — ¿qué coño haces, Álex? —...que gracias por los bocatas, ya sabes, la merendola.

¿Merendola? ¿Merendooooola??

—No te preocupes. Se me da bien ayudar. Oye, ¿estás bien? Te noto nerviosa.

Joder si lo estoy.

—Es que llevo muy mal el *jet lag*. —¿Y dónde narices se supone que he ido desde ayer? — Me refiero a dormir mal. Yo es que a todo le llamo «*jet lag*».

—Te entiendo. Yo tengo *jet lag* de algunas cosas. Por ejemplo, de tus chistes malos y de tus salidas inesperadas. Eres un poco...suigéneris, también.

Nos reímos. Me da un golpecito en el brazo a modo de despedida. Pero es solo un «hasta pronto». Pelayo se aleja. Yo me alejo. Cómo desearía que las personas dejaran de alejarse.

Ivana habrá tenido tiempo de tomarse ya tres cafés en lo que llevo de charla, por lo que desisto de ir detrás de ella. Me retiro a mi mesa, donde mi equipo está dando instrucciones a los primeros clientes de la mañana. Ser teleoperador es un trabajo duro. Sé de lo que hablo. En una multinacional de soporte técnico como la nuestra, las llamadas entran a destajo en todos los idiomas que figuran en tu currículum. Te pasas el día lidiando con la torpeza tecnológica de usuarios de medio planeta, arreglándoles su conexión, configurándoles el antivirus, procurando que no adviertan que llaman fuera de sus fronteras. Al cabo de la tarde una presión intermitente se apodera de tu cerebro, como si un mono te estuviera percutiendo el cráneo con un martillo y te lanzara carcajadas estridentes por la trompa de Eustaquio. Te pesan las extremidades. El picor se propaga por tu cuero cabelludo como un incendio en un día de ventisca. Vuelves a casa con dos centímetros de menos y un par de ojeras de más. Juras que cambiarás de curro y, al día siguiente, naces con esperanzas renovadas en ti y en tus capacidades emprendedoras. Solo que, a eso de las diez, después del segundo café, te apoltronas en tu asiento. Al fin y al cabo, el arraigo a nuestro escritorio y a nuestras costumbres está llamado a degollar al intrépido explorador que llevamos dentro. No es ningún secreto: más allá de nuestro horizonte, hay avispas de mar y orcas asesinas dispuestas a devorarnos.

Cuando me acerco al dispensador de agua ubicado justo enfrente del despacho de Linda, un chillido tenue seguido de unos susurros que, más que susurros, parecen gritos ahogados, me obligan a detenerme. Permanezco inmóvil el tiempo suficiente para comprobar que, efectivamente, las voces misteriosas provienen del despacho de mi madre. Me bebo un vaso de agua del tirón y me desplazo por la moqueta azul —el color del vacío y la melancolía— sin hacer ruido. Oteo desde una distancia prudencial. No tengo ángulo. Deben de haberse pegado a alguna de las paredes. A medida que me acerco, las voces se vuelven más intensas. No logro descifrar nada de lo que pasa ahí dentro. Asomo la cabeza con precaución.

¡Hostias!

El corazón me acaba de dar una vuelta de campana. Apenas un nanosegundo atrás, un tipo agarraba a mi madre por el cuello. Sus caras permanecían a cero coma cero milímetros la una de la otra. No necesitas haber cursado ningún máster en Psicología para deducir que su lenguaje corporal no es el propio de una conversación rutinaria. ¿Será una discusión de pareja? ¿Qué hace este tipo en el despacho de la jefa, a escasos milímetros de la jefa, susurrando en el oído de la jefa?

—Jorge, *te limites* a hacer lo que te digo y punto.

Espera. ¿Ha dicho Jorge? ¿No será el mismo Jorge que la hostiga por teléfono? Vuelvo a mirar dentro del despacho. Esta vez alcanzo a verles la cara. ¿Perdón? ¿El repartidor del correo? ¿El guaperas que entró a principios de año? ¿Acaso la estaba estrangulando? ¿Se tratará de alguna práctica sadomasoquista? ¿Qué haría una hija común ante un caso como este?

Vuelvo a la fuente. Me relleno el vaso. Es importante hidratarse el cerebro para pensar con claridad. El agua fluye por mi garganta al mismo ritmo trepidante que mis pensamientos. ¿Necesitará Linda que la saquen de algún aprieto? ¿Por qué no ha pedido ayuda? De todas las madres que pululan por el planeta, ¿por qué me ha tocado en gracia la más obstinada?

Desde el pasillo diviso los bucles pelirrojos y la nariz ligeramente respingona de Agus. Podría pasar por la hermana de la protagonista de *El perfume*. Con la mirada perdida, espera a que la impresora acabe de escupir unos últimos papeles. Sus ojos permanecen fijos en las hojas que salen en tropel, pero es evidente que no les presta ninguna atención. Debe de ser duro aceptar que tu proyecto de vida en común ha fracasado. ¿Cuándo te das cuenta de que las cosas empiezan a ir mal? ¿Cómo reconoces al hombre de tu vida? ¿Qué atributos debe reunir un padre para ser merecedor de sus hijos? ¿Por qué es todo tan complicado? Antes de que pueda acercarme a mi amiga para buscar consuelo, o para consolarla, o qué sé yo para qué, Linda sale de su despacho percutiendo un triángulo. Nos convoca a una reunión urgente.

Uno tras otro, sus reportes directos vamos entrando en el despacho, lo cual equivale a decir los cuatro pirados que todavía soportamos a mi madre como jefa. No debe de haberle afectado demasiado su conversación con Jorge, o quizás esté desempeñando uno de sus muchos papeles, con esa habilidad suya para transformarse en la mejor actriz de reparto, cuando no en la absoluta protagonista. ¿Fue también una farsa, el amor que le profesó a mi padre? Me apoyo en la pared cerca de la puerta de salida, desde donde controlo los cogotes de todos los presentes. Adoro la visión panorámica de los lugares, te permite permanecer al acecho. Nunca sabes si vas a ser el menú de un cachalote.

—Ahora que estamos todos los directivos —interviene mi madre—, tengo algo que anunciaros.

Echo un vistazo rápido a la habitación. ¿Ha dicho directivos? Pues no me salen las cuentas. ¿Qué narices hace aquí Jorge? ¿No tendría que estar pegando sellos o engrasando el carrito del correo?

—Linda, ¿tiene que ver con la reducción de la partida presupuestaria? —se apresura a intervenir nuestro gurú de las finanzas—. Me gustaría presentarte algunas ideas para evitar más despidos.

—A propósito de los despidos —añade el jefe de informática—, ¿podría alguien mandar un recordatorio para que todo el mundo comunique las bajas a tiempo? No hace falta que os recuerde que es fundamental revocar de inmediato los accesos de los empleados que se han ido.

Despidos. Presupuestos. ¿Es que nadie va a decir nada?

—Todo eso está muy bien —apunto desde el fondo de la sala. Qué bien se me da hacer de mala cuando quiero—, pero ¿se puede saber qué pinta este en tu despacho?

Los nueve metros de la habitación permanecen en silencio y los ojos de Jorge me clavan una mirada asesina. Intuyo sus colmillos afilados anclados a una mandíbula ansiosa por degollarme.

—De eso precisamente quería hablaros —tercia Linda—. La mayoría ya conocéis a Jorge, ¿verdad? A partir de hoy deja el departamento de Correos y se incorpora a la plantilla de mis *directs*. Será el nuevo director de Desarrollo de Negocio.

—¿El director de qué? —he gritado sin querer, o queriendo, no lo tengo demasiado claro—.

¿Y Bea?

—Ah, no es problema. Igualmente tenía pensado prejubilarse. Está todo acordado. ¿Alguien tiene algún comentario más? *Cuando* no hay más preguntas, levantamos la sesión.

Indignante. Inaudito. Voy a reclamar su incapacitación mental. ¿Ese era tu secreto, Linda? ¿Y qué tendrá que ver con su pelea de antes? Sigo sin entender nada de lo que está pasando. Para mi sorpresa, Jorge me persigue y me agarra del brazo.

—No es lo que piensas.

Me suelto mediante un gesto brusco. ¿De qué va este tío? Primero amenaza a mi madre —¿la amenazaba?—, luego la besa —¿se besaban?—, instantes más tarde me agarra del brazo como si fuéramos íntimos... ¿A qué viene tanta confianza?

—¿Pero tú de qué vas? —le digo.

—Te vi espiándonos.

Mierda.

—¿Y qué?

—Piensas que soy un trepa que está intentando camelarse a tu madre, ¿no es eso?

—¿Eso crees? Mira..., Jorge, o como te llares. Lo que piense yo debería importarte un rábano.

—Pues nada más lejos de la realidad. Y cuidadito con no tener que arrepentirte algún día. Hay algo que aún no sabes.

—¿Perdona?

Jorge me sujeta con fuerza. Esta vez no consigo zafarme. Juraría que tiene ganas de soltarme algo que no me va a gustar, suerte que Pelayo llega a tiempo de impedirlo.

—Suéltala. «No se pierde nada con la paz, pero puedes perderlo todo con la guerra».

Desconozco si Jorge está al corriente de la extravagante forma que posee Pelayo de desenvolverse en el mundo de los humanos. Ni siquiera tengo claro que le haya oído. Me ha soltado, le ha pegado una patada a la papelera más cercana y se ha largado.

¿Qué habrá querido decirme? ¿Qué es eso que aún no sé? Por lo pronto me ha dejado con la intriga y un moratón en el antebrazo.

Los ojos marrones casi verdes de Pelayo me miran a través de sus gafas negras de pasta.

—«Una mujer sin miedo es una mujer sin esperanzas».

A veces me cuesta trabajo entenderle.

—Perdona que me haya entrometido, me pareció que estabas en peligro —dice, esta vez en un idioma que comprendo.

Se supone que debería estarle agradecida por haber evitado que Jorge me despellejara, o que yo le despellejara a él, o que nos despellejáramos mutuamente, pero en su lugar le digo que odio el secretismo de mi madre. Odio que me mantenga siempre al margen de todo. Y no sé por qué le estoy contando todo esto.

—Recuerda lo que dijo Godo en Bersek: «el odio es un lugar en el que se esconde uno cuando no puede enfrentarse a la tristeza».

—¿Y qué tiene que ver todo esto con estar triste?

Un ruido al fondo del pasillo interrumpe nuestra conversación. Nos apresuramos hacia el cubículo de Pelayo, de donde parece originarse el barullo. Unas botas de piel marrón afloran por debajo de su silla. Pelayo se abre paso sin dilación y es el primero que se agacha para tomarle el pulso a la desmayada, que de sobras sé quién es. Luego, alza a Pocahontas con sus brazos, para apartarla del gentío. Hago tremendos esfuerzos por no pensar en el final de *Oficial y caballero*. Pocahontas abre los ojos y abraza a Pelayo como si quisiera que se la llevara lejos de aquí, a una

isla desierta con monos y cocoteros. Me dan ganas de preguntarle a Pelayo si sería capaz de enamorarse de alguien que calza un cuarenta y tres. Vale, estoy exagerando, pero es que empiezo a sospechar que los ataques de epilepsia de esta chica no responden a ningún cuadro médico. ¿Es que no lo ve, que lo único que desea es llamar como sea su atención? ¿Por qué no se desploma en las escaleras de incendio donde nunca pasa nadie?

María del Río, que es como al parecer se llama Pocahontas, desaparece en brazos del friki de los cómics y juraría que, al pasar por mi lado, me ha susurrado: «No te lo voy a poner fácil». Puedo habérmelo imaginado. No soy infalible. Un momento: ¿Será capaz de llevarla en brazos hasta el hospital? ¿Le dará la mano mientras espera a que la enfermera le administre algún medicamento letal? Bueno, lo de letal se me ha ocurrido en el último momento, fruto de la irreflexión.

Tiene gracia, pero, ahora que lo pienso, Pelayo es como un superhéroe del siglo veintiuno. Hoy ya ha rescatado a dos colgadas: una que se desmaya a todas horas con solo mirarle y otra que... otra que cuando le mira piensa mucho-muchísimo en su padre.

7. Más Cheetos, un morreo y un marido desesperado

Mirad, ahí llega nuestra embarazada feliz —me saluda Agus, conforme entro en el Chiquipark preferido de sus mellizos, al que hemos venido a merendar.

Para el que nunca ha estado en un sitio de estos, es evidente que no se pierde nada: juntas a decenas de niños hiperactivos pegando botes en una nave oscura, los lanzas a una piscina de bolas, les enchufas la música de Chayanne a toda pastilla y ya lo tienes.

—Ni que fuera el plato estrella del menú de un chino —la importuna Ivana.

—Antes de que empecéis a pelearos, os advierto que traigo muy malas pulgas.

—¿Y eso? —Agus lleva los dientes manchados de ganchitos.

—El nuevo director de Desarrollo de Negocio tiene algo turbio con mi madre y, para postres, el defensor de las causas perdidas ha decidido que hoy era un buen día para apearse de su nave espacial, ponerse la capa de súper héroe y salir volando a salvar el mundo.

—¿Es verdad que le ha pegado un morreo a Pocahontas? ¿Quieres? —Agus me ofrece su bolsa de Cheetos.

Las palabras de Agus me dejan descolocada. ¿Morreo? ¿Qué morreo?

—Si te soy sincera —respondo antes de vaciar el contenido de la bolsa dentro de mi cavidad bucal hasta que no queda ni una migaja— *no fengo ganaf de hablaf del fema*.

Le devuelvo su bolsa de Cheetos. Vacía. Me parece intuir una mirada de desconcierto en mi amiga.

—Vayamos al grano —interrumpe Ivana—. ¿Se lo cuentas tú o tiro a matar?

Dispara ya, pienso. Me siento en el escalón del escenario. A pocos metros, un niño con un sombrero Stetson emerge de los toboganes y pasa por delante de nosotras. Mi subconsciente me traiciona. Alguien me ha atado a una rueda giratoria. Mi madre me lanza cuchillos afilados. Me temo que no voy a salir con vida.

—Según mis averiguaciones, flor, te vieron salir de la fiesta con un individuo. El fulano en cuestión te llevaba cogida del brazo. Tú andabas haciendo eses. Pues bien, gracias a mi informador, sabemos que ese menda era Pelayo.

—¿Ah sí? ¿Y se puede saber quién te ha contado esa patraña? —Me quito pelos del jersey como si nada de lo que me dijeran me importara.

Dios, va a ser que todas las pistas apuntan a Pelayo. ¿Cómo es posible que no me acuerde de nada? ¿Y cómo decirle a un tío al que ni siquiera recuerdas haber besado «oye, por cierto, se me olvidaba, voy a tener un hijo tuyo»? Me niego. Qué digo, me muero.

—Yo nunca revelo mis fuentes, flor. Además, considero que tienes el caletre suficiente para darte cuenta de que lo tienes hasta las cachas.

—Bueno, en defensa de Álex debo admitir que lleva de cabeza a más de la mitad de la oficina. Solo es uno más de la lista.

—O pones nombres sobre la mesa o te vas olvidando de los Cohiba que te prometí —le exijo.

Ivana refunfuña, pero cede por fin.

—Está bien. *Touchée*. En realidad, se trata de una informadora.

—Sigue.

—Salió detrás del Capitán América. Iba a decirle que se las piraba.

—Continúa.

—Cuando llegó a la calle, te vio agarrada al brazo de Pelayo. Un individuo se paró frente a vosotros. Había un taxi en la puerta. El episodio era tan penoso que la tipa se largó sin despedirse. No sé más.

—O sea, que no vio nada —¿Yo? ¿Del brazo de Pelayo? —Pues te han informado fatal.

Ivana no soporta que la contradigan:

—Fue Pocahontas. Y no tendría por qué mentirme. Creo que ella y Pelayo andan enrollados.

La confesión de Ivana me ha dejado muerta.

—Pocahontas, ¿con Pelayo? ¡Pero si no le pega nada, esa pardilla! —Le he robado a Agus la bolsa de cortezas que acaba de abrir. Tiene que entender que es una emergencia. Madre mía, lo mal que come, esta chica.

—A mi entender, no fue lo que vio, sino lo que no quiso ver. Se largó porque la escena le resultaba insoportable.

—¿Qué insinúas?

—Deduzco, flor. Indago, reflexiono y deduzco. Por cierto, he logrado localizar las llamadas que recibiste esa noche.

—¿Llamadas? —Agus se gira para reprender a los gemelos por tirarle de los pelos a una niña. Es increíble la capacidad que tienen las madres para estar en varios lugares a la vez.

—¿No se lo has contado? Si es que sois un puto desastre... A ver —continúa condescendiente—, Álex recibió varias llamadas de un fijo durante la noche del crimen. Todas de un mismo número: una empresa de componentes electrónicos. Las llamadas se efectuaron a las cuatro, a las cuatro y cuarto, y a las cinco menos cuarto de la mañana. Luego hay varias entre las cinco y las seis.

—¿Cómo dices que se llama la empresa? —pregunto, más por curiosidad que por creer que nada de esto pueda aportar una pista decisiva.

—Ezequiel e Hijos. Está ubicada en un polígono industrial de Vilanova. No hay nada como tener contactos.

—Álex, ¿te suena? —pregunta Agus.

—No había oído ese nombre en mi vida.

—Por el momento no hay nada que relacione a esa empresa con ningún sospechoso. Pudo ser un empleado del turno de noche que se había quedado sin sudokus y decidió tocarle las pelotas a una víctima elegida al azar. Continuaré indagando sobre el asunto. Damos por finalizada la conversación cuando vemos a Fernando pasar con un gemelo en cada brazo y una cara de «se-puede-saber-qué-hacen-mis-hijos-en-un-sitio-como-este».

—Eres una madre nefasta. Te voy a arrebatat la compartida, ¿me oyes? He tenido otra visión: andabas medio sonámbula por la barandilla del balcón. De repente, un pequeño resbalón y zas, te habías roto la crisma. Tu cabeza rodaba por el suelo. Hazme caso, no des ningún paso en falso.

Es increíble el repertorio de amenazas que posee este hombre.

—«Salva, oh, Jehová, porque se acabaron los piadosos; porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres».

Y acto seguido desaparece del local con sus cuatro hijos, el Maclaren y una maleta que Agus ha preparado con los uniformes del día siguiente. La tristeza de Agus contrasta con la

algarabía del lugar. Mi amiga saca un pañuelo y lo aprieta como si quisiera aniquilar las dos iniciales y las tres flores chiquitinas que alguna antepasada debió de bordar a mano en un extremo. La puntilla que lo bordea me recuerda las sábanas que mi madre conserva de mi abuela: lienzos impolutos testigos de hambre, guerras, alegrías. Hay vidas encorsetadas en extramuros de ganchillo, pienso.

~ ~ ~ ~

Una vez afuera, el aire nos azota los pensamientos. Vamos las tres en silencio. Nos metemos en el Volvo familiar de Agus. Yo pienso que igual la soledad no sea tan mala, que quizás hayamos confundido el miedo a la muerte con el miedo a la vida. También pienso en qué narices tienen de nocivo los Chiquiparks y en lo retrógrado que es el marido de Agus, por favor.

—Este año tendré que ganarme alguna indulgencia plenaria si no quiero morir abrasada por las llamas del infierno —dice ella al introducir la llave en el contacto.

Suerte que, como rezaban en su día los eslóganes de algunos autobuses, muy probablemente Dios no exista.

8. Ricky y el Tercer Hombre

Los *piercings* que coronan la ceja izquierda de Ivana me recuerdan los conos de lana que poblaban la sala de estar de mi tía abuela Amalia, obsesionada con tejernos jerséis cuando despuntaba el invierno y arreciaba el frío. Era entonces cuando se paralizaban los trenes y el desánimo henchía los corazones de los habitantes del planeta, porque yo creía que, cuando nevaba, también lo hacía en las casas de todos los niños del mundo, sobre todo en las casas de los niños pobres, en los que solo pensábamos cuando pasábamos frío o nos dejábamos comida en el plato, o cuando nuestros padres —hablo también por boca de mis amigos— nos requisaban un juguete para dárselo a los que no tenían nada. Yo odiaba a los niños pobres porque me hacían la vida ciertamente más difícil y porque, en su nombre, tendría que engullir espinacas, endivias, *boerenkool* y otras verduras y hortalizas que detestaba, pero también les profesaba cierta admiración: planeaba sobre ellos un halo de inocencia, de compasión, de virtud, como si no existieran pobres malos o como si solo ellos regentaran el monopolio de la bondad.

Ivana apoya sus posaderas en el tablero de mi mesa. Por su minifalda de cuero callejean en todas direcciones cremalleras imposibles. Lleva unas medias a rayas blancas y negras con más agujeros que un queso gruyere, las botas punk naranjas que solo desempolva cuando presiente que «algo muy chungo» está a punto de sucederle y su habitual pintalabios azabache.

—¿Tienes una cita con Herman Monster?

—Muy graciosa. Toma. Estos tickets de parking me han llegado sin firma. Ponles tu sello, que me las piro a desayunar.

—No, en serio, ¿va todo bien?

Ivana se incorpora. Parece molesta. Desde mi asiento, su metro setenta y ocho se magnifica. Sus muslos son fuertes. Su estructura ósea, imponente. Como *Alicia en el país de las maravillas*, da la impresión de que en cualquier momento puede seguir creciendo hasta perforar el techo. Se da la vuelta. Refunfuña.

—Ahí te quedas.

—¡Espera! —la increpo mientras me abrocho los cordones de los zapatos—. ¡Necesito un café!

Le he puesto cara de *smiley* grandote, pero Ivana ya va camino de los ascensores.

—Me consumes. —Es lo último que oigo antes de verla doblar el quicio de la puerta.

~ ~ ~ ~

Tomamos asiento en nuestro bar habitual. Pedimos un par de cafés y dos donuts de azúcar, que don Manuel nos sirve de inmediato. El pobre debe de pensar que nos dejamos la piel trabajando. Aunque hay que admitir que ser directoras, cada una en su materia, conlleva una responsabilidad que no todo el mundo está dispuesto a asumir. Ivana lleva un equipo de tres personas en Recursos Humanos, aunque tienen trabajo para doce. Mi equipo es mucho más grande, pero damos soporte a clientes de muchos países. No son las horas que dedicamos, lo que nos hace merecedoras de nuestros puestos, sino nuestra capacidad para la toma de decisiones importantes.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer con el gremlin?

—¿Perdona?

La imagen de la comadrona depositando sobre mi pecho a un bicho viscoso con cara de lagarto y orejas puntiagudas me ha dejado fuera de combate.

—Colega, el feto, el embrión, la alubia con patas. Hay que hacerte un mapa.

—Que ya, que ya.

—¿Vas o no vas a tenerlo?

Ivana ha sacado su váper y juega a pasárselo entre los dedos de la mano derecha.

—¿Tú crees que sería buena madre?

—Pues seguramente no. Piensa un poco. La relación más larga que has tenido, y sigues teniendo, es con tu difunto padre. No sé si tienes algún hueco ahí para alguien más.

Zasca. Eso me pasa por dirigirle la palabra a una neurótica antes de su tercer café.

—Estás celosa —le recrimino en un intento por herirla, pero enseguida me arrepiento. Meterse con Ivana equivale, como poco, a desatar la caja de los truenos.

—¿Celosa, yo? —Hace una pausa. Apura el poso de la taza. Se limpia la boca con el dorso de la mano—. Oye, mi padre era un abuelo que vendía chucherías. Mi madre, una señora muy mayor que quiso tener una hija para que se convirtiera en todo lo que ella no pudo ser. Les fallé. Les salí rana. Sí. Puede que esté celosa. ¿Qué tenían los Palotes y las pipas de glamuroso? Creo que hasta los llegué a detestar.

—Frena, frena. Escucha. —Intento desviar la conversación autodestructiva de Ivana hacia otros derroteros—. Es que ningún tío es lo bastante... lo demasiado...

—¿Lo suficientemente calcado a tu padre?

—¿Eso crees?

—Flor, lo que creo es que deberías ponerte en manos de un psiquiatra.

—Y quién no —le respondo sin pensar, sorprendida de estar mirándola con una mezcla de furia y ansiedad, como si ante mí se hubiera abierto un precipicio. A menudo sueño que recorro un acantilado, agarrada a una alambrada. La muerte me espera bajo los pies. No debo soltarme. Nunca intento soltarme. Siempre termino por aferrarme a la vida.

—Cierto. —Ivana da golpecitos sobre la mesa con la base de su váper—. Quién no lo necesita.

Los cinco minutos restantes los pasamos sin articular palabra: dos monjas de clausura disfrutando como enanas de sus votos de silencio y trasteando con sus respectivos móviles. Es probable que Ivana piense en el deseo frustrado de su madre de ser escritora y sueñe con el libro que nunca terminará en su honor por falta de constancia, pero, sobre todo, por miedo a enfrentarse a su mediocridad. Yo pienso en cómo sería la vida con mi padre, qué consejos me daría acerca de esta original manera de haberme quedado embarazada, qué rumbo habría tomado la vida de mi madre si él no nos hubiera dejado de forma tan repentina.

—Quizá tengas razón —me limito a contestar y, antes de que Ivana me pregunte que «a qué hostias viene eso ahora», me levanto a pagar los cafés.

En ese mismo instante, Pelayo aparece por la puerta y se instala en el taburete justo a mi izquierda. Sus ojos casi verdes me escrudiñan y parecen querer hurgar en mi interior.

—«Una vez que elijas la esperanza, todo puede ser posible».

Me giro en redondo hacia Ivana en busca de socorro, pero antes de que pueda responderle se pide una pasta y la paga en efectivo.

—¿Comerciáis con euros, en tu planeta? —le pregunto divertida, porque juro que por un momento he imaginado que iba a pagar con *wakanmoles*, y he tenido que reprimir una carcajada

solo de pensar que yo suelo desayunar tostadas untadas con dinero de Wakanda.

—Muy graciosa. Adiós.

Joder. Un desmayo es un desmayo, aunque sea fingido. Pero ¿dejarme tirada por un chucho de crema industrial? Sus espaldas anchas se pierden tras los cristales. Michael Phelps ha batido un nuevo récord mundial. Yo, en cambio, avanzo a paso de tortuga por el carril lento con mis gafas de esnórquel y mis aletas largas.

—Está de ti hasta las cachas —me suelta Ivana—. Sólo espero que se lo digas pronto. Nadie se merece que le jodan la vida.

Joderle la vida... ¿Y qué pasa si fue Ricky? ¿Por qué no pude haberme acostado con Ricky?

Cuando entramos en la oficina, nos encontramos a Agus reunida con los técnicos en la mesa redonda a la derecha del pasillo, a la vista de todos. Al reparar en nosotras, da instrucciones a su equipo y, en cuestión de segundos, la reunión se disipa.

—Álex, por fin, venid. —Agus nos arrastra hasta su cubículo.

—Ah, no. Ni hablar. Me subo a currar —zanja Ivana.

—Solo será un segundo. Mirad. —Nos muestra una carta con membrete del Vaticano.

—No me lo puedo creer —verbalizo.

—Es una misiva del Papa. No me he atrevido ni a olerla.

—Qué misiva ni qué hostias. —Ivana agarra el sobre y lo mira al trasluz.

—No conocéis a mi suegra. Ha tenido contactos hasta en la KGB —farfulle mientras recupera la carta, la boca llena de masa de magdalenas que hornea ella misma.

Mi amiga gótica le arrebató de nuevo el sobre, lo abre sin miramientos y, con un «hay que ser lerda», nos muestra el contenido de la misiva.

—Es una nueva chapuza de tu marido, ¿o no lo ves? El Papa no prometería rociarte con gasolina si no atiendes a su súplica apostólica.

Agus se deja caer en la silla frente a su ordenador, sin dejar de manosear el sobre.

—Quiere quitarme a mis hijos. Va a pedir la custodia. ¿Qué padre separaría a una madre de sus hijos?

—¿Qué padre despechado no lo haría? —Ivana es que no tiene filtros.

—A ver, habrá de todo —intervengo en tono conciliador, aunque sé de sobra que gran parte de las separaciones terminan mal. Que la mayoría de niños pagan la imbecilidad de sus padres. Que el egoísmo parental no es inocuo, causa roturas emocionales imposibles de remendar.

Antes de que pueda consolarla, Pelayo se planta ante nosotras. Un rubor que reconozco muy bien acude sin control a mis mejillas.

—Tío, busca un Plastidecor, colorea un bosque y piérdete —le increpa Ivana en su línea de simpatía abrumadora.

—Vaya, veo que la Bruja Escarlata estrena traje de gala. Me gustan tus botas.

—Mucho ojito con este —me advierte Ivana por lo bajini—. Ya sabes a lo que me refiero.

Mi amiga nos ha mirado de soslayo y me ha dejado sola ante la enciclopedia Marvel personificada.

Veo a Ivana desaparecer con esa manera tan suya de andar arrastrando los pies con metatarsos de plomo, como si le doliera la vida. A pesar de su carácter gruñón y solitario, y de ser la pesimista *namberguán* de la oficina, es lo más parecido que he tenido nunca a una hermana.

—¿Qué mosca le ha picado a tu amiga? —pregunta Pelayo.

Le gorreo una magdalena a Agus y le doy un bocado. No quiero dar pie a ninguna conversación que vuelva a terminar mal.

—Te veo en la cantina —afirma, dándolo por hecho.

—A sus órdenes... —contesto cuando ya se ha ido.

Lo primero que hago al llegar a mi sitio es consultar el correo. Hay días en los que las reuniones se amazacotan como uvas en un racimo. Contesto a un par de temas urgentes, reviso que los teleoperadores no se hayan desviado de su nivel de servicio, compruebo que el número de llamadas perdidas no sea excesivo y realizo algunas escuchas para monitorizar el trabajo de mi equipo. De repente, una alerta asoma en mi pantalla. Hoy es el cumpleaños del otaku del manga por excelencia y nos invita, según palabras literales de Pelayo, a «teletransportarnos» al comedor de la primera planta para celebrar sus treinta y ocho «tacos siderales».

Vaya, así que era eso. No me imaginaba que Pelayo fuera mayor que Ricky... Consulto el móvil, claramente sugestionada. Cero wasaps de «Corazón-Ricky-Corazón». Debo de haberle mandado ya cincuenta, por lo menos. El último no cuenta, se me fue la mano con lo de estar fatal de la polio. Qué sabrá él si estoy o no vacunada. Solo quiero mirarle a los ojos, joder, forzar que aflore algún recuerdo de mi noche fatídica.

Cuando llego, el comedor está hasta los topes. La mayoría permanece en pie, esperando a que el chico del cumpleaños descorche el cava; otros prefieren seguir sentados, ajenos al jaleo, mientras terminan de arreglar el mundo, despachan la crisis económica o pronostican el resultado de la porra de la Champions. En realidad, cualquier excusa es buena para escaquearse del trabajo. No alcanzo a ver al chico del cumpleaños entre los presentes, pero a la que sí distingo es a la plancha de pastel de tiramisú y chocolate que yace encima de una de las mesas, con un capitán Haddock de goma sujeto a una octavilla a modo de pancarta que reza «Rayos y truenos, sírvete tú mismo».

La gente se desdibuja a mi alrededor. El sonido desaparece. El hedor a pollo rustido de los microondas me resulta indiferente. Estamos solos don amaretto trufado y yo. Me abalanzo sobre el trozo más grande y, como una posesa, me introduzco un pedazo ingente en la boca que a duras penas logro masticar, y lo peor: siento que el relleno me rebosa la comisura de los labios. Lo que empezó como una pequeña concesión de mujer embarazada se está convirtiendo en una embarazosa pesadilla, y nunca mejor dicho. Tengo la impresión de que todo el mundo me observa. ¿Estaré, en mi línea de conducta habitual, haciendo el ridículo espantoso? Por suerte, Pelayo acude en mi ayuda.

—Es obvio que nos gusta el chocolate. Usa esto. —Me tiende una servilleta y me ofrece una copa burbujeante.

—Gracias —me limito a balbucear a modo de escueto agradecimiento. Mi boca sigue obstruida de bizcocho. No es el momento de pronunciar discursos elocuentes.

—Mi padre decía «no te enamores nunca de alguien que engulla más rápido que tú». O al menos eso me contó mi madre. Yo no llegué a conocerlo. Y ya ves, no consigo hacerle caso.

La frase de Pelayo me ha provocado una risa tonta que ha terminado por hacer que me atragante, y ahora toso sin control, reparto migajas de bizcocho en forma de proyectil en todas direcciones y, por si fuera poco, una lluvia de estornudos y saliva ha aterrizado en la cara del increíble Hulk de su camiseta.

—Ostras, qué horror —digo al fin.

—¿Tan desagradable te resulto? —Se limpia el rostro con disimulo.

—Lo suficiente.

—¿Qué haces esta noche? —me asalta sin titubeos.

Acaba de pillarme totalmente desprevenida. Que no. Imposible.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Tengo clase de yoga —improviso.

—¿En serio? Qué casualidad. ¿Has intentado alguna vez la postura de la grulla?

—Oh, sí, claro, la practico a diario —le respondo sin tener ni pajolera idea de en qué consiste.

—Entiendo —Pelayo apura su copa. Diría que está dudando de mi capacidad para el yoga. Hay algo en su expresión que me incita a la ternura. Joperas, qué complicado es esto de las hormonas. ¿Qué hacen ahí dentro? ¿Bailar la danza del vientre? ¿Lanzarse por la montaña rusa más empinada del planeta?

En ese instante Ivana y Agus se acercan y me agarran del brazo.

—Piérdete —le dice Ivana, a lo que Pelayo responde alzando su copa a modo de brindis imaginario.

—¿Adónde me lleváis, golfas?

Ivana nos indica que entremos en el almacén.

—Tenemos un kaput. Agus, cierra la puerta, ¿podrás hacerlo sola, verdad, flor?

Agus la mira con expresión resignada. Decenas de pantallas se apelonan en la sala de los técnicos. Nos sentamos en el suelo, en medio de un cementerio de teclados y ratones.

—Vale, al grano. Han surgido nuevas pistas. Según mis cálculos, hacia las dos de la madrugada *aprox* la sujeta Ruipérez salía del Opium con un pedo de campeonato. Atendiendo a declaraciones previas de una testigo ocular, la acompañaba un sujeto de metro ochenta al que una individua más conocida por el apelativo de Pocahontas ha identificado como Pelayo Ruíz Pulido, compañero de la víctima.

—¿Quieres dejar de llamarme «víctima»?

—Cierra el pico. Continúo. Según fuentes contactadas, la víctima se subía a un taxi con un hombre. Y lo peor: hubo dos hombres más.

—¿¿Cómo?? —rujo indignada.

—¿¿Cómo?? —me imita Agus.

—Como lo oyes. Y de fuentes fidedignas. He contrastado la información con varios testigos oculares: te vieron con tres hombres. Si luego te subiste o no a un taxi con uno de ellos, habrá que verificarlo.

—Un segundito —interrumpo, ganando tiempo mientras busco una silla entre tantos cachivaches para recuperarme del susto—. ¿Quiénes eran esos tipos con los que se supone que me marché?

—Eso —añade Agus—, ¿sabemos su procedencia, el color de su piel, estatura, antecedentes, preferencias religiosas?

—Calma, flor, no hace falta que vomites todo el manual de criminología de una tirada. Lo único que he logrado averiguar es que Ricky Martin, también conocido como míster Buenorro, es otro de los sospechosos.

—Marvin, joder.

—Lo que sea. Le vieron abandonar el local sobre las dos de la mañana. Un corrillo de chicas se apelonaba frente a la puerta. Habían salido a tomar el aire. Relatan que se marchó disparado y que se plantó delante de «la hija de la jefa» y un individuo que la sostenía y que vestía extraño.

—Ese sería sin duda Pelayo —se ríe Agus.

—Al rato, se les acercó otro individuo más.

—El Tercer Hombre —se adelanta Agustina.

—Luego llegó el taxi y, algo más tarde, un Maserati. Ricky Martin abrió la puerta del taxi y ayudó a Álex a introducirse en el lado del copiloto.

—¿Y qué pasó con el Maserati? —pregunta Agus.

—¿Y qué pasó con Pelayo? —pregunto yo impaciente.

—Mi confidente no está segura. Ni siquiera vio si Ricky se metía o no en ese taxi. Sus colegas tiraban de ella para que entrase en el local. Además, su vejiga estaba a punto de reventar. La historia se complica. Tendré que pedirte un aumento en mi minuta, flor.

Agus me mira desconcertada:

—Tiene que haber sido míster Buenorro, ¿no? Porque no te hubieras metido en un taxi con Pelayo ni por todo el oro del mundo, ¿a que no?

Su pregunta ha sonado ligeramente acusativa.

—Supongo que es un alivio —digo, sorprendida de mi reacción.

Debería estar pletórica, ahora que los indicios apuntan a Ricky como otro de los posibles artífices de esta pesadilla macabra. Y, sin embargo, noto un retortijón en el estómago que ni yo misma alcanzo a interpretar. ¿Qué me sucede? ¿Por qué no estoy pegando botes como una saltimbanqui?

—No pudo ser Ricky —me apresuro a intervenir—. Yo recuerdo unos ojos esperanzadores. Una mirada que te cuenta cosas y en la que deseas zambullirte por el resto de tus cochinos días.

Vista la cara de funeral que ponen mis amigas, intuyo que la noticia les ha resultado tremendamente decepcionante.

—¡Pero si es el más guapo de la oficina! —se extraña Agus.

—¿O sea, que has empezado a recordar? Agus, que conste en acta.

—Y si no fue él —argumento obviando sus comentarios—, lo más probable es que Pocahontas estuviera en lo cierto.

—¿En lo cierto de qué?

—De que me marchara con Pelayo.

—¿Te has dado un golpe en la nuca que te ha dejado medio lela? ¿Admites que el padre de tu hijo podría ser un tipo que se cree Supermán, o Mazinger Z o como se llamen los muñequitos repulsivos y llenos de mugre que colecciona en lo alto de su mampara? —Agus parece furiosa. Me pregunto si yo en su lugar me interesaría tanto por ella y por el futuro de su hijo. Quiero pensar que sí.

—Ese tipo tiene nombre y se llama Pelayo —me sorprende defendiéndole.

No entiendo lo que me sucede. Hace semanas hubiese dado lo que fuera para que Ricky entrara definitivamente en la historia de mi vida y ahora, ¿lo estoy tumbando en el primer asalto? ¿Por qué me sobrevienen unas ganas locas de llorar?

—Vámonos. Aquí no tenemos nada más que hacer —digo, en parte porque así lo creo y en parte porque presiento la llegada de un ataque de asma entre tanto cacharro viejo.

—No tan rápido, flor, antes tendrás que aclararnos muchas cosas.

—Además, olvidamos algo —puntualiza Agus, consternada por mi repentino conformismo—. ¿Qué hay del Tercer Hombre?

—Calma, Agus —añade Ivana—. Todo os será revelado. El Tercer Hombre es solo el comienzo de esta historia. Es la una. Vámonos por unas birras, *¿shall we?*

9. No pudo ser Ricky

—Pero, vamos a ver, no podemos descartar a Ricky por una simple corazonada —insiste Agus después de darle un último sorbo a su zumo de tomate.

Del bolso de proporciones monstruosas que ha dejado a sus pies, Agustina extrae un par de agujas de tejer enzarzadas en una prenda de lana a medio terminar. Esos hilos inertes pronto serán un todo, pienso. Agus les habrá dado vida en el interior de una chaqueta o una bufanda. Las hebras se entrelazarán como un arcoíris animado. Yo también noto destellos de colores rojos, y rosas, y fucsias, en mi vientre.

Ivana tamborilea con la punta de sus uñas en la mesa de metal. La banda sonora que emerge de sus dedos me recuerda al séptimo de caballería. Somos soldados rasos en el frente de batalla, pienso.

—¿Y bien?

—Es que no pudo ser Ricky —insisto con un convencimiento que no sé argumentar—. Su mirada tenía un punto de sobrenatural.

Ivana eleva la barbilla para apurar al máximo su botellín.

—Solo fue un *flash*. En realidad, no he recordado apenas nada.

—No fastidies. ¿Te pedimos un calimocho para ayudarte a recordar?

—Por favor, ¿no ves que está embarazada? —Agus intenta permanecer lo más callada posible para no descontarse con los puntos del derecho y del revés, aunque, de vez en cuando, no puede evitar trasladarnos su opinión.

—Recuerdo unos ojos desconcertantes.

—¿Color?

—No sé. Pero albergaban toda la paz y toda la calma.

Fue lo más parecido a estar cara a cara con mi padre, pienso. Pero en su lugar digo:

—De algo estoy ahora segura. Sentí que tenía enfrente a alguien con quien no me importaría pasar el resto de mi vida.

Mis amigas se intercambian una mirada fugaz. Agus opta por permanecer callada. Ivana comprueba que la argolla de la nariz sigue en su sitio. Tras sus piercings, soporta mejor los efectos secundarios del afecto. Quizás esté pensando que soy una ilusa, que el amor verdadero no existe.

—¿Te dijo algo?

—No hablamos. En mi recuerdo solo nos... —titubeo—. Bueno, nos... —Joperas, sí que me cuesta reconocerlo—. Pues eso, nos besábamos.

—¿Recuerdas si hizo un buen uso de su lengua?

—¡No seas cochina! —exclama Agus sin levantar la vista de sus labores. Luego continúa moviendo los labios como si rezara, enredándose lanas verdes y ocre por los dedos.

—Protesta denegada. ¿Notaste algún sabor especial?

—Sí, noté algo. Pero no sé cómo describirlo.

—¿Boca pastosa?

—No.

—¿Halitosis crónica?

—Ivana, por Dios, ¡claro que no!

Agus abre las tablillas del estor que cuelga del marco de la ventana para que entre el sol. Ivana inclina el cuerpo hacia atrás con una mueca de fastidio. Se lleva las manos a los ojos. Se oculta bajo las gafas oscuras que hasta hace un segundo colgaban de su camiseta. Yo, en cambio, cierro los párpados y me dejo abrazar por el calor que me llega a través de los cristales. Descorro las cortinas del desván de mi cabeza. La luz entra a destajo. Con su tamborileo, Ivana pone de nuevo banda sonora a nuestra conversación. Soy una soldado al galope. Voy aferrada a las crines de un caballo blanco. Me detengo en una playa. No hay ni rastro de mi batallón. ¿Dónde están mis camaradas? ¿Habré desertado? ¿Qué hago yo sola rodeada de dunas? ¿Qué será de mí cuando mi madre ya no esté y yo me arrepienta de no haberle dicho —porque no recuerdo habérselo dicho nunca— que la quiero?

—¡Ya lo tengo!

Una extraña simbiosis entre el fulgor que proviene de afuera y mi desgana por recordar ha obrado el milagro. Es curioso cómo el empeño fagocita la imaginación, pienso; que las ideas maravillosas afloren por error, o por casualidad, a menudo cuando menos se las busca. Permanezco unos segundos analizando esa sensación que había perdido y que ahora vislumbro tan nítida.

—¡Sabía a croissant de mantequilla! —digo al fin.

Creo que ninguna de mis amigas se esperaba esa respuesta. A Agus se le ha escapado una risa vaporosa mientras contaba «un-dos-tres» muy bajito y ha emitido un murmullo final que ha sonado a «tre-he-he-hes». Ivana ha dejado de respirar y me observa con detenimiento, supongo que piensa que he sido víctima de una insolación fulminante. Luego hace ademán de alzar el brazo para pedir su segundo botellín. Pero no la he dejado. La he agarrado del brazo. Se lo he colocado con dulzura sobre la mesa. Le he acariciado la piel de gallina. Mi amiga ha cedido sin rechistar. Por supuesto que estoy aquí. Siempre estoy aquí. Se aclara la voz. Aparta el brazo sin su brusquedad característica y prosigue:

—Bollería francesa. Justillo para que conste como prueba documental.

—En realidad —me apresuro a concretar—, es como si viera una película y todo le estuviera sucediendo a otra.

—Sabes de sobras que existen opciones.

—Por los clavos de Cristo. Abortar va en contra de la ley de Dios —Agus mantiene los ojos fijos en los míos mientras teje por inercia. Quiere leer en mi interior, pero yo no la dejo. Llevo toda la vida entrenando junto a mi madre. Soy una escapista de élite.

—¿Te refieres al Dios impasible? —interviene Ivana con tono enérgico.

—Las injusticias no son culpa de Dios, sino nuestras. Para eso nos otorgó el libre albedrío. Nacemos libres y somos dueños de nuestras acciones, de lo bueno y de lo malo.

—¿También somos libres de repudiar a nuestra pareja sobre todas las cosas? —declama Ivana, aludiendo sin escrúpulos a la reciente separación de nuestra amiga.

Agus hace rato que ha puesto la directa y da gusto verla enrollar la lana por las agujas con una velocidad y destreza encomiables. Es obvio que esta conversación no la deja indiferente, porque teje y teje casi sin respirar. Luego frena en seco. Cierra los ojos. Toma aire.

—¡Ole yo! —ha vitoreado al darse cuenta de que le está tejiendo mangas al chaleco, los ojos todavía entornados—. Sois las peores amigas del mundo —añade furiosa mientras recoge sus enseres—. No hay quien se concentre con vuestras cochinadas. No sé vosotras, pero yo me largo; alguien tiene que trabajar.

Asiento con la cabeza e Ivana le indica a don Manuel, con un gesto que simula a alguien

que escribe, que nos traiga la cuenta.

~ ~ ~ ~

Salimos a la calle. Del bolsillo delantero de mi mochila extraigo unas galletas María envueltas en papel de cocina. Si alguien me rellenase la barriga de carne como a una berenjena podría comprobar al momento que no hay ni rastro del adobo. Soy una trituradora humana. Una máquina de compostar meteórica.

Una vez en el ascensor, Ivana y Agus escogen esquinas opuestas y evitan cualquier cruce de miradas. Yo aprieto el botón de la primera planta. Ivana el de la segunda. Sigo pensando que Ivana es una privilegiada por trabajar lejos de los despachos de la mayoría de directivos. Todos quieren ser los jefes. Caiga quien caiga. Me cuesta creer que aplastar al prójimo nos haga más felices. ¿Qué sentirán algunos al final de sus vidas? Aunque tal vez existan dos tipos de personas: las que se arrepienten de haber traspasado la línea y las que no. Quizá también existan varios códigos morales, y los malvados mueran felices. Todos somos cazadores. Todos somos presas de alguien más fuerte. Y no todo es bueno o malo. Pocas cosas son universalmente buenas o malas.

A pesar de su aspecto impecable, Agus se sacude la falda gris perla que le llega a los pies, y, como una curtidora forense, extrae de la superficie minúsculas partículas, que expulsa al vacío con cada pellizco. Ninguna de mis amigas dice ni mu. Pronto bajamos del ascensor y dejamos atrás a Ivana, cuya mayor obsesión es oprimir el botón de «cerrar puertas» sin descanso. Son dos testarudas extremistas. Las puertas se repliegan ante mis ojos y me quedo frente a una plancha de acero fría y distante. Hace rato que Agus ha emprendido rumbo hacia la puerta D, la nuestra, la de la Desesperación, el Desánimo y la Decepción en mayúsculas.

10. La revelación de Saskia

Después de dejar a Ivana, nos cruzamos con un gentío arremolinado frente a los baños. Es Saskia, que por fin ha terminado su proyecto en Holanda y charla con un corrillo de curiosos, hombres en su gran mayoría. Al vernos, nos asalta con un álbum de fotos.

—¿A que son divinas? —nos pregunta.

En la portada, nuestra compañera ninfómana luce un minibikini brasileño que le deja medio trasero a la intemperie. Trago saliva antes de pasar página y ahí está ella, ataviada con un par de pistolas y un sombrero de paja en lo alto de un potro.

—Son muy artísticas —miento como una bellaca y le lanzo una mirada envenenada a Agus, que se acaba de escaquear y se dirige a su mesa para simular que trabaja.

—Voy a presentarlas a una agencia de modelos. ¿Sabes? Algún día cumpliré mi sueño. Seré la *top model* gordita más adorable de la historia. Solo tienes que desearlo con fuerza y luchar por conseguirlo, ¿no crees?

Me quedo en silencio. Vuelvo los ojos a sus fotos. Paso las páginas con cuidado. Qué extraña sensación. Hace un minuto pensaba en lo vacua y superficial que podía resultar mi amiga. Ahora me doy cuenta de que su virtud reside en la lucha por conseguir un objetivo, por inalcanzable que parezca. Fijarse metas. Levantarse tras las caídas. Leo ilusión y valentía en los surcos que demarcan su sonrisa. Al contrario que ella, ¿qué plan me he trazado yo de aquí al resto de mi vida?

—A todo esto, ¿alguna novedad en mi ausencia? ¿Es cierto que han despedido a Bea y han contratado a un adonis en su lugar?

—Ajá —respondo lacónica, porque me muero por llegar a mi cubículo, agarrar la silla y mimetizarme con el tapizado de mi asiento.

—¿Y ya está? ¿No piensas contarme nada de él?

—Se llama Jorge. Es el chico del correo —contesto con desgana—. Entró hace muy poco. Es probable que no hayáis coincidido. Te has pasado una eternidad en Leewarden.

—Maldito proyecto Pitón.

Saskia provoca una pausa que recibo con alivio. Quiero que me lleven en *rickshaw*. Que me recoja un coche de caballos con lacayo y cortinas de terciopelo. Subirme a la calabaza de lujo asiático de la Cenicienta.

—¿Y qué? ¿Está o no está como el queso de bola?

Vaya. Sigo aquí. No me he ido a ninguna parte. Nunca consigo rentabilizar mis ilusiones ni convertirlas en algo más que un simple deseo. Saskia abre las palmas de las manos, enarca las cejas, ladea la cabeza a modo de interrogación gigante.

—¿Quieres un consejo? —le advierto—. Mantente alejada. Si esto fuera una peli de gánsteres, Jorge sería el capo de la mafia.

—Pues no se hable más, yo me encargo de darle su merecido.

Ha sido superior a mí. La imagen de Saskia embutida en un traje de látex mientras fustiga a Jorge con un látigo de cuero en forma de cola de caballo, es lo primero que me ha venido a la mente.

—Por cierto, amor, ¿quién era el cachas con el que te marchaste la noche de la fiesta? —

Saskia me propina un codazo cómplice algo desviado de su trayectoria que por poco me deja sin pezón—. Del uno al diez, ¿ese tío era un dos mil!

—No sé de quién me hablas —añado sincera, los ojos abiertos de par en par, con *madame* Saskia y sus esposas forradas en terciopelo rosa lejos ya de mi imaginación.

—Venga ya, no te hagas la estrecha. Vi cómo te metías en un taxi. Un tipo hablaba con el taxista. Ricky conversaba con otro tío en un cochazo a pocos metros de donde estabais. Anda, va, cuéntaselo todo a tita Saskia.

—Saskia, por Dios, me das miedo. —¿Será verdad? ¿Podría haber visto Saskia al Tercer Hombre?

—¿Recuerdas su nombre? ¿Llevaba camisa de ejecutivo? ¿Camiseta de marca? ¿Pantalones del mercadillo? ¿Dame una pista!

Cuando quiero darme cuenta, tengo a Saskia agarrada por la solapa de la americana con ambas manos. Ella me mira aterrorizada. Yo sigo avasallándola a preguntas.

—¿Usaba gafas? ¿Lentillas de colores? ¿Pantalones de pitillo? ¿Jersey de pico? ¿A qué olía? ¿A Varón Dandy? ¿A Calvin Klein? ¿A tigre de bengala? ¿Era garrulillo? ¿Pijo? ¿Mod? Jopé, ¿me quieres contestar?

—Sí, amor, pero ¿me sueltas ya? —Saskia se sacude el traje y recoge el álbum que le he tirado al suelo sin querer.

Linda viene en nuestra dirección y mi ninfómana predilecta se esfuma con esa facilidad camaleónica suya de hacerse visible o invisible, según convenga. Corro a mi puesto de trabajo antes de que la sombra de mi madre me pise los talones. Tengo programada una videoconferencia en diez minutos y no me apetece nada hablar con ella.

Le envío un wasap a Ivana:

«Baja. Urge. Saskia vio al Tercer Hombre»

Ivana no tarda en responderme:

«En un rato. ¿¿Sabías que a los yogures de fresa les meten pigmento de cochinilla??»

¿¿Cómo?? Le mando un gif de un bebé vomitando. Puaj, por favor.

Mi madre ha intercambiado cuatro palabras amables con mi equipo y se ha plantado frente a mi mampara.

—¿*Moeder*?

—Álex, *schatje*, cariño, *nesesito expliques* a Jorge cómo *foncsiona* la herramienta de control de llamadas, ¿*goed*?

—Ajá.

Linda lleva un rato observándome de arriba abajo, y si no fuera porque creo que me estoy volviendo algo paranoica, diría que tiene los ojos clavados en mi barriga.

—Te lo envío en *quinse* minutos —añade—. Quiero que sea tu *backup* cuando tú te marches de *vacaciones* —concluye por fin.

Aparto las manos del teclado. De mis ojos sale un tsunami de espuma y lava.

—¿¿¿Mi *backup*???

¿Estamos locos? Para empezar, no habla holandés. Y cuando tenga que realizar escuchas para determinar la calidad de las llamadas de mis operadores, ¿cómo se las apañará?

—¿Vas a enviarle a un intensivo de neerlandés? —la reprendo sarcástica.

—*Fantastisch*, no había caído, es buena idea. —Su lógica solo podría provenir de una loca de atar.

Miro a mi madre a los ojos. No veo nada más allá de su iris gris vidrioso. Quizá madurar conlleva la aceptación de que no está en tus manos controlarlo todo. Ignoro lo que piensa de mí,

pero me siento aliviada. Cuando entiendes que tu madre es una enferma mental, que lo suyo no tiene solución, que quizá nada de lo que te inflige lo planee a propósito, sientes cierta liberación. Y también una gran dosis de pena.

—Luego lo convoco —le digo—. Ahora tengo una conferencia.

Linda asiente con la cabeza y emprende el camino hacia su despacho. Yo la observo como una madre contemplaría a un hijo que se marcha al frente de batalla. Se detiene a beber agua. Se mesa los cabellos lentamente, como si en ese instante lo único que importara de veras fuera recomponerse el peinado, colocar cada mechón detrás de las orejas, llenar de aire los pulmones y soltar, de forma evaporada, todos los errores y todas las desgracias. Veo por primera vez en mi madre a una mujer cansada.

Mi reunión da comienzo. Al parecer, hay un producto que está aglutinando un pico de quejas de usuarios descontentos con el servicio y al equipo de Estados Unidos no se le ha ocurrido otra cosa que reunir a todas las unidades de soporte, precisamente hoy que mi cabeza retumba con las palabras de Saskia referentes al Tercer Hombre. ¿Cómo voy a poder concentrarme y, menos aún, aportar soluciones? A la reunión asisto yo en representación del departamento de soporte de Benelux; Pelayo, en calidad de portavoz del de español; hay una larga lista de gerentes que también están invitados a la reunión. La sesión da comienzo. Esperamos cinco minutos a que acudan los más rezagados. Siempre son los mismos. Los yanquis deben de pensar que en España a todas horas es la hora de la siesta. El anfitrión, para ganar tiempo, da paso a la ronda de presentaciones. Anunciamos nuestro nombre, cargo y país al que representamos.

Como ya había previsto en un principio, la reunión se desarrolla con una inercia que resulta de lo más soporífera. Me dedico a comprobar que no se hayan perdido demasiadas llamadas mientras tomábamos el aperitivo. El anfitrión habla con tal monotonía que podría dormir a un *beagle* hiperquinético. Un bostezo involuntario se estrella contra las palmas de mis manos. Busco alguna cara conocida. Agus sigue al teléfono, imposible captar su atención. Le escribo una nota que reza: «me aburro» y la levanto por encima de mi mampara, pero ella se gira y me da la espalda. Incapaz de hablar con nadie, me resigno a revisar la pila de correos de usuarios descontentos. La carpeta tarda en abrirse. Antes aparecía un reloj de arena que daba vueltas sobre su eje. Pienso en la arena del desierto. Si viviera en un desierto sabría qué hora es sin necesidad de artillugios. Si viviera en un desierto, no tendría la necesidad de sentirme sola. La soledad viviría en mí, seríamos uña y carne, nos llevaríamos bastante bien.

—¿Álex, *what's your view on that*?

¿Es a mí? ¿He oído mi nombre o me lo he imaginado?

—Álex, ¿tienes alguna opinión al respecto? —repite la voz, y esta vez mi nombre ha sonado con una claridad pasmosa. ¿Que qué opino yo? Joder, si por lo menos supiera cuál es la pregunta.

A punto estoy de colgar el teléfono cuando un mensaje de Pelayo aparece en el chat.

—Es obvio —intervengo al fin—, que realizar una revisión exhaustiva del manual de control de proceso sería lo primero que deberíamos poner en marcha —y añado chulesca tras leer el segundo mensaje de Pelayo—: sin detrimento, claro está, de establecer un grupo de trabajo a nivel global que nos permita llegar al fondo del problema.

La voz me da las gracias y prosigue con la ronda de asistentes. Yo me giro en busca de Pelayo, que, llegado el turno de exponer su opinión, le está dando la razón a la directora de soporte de Benelux, que soy yo. Alzo la vista y logro otearle a través de su mampara. Al ver que lo observo, levanta el pulgar hacia arriba y sigue con su discurso. Me sorprende esbozándole una sonrisa cómplice.

La reunión se alarga eternamente. Cuando termina, me levanto para dirigirme a la mesa de nuestro experto en novela gráfica, pero Pocahontas se me adelanta. La observo tontear con el Capitán América, agarrarse a su mampara y echar el cuerpo hacia atrás, soltando una risotada que ha retumbado en todo el edificio. A lo mejor tiene dotes para la ópera. Alguien tendría que contarle lo bien que pagan en la ópera de Sidney.

Saco la fiambarrera de mi *tote bag*. Se me ha cerrado la boca del estómago. Siento que voy a ponerme a llorar en cualquier momento. ¿Qué me está pasando? No puedo apartar los ojos de ella y de su sonrisa pegajosa. ¿Me lo imagino o se está tronchando con las salidas de Pelayo? ¿Por qué no lo manda a freír espárragos como haríamos el resto de los mortales? ¿Será otra mutante disfrazada de personaje de Disney? Y él, ¿es que no se da cuenta de lo ridícula que es? Me estoy comiendo los macarrones fríos a la hora de la merienda, pero me trae sin cuidado. Hace tiempo que todo me trae sin cuidado.

Y, de repente, sucede algo inesperado. Lo ha escrito en el chat mientras hablaba con Pocahontas. Juro que no me lo estoy inventando:

«Viernes. A las nueve. En el Cúrcuma. Cena para dos. Ven sin protectores. Sin linternas. Sin Kryptonianos»

Joder, ¿seguro que es a mí? Me giro para comprobar si Pelayo me lanza alguna mirada cómplice, pero sigue enfrascado en su conversación con Pocahontas. Ella se está recogiendo el pelo lacio en una cola de caballo y ahora se acaricia el cogote buscando que no quede ningún pelo suelto. Al cabo de dos segundos, se deshace la coleta y mueve su cabellera de izquierda a derecha, ni que estuviera rodando un anuncio de Pantene. Él la observa como si venerara a una diosa. Alguien tendría que advertirle que blandir el pelo de esa forma tan ridícula le puede provocar distonía cervical. Lo digo por su bien.

Me giro y pienso en una respuesta a la altura de su intelecto mientras hago ver que trabajo. Se me da bastante bien, fingir que voy desbordada, la verdad. Pones cara de concentración, frunces el ceño, escribes una sarta inconexa de caracteres, le das a la tecla de borrado de vez en cuando para que resulte más creíble, introduces alguna pausa dramática.... Lo importante es teclear lo más deprisa posible.

—¿Desde cuándo escribes que te las pelas?

Hostias. Pelayo ha aparecido al lado de mi escritorio de la nada. He cerrado el documento de golpe. Solo espero que no se haya percatado de mis párrafos llenos de símbolos extraños. Eso, o que piense que domino a la perfección el esperanto.

—Estaba... —Piensa, Álex, piensa...—. Estaba preparando el acta de la reunión que hemos tenido antes, para pasársela a mi equipo.

—Encriptada... Se la estabas redactando encriptada.

Pelayo explota en una carcajada. Yo me sonrojo y termino por reírme de mi propia estupidez.

—Intuyo que sería absurdo pedirte una copia para compartirla con mi equipo.

—Afirmativo —contesto con una sonrisa cómplice—. Eso sería muy muy absurdo.

Nos miramos y vamos dejando de reírnos poco a poco. A Pelayo le brilla la mirada. Se pasa los dedos por el flequillo, que vuelve a su forma original como si no conociera otra postura. Le observo de arriba abajo con disimulo. Lleva unos pantalones caqui estilo Dockers y una camiseta con calaveras mexicanas algo holgada, que le disimula sus anchos pectorales. Se inclina para observar la foto en la que estamos Ivana, Saskia y yo con una jarra en la mano y el rímel corrido, cantando en el karaoke de un hotel de Malgrat de Mar como si no hubiera un mañana. Es una foto en la que salgo fatal, pero me recuerda que los buenos amigos te hacen la vida infinitamente

más llevadera.

—¿Vas a contestarme? ¿Tienes o no tienes planes para el viernes?

Vaya, qué directo es cuando quiere.

—He mirado mi agenda —mentira— y tengo un compromiso por la tarde —mentira—, aunque creo que podré arreglármelas para estar ahí a las nueve.

—De acuerdo, pues no se hable más.

Pelayo le da un palmadita a mi mampara, como diciendo «trato hecho», y regresa a su cubículo. Pocahontas habla por teléfono y no nos quita el ojo de encima. Capaz de estar pensando en deleitarnos con otro de sus dramáticos vahídos.

La extraña felicidad que siento en estos momentos me impide pensar en otra cosa que no sea Pelayo: ¿Le gusto? ¿Se aproxima a mí porque soy la hija de la jefa? ¿Intentará besarme el viernes? Se me hace un nudo en el estómago solo de pensarlo. La cuestión es que tengo una cita. Una cita con el tipo más enigmático de la oficina.

Sin rastro de Ivana, y con Agus emperrada en pulirse el trabajo que no ha logrado terminar en todo el mes, una sorpresa inesperada viene a endulzarnos el final de la tarde.

—¡Ricky! —grito con una ilusión descontrolada al verle aparecer por la puerta.

—¿Qué tal, truñín?

Dios. Cómo me pone que me llame «truñín».

—¿Recibiste mis mensajes? —No sé para qué pregunto.

—Tienes un aspecto estupendo..., a ver, levántate y dame un par de besos.

Es obvio que no quiere hablar del tema.

—Tengo que ponerte al día —le aviso—. ¿Tienes tiempo? Hay algo que me preocupa.

—Cuéntame. Estoy aquí para consolarte.

Ricky me acaricia la cabeza. No me mira precisamente con cara de querer consolarme. Es más, no me mira en absoluto. Está más pendiente del corrillo de chicos que se levanta rumbo a la máquina de café. Ladeo la cabeza con sutileza para que deje de enmarañarme el pelo de una puñetera vez. ¿Qué me pasa? ¿Por qué me repele el contacto físico con el tipo más guapo de la oficina?

—Estos días, mientras estabas fuera, ha pasado algo.

—¿Es grave? —pregunta.

—Según se mire. ¿Te acuerdas de Jorge, el tipo que entró hace nada como repartidor del correo?

—Cómo olvidarle —Ricky intenta reprimir en vano una mueca de incomodidad.

—Pues agárrate: mi madre le ha nombrado director de Desarrollo de Negocio.

—Lo sé. Y mira que se lo advertí, pero no me hizo ni caso. «Tendrías que buscar a alguien con experiencia, con ganas de comerse el mundo, potenciar el talento interno», le dije.

Ricky espera que le confirme que él habría sido sin duda el candidato del siglo. Pero yo sigo dolida por su silencio de estos días. Me cuelo indiscretamente en el agujero negro de sus ojos, pero no me transmiten nada. Le agarro la mano, pero el contacto con su piel me resulta indiferente. Quiero contarle que estoy jodidamente embarazada y a punto de que me encierren en San Baudilio del Llobregat si no descubro pronto cómo sucedió. ¿Fue él? ¿Hay alguna posibilidad de que nos hubiéramos acostado?

Un chico con una perilla perfectamente afeitada se le acerca, se dan dos besos, y lo invita a un café.

Ricky me besa el reverso con delicadeza y me suelta con cuidado.

—No sabía que te molaban las rubias peligrosas —dice el de la perilla guiñándole un ojo.

Ricky ha soltado una carcajada que me ha dejado medio sorda, y los dos se han marchado descojonándose. ¿Qué se supone que les hace tanta gracia? ¿Debo tomármelo como una ofensa? ¿Tendrá novia? ¿Tendrá novia y no me he enterado? ¿¿Estará también Ricky enrollado con la guapa de Pocahontas??

Aprovecho que no tengo reuniones para sentarme con Jorge y mostrarle la herramienta con la que monitorizamos las llamadas entrantes, solo para complacer a mi madre. También aprovecho para preguntarle qué es lo que iba a contarme el otro día sobre ella.

—No creo que este sea ni el momento ni el lugar —me contesta.

—Ah, ¿no? Si vas a decirme que está chalada, hace tiempo que nos hemos dado cuenta, gracias.

—Es más grave de lo que crees.

—¿Está al borde de la quiebra?

—Que yo sepa no.

—¿La han llamado de MasterChef? ¡Pero si no sabe freír un huevo!

—Anda ya.

—¿Estáis enrollados?

Lo he soltado sin pensar, lo juro. Ha sido un error mayúsculo, de esos que, encima, escribes en letras enormes y subrayas con fosforito naranja.

—¿¿Cómo dices??

Jorge ha apartado la silla y de un golpe brusco ha tirado el dispensador de conguitos de la mesa de atrás.

—¿¿De qué coño vas?? —me grita.

Recojo un conguito del suelo y lo soplo repetidas veces antes de metérmelo en la boca.

—¿¿Comprendes la gravedad de lo que insinúas??

—No sé, el otro día, cuando entré... así que no estáis enrollados...bueno, no pasa nada, madre mía, ni que fuera...

—Tú y tu madre sois lo peor...

—¡Oye, frena! —digo, porque está sacando las cosas de quicio—. ¿Entonces qué pasa? ¿La extorsionas? ¿Qué hacías con ella el otro día?

Maldita sea. Todo este rato esperando a Lisbeth Salander y justo ahora que el tema se pone interesante aparece Ivana de la nada. Bueno, de la nada no, de la sala de los técnicos. Se planta en mi sitio en cuatro zancadas.

—Tengo a Saskia en las mazmorras. —Las mazmorras es el apodo que usamos para referirnos al cuarto de los técnicos—. Me niego a encerrarme a solas con esa loba hambrienta. Me tenéis todas hasta el pirri.

—Me debes una respuesta —es lo único que me da tiempo a articular. Le dejo colgado y me las piro.

Agus sigue al teléfono y yo le señalo el desguace de los técnicos por si tiene ocasión de reunirse con nosotras en cuanto termine sus llamadas. Mientras avanzamos, me pregunto qué es eso tan importante que Jorge tiene que contarme sobre Linda. Si no están enrollados, ¿qué extraña relación les une? Nada encaja en este rompecabezas. Ya no soy capaz de pensar más, ni en mi madre ni en mí misma. A decir verdad, no sé si vale la pena perder más tiempo investigando, quizá lo mejor sería no llegar a saber nunca quién es el puñetero padre. ¿Y si al final resulta que a raíz de la turca que llevaba acabé enrollándome con algún primo hermano de Jota? Puaj, por favor.

—He tomado una decisión —les anuncio una vez dentro de la sala, acariciándome la barriga

instintivamente.

Saskia está de pie, enrollándose un cable de teléfono de color naranja por la garganta sin quitarme el ojo de la barriga.

—Que me da igual quién sea el padre, que no quiero saberlo. Fin del misterio.

—¿El padre? —Saskia se cubre la boca con las manos. Se quita el collar de cobre improvisado.

—*Hostiás* —declama poniendo énfasis en la «a»—. ¿Cómo es posible? ¿No sabes de quién? ¿Con cuántos te has acostado? Menuda fiera. ¿Fueron varios a la vez?

—Para el carro, ¿quieres? —Joder, por qué he tenido que involucrarla en este asunto.

Agus entra con su *tablet* y una bolsa de Cheetos.

—Espero no haberme perdido nada.

Nos mira inquisidora.

—¿Se puede saber qué pinta esta aquí?

—Yo también te he echado mucho de menos —le responde Saskia guiñándole un ojo.

—Aparta, bicho endemoniado...

—Flores... —media Ivana—. Estamos aquí por algo. Saskia, a ver, ¿dónde estabas cuando viste al Tercer Hombre?

—Está bien. —A Saskia los enfados le duran menos que los hombres, que ya es decir—. Fue culpa del pelirrojo de brazos de acero. ¿Os fijasteis? El de la demostración de cócteles clásicos remasterizados. La barra de los cocoteros ofrecía una visión privilegiada sobre el local. Entonces fue cuando reparé en ti, Álex. Aunque pronto me dejé deslumbrar por su pectoral hipertrofiado. ¿Cómo es posible que haya tanto barman a punto de caramelo?

—Céntrate, ¿quieres? —declama Ivana.

—*Goed zo*, vale. Llevabas un rato hablando con Pelayo, lo cual me pareció una verdadera pérdida de tiempo. Este tipo no te pega. Es demasiado...raro.

—¿A qué hora fue eso? —la corta Ivana.

—Serían las dos de la mañana. Al cabo de un rato se os acercó Ricky. Tardaste muy poco en irte.

—¿Qué hice luego?

Saskia intenta recordar.

—Venga, espabila, chata, ¿ya no volviste a ver a Álex? —pregunta Agus, moviendo obsesivamente el dedo de izquierda a derecha en su pantalla. Me atrevo a vaticinar que está censurando la mitad de su discurso por obsceno.

—Sí, sí. Álex solo se había excusado para ir al baño. Pelayo y míster Buenorro siguieron hablando. Álex tardó poco en regresar. Ahora que lo pienso, Ricky actuaba de una forma extrañísima. No hacía más que consultar el reloj. Luego la perdí de vista. Fue culpa del pelirrojo. Me costó más de cinco minutos quitármelo de encima. Y solo porque le dejé darme un beso de despedida. Sabía a ron y a morcilla picante.

—Eso que te ahorraste de cena —dice Ivana muy seria.

—Qué asco, por Dios —se queja Agus.

—Lo extraño del caso —prosigue Saskia— es que, al salir del baño, llevabas un pedo que te mueres y hacía un momento que parecías controlar mogollón. Fue entonces cuando Pelayo acudió en tu ayuda.

—¿Perdón?

—Dijo lo típico suyo de «un gran poder trae consigo una gran responsabilidad», o alguna chorrada por el estilo.

Menuda novedad. Otra vez el Capitán América, saliendo a mi rescate.

—¿Y qué pasó luego? —pregunto intrigada.

—Que el plasta del pelirrojo me achuchó nuevamente por detrás, me dio una tarjeta con su número de teléfono y me tendió un Malibú con piña. Cuando quise darme cuenta, Ricky había desaparecido, y tú y Pelayo os habíais esfumado. Salí a la puerta en busca de Ricky.

—¿Y qué viste? —me impaciento.

—Pues no mucho. El maldito pelirrojo salió a pedirme mi número de móvil. Le dije que vivía en Australia, que ya le llamaría cuando regresara a casa por Navidad. Pude ver cómo entrabas en un taxi. Ricky te cerraba la puerta, pero había otro hombre hablando con el conductor, un moreno bastante alto. No lo había visto en mi vida. Pelayo estaba en medio de la carretera, parecía algo alterado, iba en busca de otro taxi. Pensé que os habíais hartado de la fiesta. Un tipo en un Maserati bajó la ventanilla. No pude verle bien, llevaba una boina.

—¿Pero pudiste verle la cara al moreno? —la interroga Ivana.

—¿Por quién me tomas? Por supuesto.

—¿Serías capaz de esbozar un retrato robot?

—Ivana, querida, tráeme papel y lápiz y lo demás déjalo en mis manos.

Saskia nos describe al Tercer Hombre con tal sarta de detalles que es casi imposible tomársela en serio. Decido disolver la asamblea y mandarlas a todas a sus puestos de trabajo.

Mientras nos dirigimos a nuestros sitios, Saskia retoma sus aventuras en Leeward. Jorge enfila el pasillo y se dirige hacia nosotras.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta Saskia, frenando en seco.

—Perdona, ¿nos conocemos? —responde Jorge.

Saskia me agarra el brazo con fuerza, cualquiera diría que ha visto un fantasma. Jorge levanta una ceja y prosigue su camino hacia el despacho de mi madre, con la mirada de Saskia clavada en su trasero. Todas permanecemos expectantes.

—¿Es alguno de tus ex? —pregunta Ivana.

—Peor, ni te imaginas.

—¿Qué puede ser peor que tu ex? —se lamenta Agus, que anda algo sensible con este tema por razones obvias.

—Qué injusta es la vida. Voy a tener que hacer esfuerzos sobrehumanos para no tirarme al padre de tu hijo. Os presento al Tercer Hombre.

Con un «shhht» hago callar a la bocazas de Saskia y me largo corriendo a los ascensores rumbo a la calle.

¿Jorge? ¿Qué pinta este en esta historia?

~ ~ ~ ~

De camino a casa, la vida discurre con normalidad insultante: doña Rosa, la quiosquera, escucha la radio, a la que nunca presta demasiada atención, y ojea una revista con la indiferencia del que ya no se esfuerza, porque la vida ha dejado de importarle. Claudio, el vendedor de la Once, persigue con la palabra a quienes no puede corresponder con la mirada.

Hay días en los que el futuro se presenta más sombrío que el pasado, si cabe. Días en los que te das cuenta de que vivir es una carrera de obstáculos, sin premios ni premiados. Existen unos pocos triunfadores a los que la vida les ha dado todo a cambio de nada. Pero para la inmensa mayoría, cada paso hacia adelante supone, a menudo, un esfuerzo que nadie va a condecorar.

Pelayo, Ricky, Jorge... viajamos sin saber en qué lado de la vía se encuentra el tren que

conduce a nuestros sueños. Si es que aún nos queda alguno en la recámara que merezca la pena perseguir, claro.

11. El beso del Capitán América

Esta noche he soñado que me había citado en La Fonda Marina con Pelayo. Me sentaba a una mesa a esperarle y me tomaba un gin-tonic bien cargado. Al cabo de media hora aparecía él, con un ramo de rosas rojas, que blandía de forma despreocupada. Recorría el pasillo hasta mi mesa con sus habituales andares ladeados, mesándose el flequillo ondeante y sonriendo cautivador, mostrando unos dientes semi perfectos —en mi sueño sus palas eran menos pronunciadas— y su característica barba de tres días. Todo era perfecto, solo que su mirada no seguía la trayectoria esperada, o sea, que no me miraba a mí, sino a alguien que esperaba igual que yo en la mesa de atrás. Y ese alguien —no hay que ser Jessica Fletcher para adivinarlo— era Pocahontas. El aroma a Chanel que dejaba al pasar me arrastraba como a las ratas el flautista. Y allí, en pleno restaurante, se comían a besos. Todo el local aplaudía. Pocahontas lanzaba las rosas al aire y yo, como una idiota, las recogía.

—¡Vivan los novios! —gritaban los camareros.

—Qué guapa es —susurraba un chico en la mesa de al lado sin dejar de aplaudir.

El local se ponía en pie y ellos brillaban con una luz especial, como si un ovni hubiera desplegado una luz purpúrea sobre sus cabezas y millones de estrellas flotaran a su alrededor.

Entonces yo me levantaba y le daba un puñetazo al chico del cumplido, pobre, que no tenía culpa ninguna.

Dos camareros me escoltaban finalmente hacia la salida y me ponían de patitas en la calle. Un coche paraba en el semáforo frente al restaurante y el conductor me pedía rollo.

Súper patético.

~ ~ ~ ~

Les he pedido a Ivana y a Agus que me ayuden a encontrar el outfit perfecto para esta noche. Ya sé que no somos precisamente compatibles en estilo, pero estoy segura de que entre las tres encontraremos el atuendo perfecto. Como último recurso, nos patearemos las *boutiques* del centro de Badalona.

Deposito algunos de mis vestidos encima de la cama. Estoy intentando, sin mucho éxito, encontrar unas bailarinas que me compré el año pasado y no llegué a estrenar, cuando llaman a la puerta. Son ellas.

—Te hemos traído un poco de todo —se adelanta Agus—. Mira, ¿a que es una monada? —Agus me planta en el pecho un jersey de *cupcakes* coronados de lentejuelas, para ver si es de mi talla.

—Déjate de mierdas de *cupcakes* ni brillantitos. Con esta chupa morada me tiré *al* Denis, el portero de la carpa de Titus, ¿os acordáis? Póntela, te traerá suerte.

—Pues al Denis no le trajo mucha, ¿no? —digo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Agus.

—El pavo murió de un chungo por una partida de droga adulterada con sedantes —responde Ivana.

Empiezo a pensar que esto ha sido un grave error.

—Son solo detalles —puntualiza.

Hurgo dentro de las bolsas. Mis *personal shoppers* me han traído tejanos que me quedan pequeños, unas mallas de cuero que huelen a marihuana, varias faldas largas y blusas con volantes «por si luego me da por ir a misa», camisetas de Led Zeppelin y Metallica «para impresionar» y un vestido de látex que he sudado en poderme quitar. Lo máximo en moda por correspondencia.

—Pero la chupa, te la llevas. —Ivana me aplasta la cazadora de piel contra el esternón y yo les doy las gracias por prestarme lo mejorcito de sus armarios cápsula.

Al cabo de unas horas, entro en el Cúrcuma con un vestido negro bastante holgado que me disimula la tripita, unas botas camperas que me he comprado esta tarde, un bolso de Loewe que me ha prestado Agus, y la chupa de cuero morada de Ivana. Llevo el pelo recogido en una coleta y voy más maquillada que Alaska. Me siento como una diva con un Kinder sorpresa en su interior. A punto estoy de dar media vuelta, cuando alguien me abre la puerta desde dentro. Es Pelayo. Me mira a mí y solo a mí, no como en mi sueño. Me sonrío y me lanza una mirada de arriba abajo sin decir nada. Estará pensando que soy Vivian Ward en *Pretty woman* y que, con mil dólares para que me compre ropa adecuada, todavía puedo tener arreglo. O quizá piense que vengo de un excéntrico festival de disfraces. O igual ha reparado en mi tripita. Joder. Que diga algo.

—Estás...

Pelayo me ofrece su brazo. No me extraña que se haya quedado sin habla. Encontrar un adjetivo que me describa serviría para ganar el rosco de *Pasapalabra*. Me agarro a su chaqueta de *tweed*, que le da un aire muy londinense, y reparo en su camiseta blanca sin manchas y en sus tejanos menos arrugados que de costumbre.

—Pareces otra —dice al fin.

«Y tú pareces limpio», pienso.

Nos sentamos a la mesa. La decoración del lugar me transporta a la India o a Marruecos, no estoy muy segura. Deposito el bolso en el respaldo de mi silla y acaricio el mantel plastificado, un hule cuyo tacto le chiflaría a la abuela de Ivana.

—Lo sé. Es un poco cutre. Pero la comida está buenísima. Te recomiendo el *butter chicken*.

—Qué bien —digo, al notar el aroma proveniente de la cocina—, me encanta la comida india.

—Oye, vamos a olvidarnos de historias y a disfrutar de nuestra compañía. ¿Te apetece el plan?

A mí todo esto me parece estupendo, pero cuando me alarga una copa de Moët & Chandon para que brindemos, empiezo a sentirme doblemente tensa: primera, porque me recuerda la noche de la borrachera y, segundo, porque no sé cómo decirle que no puedo beber alcohol. Pensaré que soy una mojigata. O una abstemia aguafiestas.

—Esto... ¿me pides una Coca-Cola? —le digo, brindando con una copa de agua vacía.

Pelayo se recoloca el flequillo. Le hace una seña al camarero y le pide mi bebida, a lo que yo añado:

—Que sea cero, por favor. Y sin cafeína.

El camarero comenta que no tienen, sin cafeína, y le dirige una mirada a Pelayo que se podría traducir por un «te has traído a la alegría de la huerta, chaval». Vale. Esto no ha empezado nada bien. Me quito la chupa de cuero porque noto que me arden las mejillas. Aprovecho también para rebajarme el carmín de los labios con la servilleta mientras Pelayo parece estar estudiándose la carta para salir a recitarla, o algo. Somos los únicos en el local y llevamos tres

minutos sin decirnos nada. No he podido evitar sacar el abanico de los chinos. Aquí hace un calor tremendo. Pelayo elige unas *pakor*as vegetales para mí y, de segundo, el *butter chicken*. Él se decanta por unas *samosas* y cordero *tikka masala*.

—¿Te gusta esta mesa o prefieres otra donde te llegue más el aire?

—Aquí está bien.

—Pues brindemos por un nuevo comienzo. Cuando te traigan tu Coca-Cola, claro.

Nos reímos de forma relajada. Pelayo me cuenta anécdotas del trabajo y llego a la conclusión de que detrás de su máscara de tipo enigmático se esconde un verdadero trozo de pan. Yo no puedo dejar de pensar en lo mala persona que soy por no contarle que estoy embarazada.

—Dime una cosa —me pregunta sin esperármelo—. ¿Eres de tener niños o de vivir la vida loca?

Vaya. Y ahora qué le contesto. Esta puede ser nuestra última conversación.

—Esto... pues supongo que soy de niños.

—A mí me encantaría adoptar a una niña china y quizás a un niño etíope. No es que no quiera tener hijos propios. Lo que pasa es que el mundo no se puede permitir tanto egoísmo.

Sus palabras me desconciertan. Me pregunto si el padre de mi hijo, quien quiera que sea, preferirá también adoptar antes que concebir. Si un hijo natural daría al traste con su plan de vida y con sus ideales...

El camarero nos sirve los entrantes. Pelayo me ofrece una de sus *samosas*.

—¿Has probado alguna vez las hormigas fritas?

—No he tenido el placer.

Hablamos un buen rato de sus aventuras en sitios recónditos comiendo bichos comunes. Hasta que me entran unas ganas súbitas de vomitar y ya no soy capaz de pensar en otra cosa que en echar la *samosa* por el retrete. Busco desesperada alguna indicación del baño de señoras. Me levanto bruscamente y me meto en el primero que encuentro. Cuando regreso, Pelayo parece decepcionado.

—Lo... lo siento —me disculpo.

—No te preocupes. La comida india no le sienta bien a todo el mundo.

Joder, cómo decirle que a mí la comida india me sienta de puta madre, que también es mi preferida, que hasta en eso coincidimos, que si no estuviera embarazada le retaría con el curry más picante de Bangladés.

Cuando llegan los segundos, su cara vuelve a iluminarse. Charlamos distendidamente mientras nos atiborramos de arroz y de salsas exóticas. Todo va la mar de bien. No tiene por qué pasar nada extraño. Álex, joder, relájate. No va a desatarse un terremoto, ni el camarero va a estornudarte encima, ni te vas a desmayar como la pusilánime de Pocahontas. Maldita sea, sácala ya de tu mente, exterminala, olvídate de que existe. Pero no puedo. Me gustaría preguntarle si siente algo por ella. Si es cierto que el otro día la besó. Y aunque así fuera, ¿acaso debería importarme?

—Habrás oído cosas sobre mí.

Joder. ¿Me habrá leído la mente? ¿Irás a confesarme que se la ha tirado varias veces encima de su escritorio? Doy un trago largo a mi Coca-Cola.

—No te hagas la loca. Lo sabe todo el mundo ya.

—Ah, vale —improviso—. Te refieres a... eso.

Ni puta idea.

—Sí, claro, a eso.

—Pues sí, pues sí, pero, vamos, que no le he dado más importancia de la necesaria.

¿Me ha sacado a cenar para decirme que está con otra? Menudo cabrón.

—Me alegro. Espero que no te lo tomes a mal. Son cosas que pasan.

Pero vamos a ver, ¿de qué me está hablando? ¿Es que no va a mencionar a aquella de cuyo nombre no quiero acordarme? Pues no seré yo quien le saque el tema. Estaríamos buenos.

—Por supuesto, por supuesto. Son cosas que pasan y punto —le digo, toda digna.

Ahí te mueras.

Rebaño los últimos granos de arroz y el camarero nos retira los platos y nos recita la lista de postres. Al final no me puedo contener.

—¿Y besa bien?

—¿Perdona?

—Que si sienta bien. —Pelayo frunce el ceño mientras sostiene la carta—. El *lassi* de mango —improvisado, echando un rápido vistazo a los postres.

—Ah, eso. Pues no lo sé. Yo siempre pido un *masala chai*.

—Pues que sea un *chai*. O dos —río descoordinada—. O tres. Invita la casa. —La madre que me parió.

El camarero me mira extrañado.

—Que invito yo, quiero decir. Que se tome uno a nuestra salud, hombre. Un día es un día —digo alzando mi vaso con un hielo derretido y una rodaja de limón mordisqueada.

El camarero se retira sin dejar de mirarme. Creo que estará pensando que estoy como una regadera.

—Contigo no hay forma de aburrirse —concluye Pelayo.

Cuando nos traen el postre y el café, una llamada nos interrumpe y Pelayo se ausenta de la mesa. Cuando vuelve, alcanzo a oír cómo se despide de su interlocutor. Está rebosante de felicidad.

—El lunes de Pascua a las doce. Perfecto. Allí estaré —dice.

—Vaya, ¿tienes una cita? —le pregunto mosqueada.

—Llamémosle así —me responde con cara socarrona. Yo no sé si creerle o no creerle.

Cuando abandonamos el local, Pelayo me acompaña hasta casa dando un paseo. Agradezco llevar la chupa de cuero de mi amiga, no solo por el contraste de temperatura, sino porque siento que la tengo cerca. Acaricio el bolso de Loewe y pienso también en Agus, que estará pendiente del móvil para que le cuente todo lo que ha pasado esta noche con pelos y señales. Miro hacia el cielo. Es una noche clara y estrellada. Ha sido una cena de mierda, pero voy cogida del brazo de Pelayo. La luna nos guía con su luz enigmática. Si creyera en el más allá, diría que mi padre me está mandando rachas de viento en forma de cariño. Un hombre de aspecto pakistaní nos ofrece unas rosas y Pelayo elige la más pachucha.

—Esta —dice—. Vamos a intentar que muera feliz.

—¿Siempre te empeñas en salvar el mundo? —le pregunto observando la rosa, a la que se le acaba de caer un pétalo.

—El mundo no —reflexiona—. A duras penas logro salvarme a mí.

Cuando llegamos frente a mi portal, Pelayo se despide afectuoso. Nos damos dos besos. Siento su perfume atrapado dentro de su camiseta.

—Hasta mañana —le digo.

Pelayo me muestra sus hoyuelos. No parece decepcionado. Me agarra la mano y se la acerca a su mejilla, cerrando los ojos. Luego, la sujeta cerca de sus labios, pero, en lugar de besarla, me suelta:

—Hueles a *lassi* de Mango.

—¿Y eso es bueno? —le pregunto.

Sonreímos y nos quedamos uno frente al otro. No sé muy bien a qué juega, ni si está o no con Pocahontas, pero yo tampoco he sido muy transparente, que digamos. Ninguno de los dos tenemos prisa por marcharnos. Desde fuera, debemos de parecer dos tortolitos sin experiencia.

Cuando pensaba en qué equivocada está la gente, porque a nosotros no nos une más que la discordia y el engaño, Pelayo me ha tomado por la cintura con ambas manos. Me ha trasladado desde donde me encontraba y me ha llevado a pocos centímetros de su cuerpo. Juro que mi cerebro no ha tenido tiempo de rechazarle. En el hueco que nos separa sólo corre el aire gélido de la noche y un deseo desbocado de saber cómo besa el Capitán América. El sonido de los coches es la única música que ameniza nuestro intercambio de miradas y el bocinazo de una moto a lo lejos se convierte en una suerte de pistoletazo de salida, en el detonante de todo lo que sucede inmediatamente después: Pelayo ha humedecido mis labios con los suyos y los ha besado poco a poco, recorriéndolos, midiéndolos, como si quisiera probar su sabor y memorizar cada pliegue, curar cada corte ocasionado por el frío con sus labios de superhéroe. No sé qué ha sido lo que se ha adueñado de mí. No lo he hecho aposta. Juro que le he mordido la lengua sin querer.

—Ostras, lo siento.

—¿No te han dado de cenar? —ha dicho sonriente, pero enseguida me ha vuelto a atrapar entre sus labios y no me ha soltado hasta que un nuevo beso ha ido a estrellarse en mi boca, justo cuando doña Paquita salía del portal con tres bolsas de basura y su chihuahua.

Y luego se ha ido.

~ ~ ~ ~

Una vez en casa me tiendo en la cama de cara al techo. Joder, ¿y ahora qué? Agarro la almohada y la apretujo contra mi cara. Quiero desaparecer entre su plumaje. Así, a oscuras, sin la imagen de la lámpara hortera que cuelga sobre mi cabeza, todo parece posible. Hasta mi historia con Pelayo parece posible. Nada de lo que yo pueda imaginar tiene por qué ser inalcanzable. Me ha besado y le he besado. ¿No iba de eso, la felicidad?

12. Viaje a mis orígenes

Mi abuela ha muerto. El teléfono ha rugido atronador de madrugada, con ese tono hostil que gastan los teléfonos cuando uno intuye que se avecinan malas noticias. *Oma* Ina ha muerto. Así me lo comunicaba la voz afligida de mi madre.

Nada parecía augurar el triste desenlace cuando estuvimos en su casa las pasadas Navidades. *Oma* se jactaba de tener una salud de hierro: seguía montando en bicicleta a diario sin importarle el frío del invierno y acudía religiosamente a su cita semanal en casa de los ancianísimos Janssen, a los que llevaba *stamppot* y salchichas o cualquier otro plato que hubiese cocinado. Su único pecado era tomarse unas copitas de sherry para paliar la pena por la ausencia de mi abuelo antes de quedarse dormida frente al televisor. Tuvo una vida sencilla, en una casa de alquiler sin grandes lujos, y estoy convencida de que murió feliz.

Mi tía Margriet atiende las numerosas llamadas de teléfono mientras mi madre prepara sopa y cafés para los vecinos que se acercan a darnos el pésame. Linda, Jota y yo hemos agarrado el primer vuelo con plazas libres destino Schipol y hemos pasado la mañana en el velatorio. Mi tío se ha quedado allí mientras nosotras preparamos algo de comer y recuperamos fuerzas para sobrellevar mejor el largo día que nos espera. Aquí, en el salón de mi abuela, junto a mi prima Anouk, tengo la impresión de que el tiempo se detuvo y todavía somos las niñas que jugaban a esconderse en los armarios y a probarse los vestidos de mi abuela. La situación es tan surrealista, con Jota de invitado en esta casa, que me entran ganas de desaparecer en uno de esos roperos repletos de recuerdos que huelen a *oma* Ina.

Desde el tresillo floreado en tonos pastel, mi prima Anouk goza de una visión privilegiada sobre la estancia: un modesto salón comedor decorado con cuadros de molinos y objetos de cerámica en azul y blanco, tan característicos de nuestro folklore. A mí, en cambio, me han sentado de espaldas al ventanal que da a la calle, por lo que no veo quién entra o sale; a Jota lo han colocado en una silla a mi izquierda, debajo del reloj de cuco, en el rincón más oscuro del salón, junto al televisor, y mi tía y mi madre se han reservado sendas butacas frente al ventanal. Es extraño que Anouk no me haya preguntado todavía si este año voy a echarme por fin novio o si lo estoy dejando para la menopausia.

—Necesitaremos ayuda para vaciar la buhardilla —vocifera mi madre desde la cocina para que nos vayamos mentalizando.

Oma Ina vive —¡vivía!—, en el número 61 de la calle Hobbemastraat, en una casa colindante con la de mi tía, un adosado modesto de dos plantas con buhardilla abatible y un jardín trasero donde, de pequeñas, Anouk y yo abandonábamos nuestras bicicletas antes de correr a refugiarnos bajo los brazos sedosos de mi abuela, en un barrio tranquilo, templado por el sosiego del río Ijssel.

Dirijo la mirada hacia el comedor, detrás del tresillo, frente al jardín trasero. Mi abuela y yo estamos sentadas a la mesa. Es verano. Me he levantado temprano y he bajado las escaleras sin hacer ruido, pero el *goedemorgen* que proviene alto y claro del salón me confirma que *oma* ya está despierta. Es fin de semana. O puede que sea un día cualquiera, pero sin duda estoy de vacaciones. Mi abuela unta con mantequilla rebanadas de pan de molde y yo la ayudo a esparcir *hagelslag* —mis virutas de chocolate con leche preferidas— por encima, procurando que quede

lo más homogéneo posible. Luego le doy la vuelta a la rebanada a modo de observación empírica: las virutas se pegan a la mantequilla como una plaga de insectos a la tela de una araña.

—¿Qué habrá sido de Fritz? —verbalizo en voz alta.

Fritz, que heredó el nombre de mi abuelo por ser igual de holgazán que él, es lo más parecido que he tenido nunca a una mascota. De pequeña, la casa de mi abuela recibía a diario la llegada del inquilino más inusual del barrio: un pato común que, de buena mañana, se apoltronaba en el jardín a picotear los restos de manzana que le dejábamos por la noche. Mi amigo palmípedo solía pasarse horas aletargado sobre el césped mullido y húmedo hasta que desaparecía con la llegada del atardecer, y nunca se confundía de vivienda. Se diría que Fritz adivinaba la paz y el regocijo que irradiaba la presencia vigorosa de mi abuela.

Mientras yo navego por mis pensamientos, mi madre nos ha repartido un bol de sopa de verduras que me recuerda mucho a la que solía prepararnos mi abuela y ha regresado enseguida a la cocina.

—Era una mujer estupenda —oigo decir al señor Vitello, nuestro vecino italiano del número 59, que sostiene una taza y charla con mi madre entre pucheros.

—Encantadora, realmente encantadora —añade su mujer, que no le suelta del brazo, porque, entre otras cosas, su marido no aparta la vista del trasero de mi madre.

Antes de que entren en el salón y nos avasallen a preguntas, mi prima es la primera que se atreve a romper el hielo.

—Cuéntame —dice—, ¿alguna novedad? —Es evidente que Anouk quiere llevarme a su terreno y va a hacer lo imposible por sacar el tema de mi soltería.

—Cómo echaba de menos esto. —Intento hacerme la sueca y cierro los ojos para disfrutar en solitario de uno de los sabores preferidos de mi infancia—. Jota, ¿a que no habías probado nada igual?

El novio de mi madre pone una cara de asco que deja sin aliento.

—¿Qué es eso... verde? —Parece un niño pequeño frente a un plato de espinacas.

Si no se hubiera muerto mi abuela, mi prima estaría tronchándose de la risa ante este cruce de mafioso albanokosovar y cachas de revista. La miro de reojo, pero no le intuyo ninguna expresión de burla. Supongo que no es día para chistes. Como no podía ser de otro modo, ignoro el comentario infantil del ligue de mi madre y me concentro en mi sopa. Al cabo de un rato, consciente, supongo, de que no van a servirle chuletón en un día como este, Jota retoma la cuchara y vuelve a pelearse con los vegetales en juliana, para luego deleitarnos con la cadencia fragorosa de sus sorbidos.

—Cuéntame, prima, ¿qué puesto regentas ahora en la empresa? —Anouk inaugura de forma oficial mi inminente acoso y derribo.

—Me han nombrado directora del departamento de Benelux —contesto escueta.

—Wow, a eso le llamo yo estar en la cumbre. Siempre supe que llegarías lejos.

—Pues no tiene nada de glamuroso —me sincero—: me paso el día controlando que los operadores estén conectados el máximo tiempo posible, que no se pierdan llamadas de clientes y que la calidad del servicio sea óptima.

Tía Margriet entra en la estancia y se sienta en la butaca de cuero color crema, la preferida de *oma* Ina, con un bol de sopa que rezuma olor a Navidad.

—Tu padre estará desesperado, deberíamos regresar al velatorio. Menuda desgracia, pobre mamá —gimotea visiblemente afectada por lo unida que estaba con mi abuela, y dirigiéndose a mí—: Así es que sigues soltera y sin compromiso, ¿no? Hay que ver, con tu tipazo, ¿cómo se explica? No irás a ser lesbiana, ¿verdad? —Mi tía se ha hecho con la sierra eléctrica y no va a

parar hasta descuartizarme en mil pedazos.

—Mamá, no creo que sea el momento —intercede Anouk.

¿He oído bien? Porque me ha parecido que mi prima salía en mi defensa.

—Tienes razón. Ya tendremos tiempo de hablar de eso y de muchas otras cosas. Cariño —dice ahora refiriéndose a mí—, tu madre me tiene preocupada. —Mi tía da un ligero golpe de cabeza en dirección a Jota y se acerca el bol a los labios, los ojos puestos en el cani que tiene a mi madre encandilada.

—*¿Do-you-speak-En-GLISH?* —le pregunta abalanzada hacia delante tras terminarse el último poso de sopa, marcando cada sílaba como si le hablara a un indio sioux.

Esta vez soy yo la que abogo por el pobre Jota y reconduzco la conversación hacia otros derroteros.

—Tía... tía Margriet —titubeo—, ¿qué... qué haréis con las cenizas? ¿Dejó la abuela alguna instrucción al respecto? —Qué difícil es sacar a relucir estos temas. Y qué cruel hablar en pasado de alguien que todavía forma parte de tu presente.

—Tu abuela era un alma inquieta, hija. Volaba alto sin necesidad de alas, ¿me entiendes? —Asiento con la cabeza, aunque no sé qué tiene que ver eso con la pregunta—. Y ya está más que decidido —anuncia—. Descansará en la Isla de los Pájaros.

—¿Es que quieres que termine en la panza de un maldito pavo real?? —interviene mi madre, que acaba de entrar en el salón acompañada de las visitas—. Pues no señor, en el río se sentirá como en casa.

—¡Pero si no sabía nadar!! —arguye mi tía, mirando a los presentes en busca de aprobación.

—Ni falta que le hace ya.

—¿Me he perdido algo? —pregunta la mujer del italiano, que ahora se acomoda en el tresillo, visiblemente incómoda por lo que ve: mi madre se acaba de sentar encima de su perrito faldero mientras este apoya la cabeza en su pechera en busca de consuelo.

—Si nos disculpáis —intervengo, tendiéndole el brazo al rollo de mi madre para que se venga conmigo y dando por zanjado el espectáculo—. Voy a enseñarle el barrio. No tardamos.

—¡Yo también voy! —La voz de mi prima ha sonado desmedida. Si no fuera porque la situación ya es rara de por sí, diría que se comporta de una forma extrañísima.

Al cabo de la calle nos topamos con la inmensidad del río. La señal que mide la profundidad del agua indica que ha sido un año de lluvias. A veces me pregunto qué será de nosotros dentro de unos años, cuando se agudicen los efectos del calentamiento global, y si no hemos sido demasiado osados al desafiar a la naturaleza construyendo un país artificial a fuerza de diques. Jota camina adelantado y chuta piedrecitas mientras nos dirigimos al centro del pueblo. Yo me niego a aplicarle el calificativo de ciudad, y me tiene sin cuidado su alta densidad de población: para mí, Deventer nunca dejará de ser un pueblo. Mi pueblo.

Me agarro al brazo de Anouk sin saber muy bien por qué. Y así caminamos juntas, en silencio, bordeando el río.

—¿Sabes? Eras su preferida —dice mi prima, sin apartar la vista de la iglesia gótica que se adivina en la lejanía y que corona todas las postales para turistas de nuestro pueblo—. Se le iluminaba el rostro cuando hablaba de ti y contaba la vez que por poco le quemas la casa.

—Salía fuego en todas direcciones. Intenté sofocarlo, te lo juro, pero supongo que a estas alturas nadie va a creerme. —Esbozo una sonrisa cómplice y mi prima me ase con fuerza la mano que tengo apoyada en su brazo.

—Cómo mola esto, ¿no? El agua, la hierba, los árboles, los patos... —interviene Jota con

una elocuencia y un dominio del léxico descomunales.

—Están brotando las *freesias*. Pronto podremos desterrar las chaquetas al fondo del armario. —Mi prima señala con el dedo las flores que nacen en las márgenes del río.

—¡Eso lo he entendido! —exclama Jota dando una última patada a una piedra. Y, acercando su cara a la de Anouk—: Prima, en España se llaman «fre-sas», «fre-sas». Álex, ¿has visto qué bien me defiendo ya en holandés?

A veces no sé si Jota es tonto o se lo hace. No voy a ser yo quien le explique que es un tipo de flor. Y que no es comestible.

—¿Qué ha dicho? —mi prima pone cara de póquer, y no me extraña.

—Nada que valga la pena repetir —concluyo.

Durante el camino le pregunto por su marido. Ella me cuenta que la noticia de la muerte de la abuela le ha pillado de viaje, pero que llegará a tiempo para la incineración. También menciona que han adoptado a un perrito al que han puesto «Chico», y que es ahora el consentido de la familia. Y juntas recordamos anécdotas del día de su boda, con merecido hincapié en el tropiezo que sufrió tía Margriet durante el convite y que tuvieron que borrar de la película a instancias de la hermana de mi madre.

—¿Cuántos años hace ya de eso? ¿Cinco mil? —le pregunto, aprovechando el inusual buen rollo que nos une.

—Pronto cumpliremos cinco de casados, y otros tantos de novios. —Mi prima mira al suelo y enseguida se le difumina la sonrisa. Tengo la impresión de que acaba de volar en el tiempo. Un semblante triste aflora ahora en su mirada—. Álex —me anuncia—. Tengo algo que contarte.

Un ciclista se para a saludarnos y nuestras confidencias se ven interrumpidas. Es un antiguo compañero de colegio de Anouk que, al parecer, acaba de regresar de una apasionante experiencia americana. Mientras ellos hablan, me despego con sutileza del brazo de mi prima y me aproximo al río, los ojos puestos en la lejanía.

—Deberíamos ir regresando —le digo a Jota—. Mi tío estará echando chispas.

En ese momento las campanas de la iglesia de San Lebuino anuncian las dos de la tarde.

—¿Sabes, Álex? —proclama Jota—. No pasé por la FP, ni siquiera me saqué el graduado. No sirvo para estudiar. —Jota lanza con fuerza una piedra al río como si quisiera liberarse del peso de su confesión—. Y a pesar de todo, sé cómo hacer feliz a tu madre.

Sus palabras me han pillado del todo desprevenida. No esperaba que a Jota le importara un pimiento lo que pensemos de él los demás. ¿Será verdad que sus sentimientos por mi madre son genuinos? Aprovecho su cercanía para sincerarme:

—Oye... todo esto es muy nuevo, para mí: vuestra relación, tu diferencia de edad...

—Sé lo que piensas. Y estás equivocada —me interrumpe.

—Es que todo es muy confuso... —Espero a que baje la guardia para preguntarle—: Oye, ¿qué le pasa a mi madre? Y no me digas que no es nada, porque no soy tonta.

El semblante de Jota se ha ensombrecido. Apenas sabe disimular su nerviosismo.

—Es que no es nada, de verdad.

—Escúchame. Y escúchame bien: conozco a Linda mejor de lo que ella se cree. Me estáis ocultando algo.

—Estás paranoica.

Jota acelera el paso e intenta dejarme atrás. Pero yo soy una deportista de fondo. Siempre consigo lo que me propongo. Le agarro de la chaqueta y me sitúo frente a él.

—¿Qué haces? Déjame pasar.

—Joder, tío, basta ya de numeritos. ¿Está yendo al psicólogo, es eso? ¿Por eso abandona su

puesto de trabajo sin importarle una mierda las reuniones que deja a medias? ¿Es que os pensáis que soy idiota?

—Déjalo ya. —Me aparta la mano que tenía apoyada muy cerquita de su yugular y me da esquinazo, acelerando aún más la marcha.

—¡Oye! —le grito y corro nuevamente a su lado. Cuando le tengo a pocos centímetros le doy un empujón que no lo mueve del sitio, pero que surte el efecto que esperaba, porque se gira de inmediato y me levanta el puño. Creo que en otras circunstancias me habría partido los piños. No se lo tengo en cuenta, ha sido un acto reflejo.

—Tu madre está enferma, ¿¿vale?? ¿¿Contenta??

—Que está enferma... enferma de la cabeza, dirás.

—Álex. Está «en-fer-ma». Muy enferma. —Jota me mira muy serio. Diría que le brillan los ojos.

—Pero se pondrá bien. Es eso lo que quieres decir, ¿no?

Silencio y más silencio.

—¿¿Me quieres contestar??

—Ya te he contestado. Está todo dicho.

—¿Que si se va a curar? ¿No hablas español?

—Joder, basta ya. ¿Qué parte no entiendes de «muy enferma»?

—¿Basta ya de qué? ¿Qué parte no entiendes tú de si se pondrá bien?

—Es incurable, ¿vale? ¿Te sirve? Pues ya lo sabes.

Jota le da una patada a un banco de piedra frente al río.

—¿Cómo que es incurable? Estas cosas pasan y la gente se cura. Coño, que es imposible, me lo hubiera contado, ¡que soy su hija! ¿Estáis todos fatal de la cabeza, o qué? Se lo habrá inventado como se inventa muchas cosas. Solo quiere un poco de atención, ¿o no lo ves? ¡Es una engreída y una mentirosa! ¡Que te está engañando! ¡Como engaña a todo el mundo! ¡Parece increíble que no te hayas dado cuenta! ¿Enferma de qué? ¿De qué, a ver? ¿¿De qué??? ¡Mierda de vida, joder!

Jota me abraza porque me está entrando un chungo histérico, y yo apoyo mi cabeza sobre el hombro musculoso del novio de mi madre.

—Me cortarías las pelotas si supiera que te lo he contado. Como le digas algo te rajo. — Vaya con la amenaza—. No quiere que nadie pierda el culo por ella, ¿estás al caso? Y menos que le tengan lástima. No vayas a joderle su último capricho.

No sé cómo encajar las palabras de Jota. Quiero correr y abrazarla, o sermonearla por ser tan jodidamente egoísta, retorcida y orgullosa, comprobar si lo que le corre por las venas es sangre o zumo de tomate... negarle su última excentricidad de querer morir sola.

Veo cómo Anouk le da tres besos al ciclista.

—Vámonos —le indico con un gesto desde la distancia, porque estoy temblando, y no precisamente a causa del frío.

~ ~ ~ ~

Ya en el velatorio, la tarde transcurre con la perplejidad que suele acompañar los días posteriores a la pérdida de un ser querido y, si a eso le añades que tu madre se está muriendo, tienes la excusa perfecta para mandar a paseo durante un mes entero a todo el que se te ponga por delante.

Oma Ina ha muerto. Todavía resuena en mi cabeza la cadencia con la que mi madre encadenaba esas palabras. Su corazón dijo basta y se murió. Sin previo aviso. Qué vetusto suena

el pretérito imperfecto, qué desgarrador cuando te empeñas en seguir aferrada al presente de indicativo como protesta por la muerte inesperada de tu abuela... y por la inevitable mala suerte de tu madre.

Anouk y yo salimos al jardín para que nos dé el aire. Mi prima se frota las manos. Nuestra nariz delata que han bajado las temperaturas.

—Siéntate a mi lado —me ordena con cariño, y yo tomo asiento en el macetero galvanizado frente al parterre en forma de laberinto—. Se trata de tu madre... Se está...

—Anouk... —la interrumpo y la abrazo, buscando en ella la fuerza que no tengo—. Todo saldrá bien —pronostico, más por mí que por mi madre.

~ ~ ~ ~

Por la noche me voy a la cama temprano. De madrugada, con la pena por la muerte de mi abuela aún latente, me despierto de un sobresalto. La noticia sobre mi madre me impide pensar más allá de la desgracia y me mantiene despierta gran parte del tiempo. Nacemos y morimos en soledad, pienso, pero no es bueno estar solos.

Las dudas en la noche huelen a incienso y a velas de vainilla.

Operación "Cabos Sueltos"

14. La transformación de Agus

Hubo un tiempo en el que adoraba los lunes de Pascua. Mi padre solía preparar un *brioche* delicioso al que incrustaba huevos duros según una receta que debió de heredar de mi abuela o copiar de algún libro, quién sabe. En el agujero del centro, colocaba un enorme huevo de chocolate y, durante unas horas, las estancias se impregnaban de olores que rezumaban felicidad de la buena. Hasta se diría que enterraba los reproches en la levadura fermentada y en el agua de azahar. A mí me dejaba adornarlo con plumas de colores que yo misma elegía, con esa capacidad que tenía mi padre de hacerte sentir parte imprescindible del proceso, pieza fundamental del engranaje, de tal forma que al hundir la pluma en el bizcocho yo sentía que había descubierto un nuevo mundo, plantado una bandera en medio de la nada, coronado como una alpinista de élite la cumbre más alta del Everest.

Estoy frente a la puerta del inmueble donde vive Ivana, a pocas calles del emblemático Molino, un lunes de Pascua más que pasará sin pena ni gloria, porque la vida está condenada a seguir su ciclo sin mi padre. Mi amiga vive junto a un chiringuito de kebabs regentado por unos pakistaníes y rodeada de colmados que no conocen la palabra descanso, locutorios frecuentados por inmigrantes donde lo mismo te venden chocolatinas que te ofrecen fotocopias, y transeúntes de costumbres variopintas. Y a pesar de lo que pueda parecer, esta zona del Paralelo es un sitio familiar y tranquilo, donde la gente se conoce y se saluda. Nada más enfilar la calle que lleva hasta su casa, sientes que te despojas de ciudad: van cayendo las prisas, los madrugones, el estrés de la curva de objetivos. Te llenas de barrio y de buenos días, y ya el mundo parece que baila a un son distinto.

Desde su cuarto piso sin ascensor, Ivana lleva una vida bohemia que muchas veces envidio. Me pregunto quién se esconde tras esa máscara de chica dura, y si alguna vez he alcanzado a conocerla del todo, pero al final llego a la conclusión de que eso nos pasa a todos. ¿Quién no ha querido vender la imagen de alguien que no es? ¿Quién no se ha inventado otro «yo» más fuerte, más noble, más dulce, porque no se ha detenido a comprobar si valía la pena quererse sin filtros?

He debido de llegar la primera. No hay ni rastro de mis amigas. Saskia nos ha citado aquí, porque está también cerca del taller de su mecánico «predilecto». Al parecer nos ha cedido un ejemplar único. No lo dijo muy convencida. A mí hay días que este plan me parece una soberana pérdida de tiempo. Y aunque dudo que saquemos algo en claro de todo este asunto, por lo menos Ivana ha encontrado un estímulo para dejar de empinar el codo por las noches tras párrafos inconexos lanzados a la papelera y parece haber recuperado, en buena medida, la ilusión por seguir viviendo.

Una chica aparca su ciclomotor en la zona reservada para las motos. Va embutida en un mono de cuero muy sexi. Unos tacones de vértigo soportan sus piernas delgadas e interminables. Bajo el casco, esconde una melena pelirroja. Conforme avanza, me pregunto si no se parece a alguien que conozco.

Hasta que se desabrocha las correas y deja su cara al descubierto.

—¿Agus?

Una Agus irreconocible me mira y ejecuta una vuelta entera girando como una peonza. Busco las cámaras de Cambio Radical.

—¿Y esa Harley?

Agus se encoge de hombros sin perder la sonrisa de los labios. Hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz.

—¿Y si el más allá fuera un cuarto oscuro plagado de ratas de alcantarilla y sabandijas?

No me hace falta reflexionar demasiado para contestarle:

—Pero tú irás al cielo, ¿no?

—Álex, párate a pensar: ¿y si no hubiera luz al final del túnel?

Esbozo una sonrisa. El discurso agnóstico de Agustina me reconforta. Mi amiga está saliendo del pozo oscuro, le está echando un pulso a sus creencias. Pronto reparará en la única verdad que existe: la vida es un pastel de arándanos que dice «cómeme».

Ivana atraviesa el portal y nos saluda con un golpe de cabeza. De su abrigo negro de corte victoriano extrae su váper. El vapor de agua flota en el aire y se ensancha hasta hacerse imperceptible, y yo, por alguna extraña asociación de mi mente, me imagino saboreando un algodón de azúcar y tirando de él hasta desmembrarlo, con esa sensación pegajosa que se produce cuando hundes la mano en las hebras de azúcar y aire para despegar una porción. Estoy en una feria de pueblo que no reconozco, porque todas las ferias de pueblo se parecen. Hay autos de choque al fondo y manzanas de caramelo en los tenderetes. En la tómbola, el peluche más grande que he visto nunca, una rana gigante con patas amarillas y buche naranja, espera nuevo dueño con cara de hastío. Ni siquiera las tómbolas son lugares felices.

Sentada en el bordillo, Ivana sujeta el váper, dejando al descubierto los desconchones negros de sus uñas, y lo acerca a su boca azabache. Entorna los ojos mientras traga y expulsa una nube de vapor en una misión vertical hacia al espacio. Apoya el brazo derecho sobre su rodilla. Estoy segura de que se ha dado cuenta de la metamorfosis de nuestra amiga, pero no muestra señales de sorpresa: se diría que la dama de la noche está por encima del bien y del mal; es más, creo que no se inmutaría ni en el supuesto hipotético de que Marilyn Manson le pidiera ahora mismo en matrimonio. Por fin, se pronuncia:

—Hemos venido discretitas como pactado, ¿no? —dice, con esa facilidad espantosa que tiene para hacerte sentir como el Gollum de *El señor de los anillos* o el patito feo de Andersen—. Se trataba de pasar desapercibidas, ¿recuerdas? ¿No podías haber esperado a mañana, para meterte a pilingui?

Ivana se toca la frente con dos dedos de forma repetitiva como hace siempre que quiere escenificar lo duras de mollera que le resultamos.

—¿Se me ha ido la mano? ¿Estoy fuera de onda?

Pero yo le doy un abrazo que, si tuviera que transcribir en palabras, querría decir algo así como «bienvenida al maravilloso mundo de las mujeres emancipadas». Ivana solo va a repetirlo una vez, dice, y nos amenaza con volarnos la cabeza si a la insensata de Agus se le ocurre salir del coche con esas pintas. Luego, nos pregunta dónde carajo se ha metido Saskia, si no se supone que tendría que haber llegado ya.

—Que alguien llame a esa inútil —vocifera.

Pero esa «inútil» acaba de abrirse paso pegando bocinazos y nos lanza señas para que subamos enseguida. Una vez leí que las primeras milésimas de segundo son vitales para forjarnos una impresión sobre si una obra de arte es verdadera o falsa, fundamentales para determinar si una persona es o no trigo limpio. Pues bien, yo he necesitado un único y triste nanosegundo para darme cuenta de que nuestra misión va a ser un fiasco total: Saskia se ha presentado con un coche naranja butano tan tuneado que ni siquiera me atrevo a vaticinar su marca, con unos alerones de macarra que dan miedo y al menos un relámpago de color amarillo

limón pintado en la puerta del copiloto, que es el único lado que alcanzo a divisar.

—¿Cómo vienes con esta birria? —pregunta Agus burlona, ante la inesperada aparición de Saskia al volante de su súper bólido.

Saskia, por su parte, se ha quedado sin habla al reparar en la nueva Agustina, lo cual es un decir porque pronto reacciona:

—¿Dónde vamos tan puestas?

Ivana nos insta a que nos dejemos de «gilipolleces» y nos subamos al coche de una «jodida» vez. En realidad, ha dudado unos instantes antes de dar con la palabra adecuada para describir al coche fantástico y «carraca inmunda», ha dicho, es lo más parecido al concepto que andaba buscando.

Y así, una mojigata y futura criminóloga reconvertida en motera, una loba devoradora de mecánicos insatisfechos, una *dark* aspirante a escritora y yo, que voy camino de engrosar el libro de los milagros marianos de la historia del catolicismo, nos metemos en el coche y emprendemos rumbo a la mayor estupidez que han cometido nunca cuatro seres humanos, a saber: ir en busca de un padre antológico y etéreo que muy probablemente no quiere ser encontrado.

Una vez en la carraca inmunda, las dudas se apelotonan en mi cerebro como jugadoras de *rugby* a punto de despellejarme. Yo las empujo para que no terminen con la poca cordura que me queda, pero son cejudas y despiadadas. Campan a sus anchas por ahí arriba. Desconectan mis neuronas como si fueran cables de impresora. Me desatan de la realidad. Me susurran preguntas que no quiero oír. Me culpan por querer evitar pensar en la única certeza: mamá se muere.

13. Una estrategia absurdísima

Hemos quedado en casa de los padres de Agus. Ivana nos quiere explicar «los pormenores» de lo que ha bautizado como «Operación Cabos Suelos». He decidido no contarles lo de mi madre. Respetar su decisión de desaparecer del escenario de la forma más discreta, con las luces de neón todavía brillando para ella. Hacer como si la vida siguiera siendo esa noria imponente que da vueltas alrededor de tu ombligo, ese algodón de azúcar que te engancha y te ata a la vida, porque los momentos dulces superan con creces los amargos. Tampoco sé si confesarles que me he besado con el Capitán América. Ivana sería capaz de juzgarlo como una intromisión. Y de paso exigirme filamentos pilosos, tela combustionada y mandangas de indicios balísticos que no tengo. Por nombrar algunos de ellos.

Los padres de Agus viven en un piso de trescientos metros cuadrados en un antiguo palacete del Paseo de Gracia, que pertenece a la familia de su madre y al que todas llamamos coloquialmente «casoplón». Está decorado al más puro estilo modernista, con barandillas de hierro forjado terminadas en gárgolas con cabezas de dragón hambriento y mármoles con cenefas geométricas. A mí me daría un *yuyu* espantoso vivir en lo que podría ser el escenario de una película de terror.

La minifalda de Saskia me da la bienvenida al otro lado de la puerta. Es como entrar en un lugar sagrado y, de repente, toparse con la dueña de un burdel. Luce un jersey cruzado muy favorecedor. Está pletórica y habla por los codos. Me cuenta de forma atropellada no sé qué al primer envite y ninguna de mis amigas es capaz de frenar su verborrea arrolladora.

—...calculadoras, teclados, estetoscopios escucha paredes, y además te asesoran de forma discreta, ¡ah!, y hay un tipo vestido de gánster en la entrada con una pistola y la típica gabardina y sombrero de las pelis de la mafia; tienen hasta gafas de sol con cámara incorporada, ¡con cámara incorporada!, por no hablar de los bolis de tinta invisible. Puedes comprar colgantes con cámara oculta y mogollón de objetos secretos, ya sabes que a mí me flipan todas estas chorradas. He pensado que podríamos estamparnos unas camisetas ceñidas con las siglas del FBI, para celebrarlo.

—Celebrar qué, Saskia, por Satanás —la interrumpe Ivana, apartándola para dejarme entrar—. Es culpa mía. Se me ocurrió la brillante idea de llevarme a esta perla a La Tienda del Espía y entre ayer y hoy ya me he arrepentido quince veces.

—Está muy céntrica —añade Agus, que corre a mi encuentro—. Tienen cada artilugio que ni el inspector Gadget.

Agus y yo nos fundimos en un abrazo que dura una eternidad y que me sabe al pésame más sincero que me han dado en los últimos días. Tiene para mí unas croquetas, dice, que me ha preparado ella misma. Viéndolas a las tres pendientes de mí y volcadas en mi problema, me pregunto si no tienen nada mejor que hacer mis amigas un domingo por la tarde.

—Chicas, chicas, he estado practicando. —Agus me agarra de los hombros y me invita a tomar asiento en el sofá de piel de vaca italiano, en el que cabe un equipo entero de baloncesto. Luego se abre la chaqueta de punto y nos muestra su nueva vestimenta: una falda por encima de las rodillas y una camisa con un par de botones desabrochados.

—¡Agus! —la reprendo entre carcajadas.

—¿Pero eso no es pecado? —se mofa Ivana.

—Pues espero que lo sea, y a poder ser mortal. Si no, menuda decepción —añade una Agus desconocida que, ahora que me doy cuenta, también ha remplazado sus pendientes de nácar por unos aros de metal que le dan un aire muy juvenil.

—Déjate, di que sí: es el principio de una nueva era —añado con sincera admiración—. ¿Y dónde tienes a los enanos? —pregunto mientras agarro el catálogo que se han traído estas petardas de la mesita frente al sofá.

Cuando alzo la vista todas están en silencio. Saskia, de pie frente al ventanal, me lanza un gesto sutil de negación con la mano derecha. Ivana, que se ha vuelto a sentar a mi lado después de sacar el portátil de su mochila, me propina un codazo y se da golpecitos en la sien con el dedo índice diciéndome, sin decir, que si he nacido ayer o qué me pasa. Agus dibuja una mueca de resignación y, con un acto reflejo, se abrocha el segundo botón de la camisa.

—No os mováis, os he preparado unas magdalenas. Ahora vuelvo. —Se hace un silencio incómodo. Yo sigo maravillada por mi ocurrencia estúpida e inoportuna.

Al cabo de unos segundos, Agus regresa con una bandeja a rebosar de magdalenas de todos los colores, coronadas de Lacasitos, perlas de chocolate y flores de pan de ángel. No entiendo su obsesión por las magdalenas. Ni con las magdalenas ni con la informática. Es muy ecléctica y diría que hasta antagónica en sus aficiones, pero obsesiva en todo lo que la hace feliz.

—¡Jodo! Si no existieran los hombres diría que estos muffins son lo más excitante que existe sobre la faz de la tierra —exclama Saskia, hincándole el diente a uno con cobertura de crema de queso.

—A ver, menos cocinitas y más estar por la labor. —Ivana es la única que no se acerca a probar las exquisiteces que nos ha preparado Agus.

—¿No vais a catarlas? Están de muerte —continúa Saskia, que ya le ha puesto el ojo a un *cupcake* de chocolate y no parece tener intención de aminorar la marcha.

—Yo no como nada que sea medianamente cursi. Además, os he reunido porque estamos en un callejón sin salida, a ver si nos dejamos de pastelitos —señala Ivana, molesta—. Ya han pasado varias semanas sin apenas haber avanzado un pijo. Elegí un mal día para juntarme con vosotras. Tenéis menos neuronas que un lirio de mar.

—Vayamos por partes, anda —digo, porque es obvio que alguien tiene que reconducir la conversación—. Pongamos las cartas sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo —afirma Saskia—, pero antes pongamos «todo lo que hemos comprado» sobre la mesa.

Saskia se chupa los dedos para asegurarse de que no han quedado restos de chocolate. Se seca las manos en el jersey de canalé. Corre al armario del recibidor y agarra una caja de piel marrón oscuro. La deposita en la mesa de centro frente a nosotras.

—Regla número uno —establece Ivana masajeándose las sienes y dirigiendo los ojos al suelo con signos evidentes de resignación—: las cajas no se etiquetan con «Fundamental no abrir», porque lo más probable es que hasta el más decente de los mortales sienta un impulso irrefrenable por conocer su contenido. Es la ley de la inercia. —Y añade—: regla número dos...

—Tienes que pelear. —Saskia soba todas y cada una de las magdalenas restantes sin terminar de decidirse. Es obvio que ha visto *El club de la lucha*.

—Regla número dos —repite Ivana—: ningún miembro habla sobre la operación «Cabos Sueltos», ¿estamos?

Saskia asiente con la cabeza y comienza a sacar objetos de la caja.

—¿Un auricular? —les pregunto.

—Bueno, no es un auricular cualquiera —me corrige—. Es invisible. Mira, nos lo han adaptado para poder usarlo con el teléfono de Ivana. Ella te habla y tú escuchas sin ser detectada.

—¿Y este *pen drive*?

—«El *pen drive* controlador de móvil contiene un software ingenioso y discreto que te permite supervisar, rastrear y monitorizar el móvil de tu pareja, tus hijos, tus empleados» —lee Saskia, folleto en mano—. Solo tenemos que encontrar la manera de instalárselo a alguno de los sospechosos.

—Y para mí este colgante con batería de litio, con memoria de ocho gigas y capacidad de hasta cien horas de grabación —declama Agus, que en lo que se refiere a tecnología es la más entendida de todas.

—Pero ¿cuánta pasta os habéis fundido con todos estos trastos? —caigo en la cuenta de repente.

—Ni idea, hemos pagado con la tarjeta corporativa de Ivana —admite Agus ante la indignación de las demás.

—¿Y cómo pensáis justificarlo? —Joder, menudas inconscientes.

—Sigues siendo la hija de la dueña, ¿no?, pues ya se te ocurrirá alguna excusa. ¿Qué puede hacer, despedirte? —Agus me mira como si acabara de soltar una tautología.

—Flores, tengo una idea. —Ivana se arrebujá en el sofá y cierra los ojos—. Te acercas a cada uno de ellos y les preguntas: «Oye, ¿tú y yo no nos habremos acostado recientemente, ¿verdad?». Y fin de la película. Sería lo más fácil. Y nos dejamos de tanta historia.

—¿¿Estás mal de la cabeza?? —la interrumpo—. Tengo mucha más clase de lo que pensáis. Además, que os digo que voy a ser yo quien elija al padre de mi hija. ¿O es que me voy a dejar intimidar por unos espermatozoides insignificantes?

—Sí, amor, pero de insignificantes nada. Que corren que se las pelan —interviene Saskia.

—Además —la reprende Agus—: ¿qué iban a pensar de ella si va por el mundo preguntando... «eso»? Por favor...

—Pues qué va a ser, que echa tantos polvos que ni se acuerda.

Agus se ríe mientras saborea una de sus magdalenas. No ha pronunciado ningún alegato recriminatorio, ni siquiera muestra signos de desaprobación. ¿Será verdad que se está transformando? ¿Cómo suceden estas cosas? ¿Te levantas un día y de repente ya no quieres a tu marido? ¿Decides que es hora de dejar de fumar? ¿De desapuntarte del gimnasio? ¿Cambia el sentimiento hacia una madre así, tan de repente? ¿Abres los ojos y sientes que ha llegado la hora de perdonarla?

—¡Pero que no es eso! —insisto—. ¡Que no quiero darle un padre cualquiera! ¡Que quiero estar segura de que tendrá al mejor padre del mundo! No sé cuántas veces hay que repetíroslo para que os entre definitivamente en la mollera. Les seguiremos, decidiremos si merecen la pena. Quiero saberlo todo sobre esos individuos: con qué dedo se hurgan la nariz, si les huelen poco o mucho los pies, si son de ir a misa o practican ritos satánicos, ¡joder! ¿Hay que haceros un mapa? Algún día esta —digo, señalándome la barriga— me lo agradecerá.

—Pues todos los niños, sin excepción, merecen saber quién es su padre —sentencia Agus.

—Sois unas conformistas. Unas acomodadas. Yo tengo la suerte de poder elegir. Fin de la conversación.

—Está bien —zanja Ivana—. Agarra mi portátil y ponme a *Cradle of filth* en el Spotify, necesito crear el clima idóneo para inspirarme.

—Tú mandas —le digo.

—A ver, tenemos un bolígrafo cámara que dejaremos en el sitio de Ricky—comienza a

disertar Ivana—. Un *pen drive* que instalaremos en el móvil de Pelayo. Y otro USB que irá en el ordenador de Jorge, que de este tipo no me fío ni un pelo. Agus llevará el colgante-grabadora en sus encuentros con los sospechosos y yo mi reloj cámara. Repasaremos las conversaciones durante nuestras asambleas. Álex, tú te encargas de redactar los estatutos de este grupo de trabajo. Nada demasiado complicado. Saskia, tú... tú nos aprovisionarás de patatas fritas y birras bien fresquitas. Nos reuniremos los sábados a las cinco. La que necesite una siesta que se plantee el sentido de su jodida existencia. A Álex le estará permitido tomarse algún descanso, las demás nos emplearemos con uñas y dientes para averiguar, primero, quién es el padre y, segundo, si está a la altura de las circunstancias. Estáis a tiempo de desertar. La que no lo vea claro que recoja sus pertenencias y se las pira ahora mismo, ¿estamos?

No sé si mis amigas saben en el lío en que se meten y si son conscientes de las consecuencias legales de todo esto, pero ninguna parece tener la más mínima intención de abandonar esta misión, al contrario: en el momento menos esperado serían capaces de subirse a la mesa y entonar aquello de «Oh, capitán, mi capitán».

—¿Y si necesitamos ir al baño? —pregunta Saskia burlona.

—¿Tiene esto pinta de ser un puto campo de concentración? —ruge la impaciencia personificada en Ivana—. El lugar de encuentro se irá determinando durante la semana y se enviará de forma cifrada. De hecho, todas las comunicaciones se mandarán cifradas. Agus, ocúpate de los detalles técnicos. Finalmente, necesitaremos un coche de alquiler para seguir a los sospechosos.

—Tengo un antiguo ligue que me debe varios favores —admite Saskia—. Trabaja en un taller de reparaciones, seguro que nos consigue uno.

—Adjudicado pues, avisa a tu amigo. Pídele el vehículo más discreto de su flota.

—Por cierto —aclaro—. Durante la cena del viernes, Pelayo mencionó una especie de cita mañana a las once. Igual podría servirnos para indagar en sus costumbres... —comento con la esperanza de no sonar muy desesperada. ¿Con quién ha podido quedar un lunes de Pascua con tanta ilusión?

—Perfecto. Seguiremos al Capitán América. Os quiero mañana a primerísima hora más frescas que una lechuga. Saskia, ponte las pilas y consíguenos ese vehículo.

Entre tanto, Agus ha recibido un wasap de su marido. Nos muestra una foto de Lucas y Ezequiel en el sofá, abrazados a Fernando. Su marido sostiene una cuartilla donde se lee: «Cada vez más míos». Agus sale de la habitación con claros síntomas de estar a punto de llorar, abrumada, quizá, por la congoja repentina de saber que va a caer la noche y no va a estar ahí para ahuecarles la almohada, leerles un cuento o aspirarles los mocos cuando tosan de madrugada. ¿De verdad quiero tener que pasar por lo que está pasando mi amiga? ¿Voy a renunciar al privilegio de disfrutar de mi bebé los trescientos sesenta y cinco días del año? ¿Y si resulta que el padre es un violador reincidente, un fugado de la cárcel o el líder de una secta asesina? Y aunque fuera una magnífica persona, ¿estoy dispuesta a compartir el regalo más dulce, más valioso, más inesperado que me ha brindado el universo? ¿A mí, que nunca me toca ni la muñeca chochona más feúcha de la tómbola?

Muchas preguntas para tan pocas respuestas.

Me como el último *cupcake* de la bandeja y me asomo a la ventana en busca de soluciones. Pienso en Agus, en mí, en mi madre... En la calle, un adolescente en monopatín se abre paso entre los transeúntes como en una carrera de obstáculos. No somos más que piedras en el camino, hormigas en el plan maquiavélico del universo, motas de polvo en la calva del mundo. Seres insignificantes que andan al son de un inclemente tictac que nos persigue y nos recuerda

que tenemos los días contados, sin saber que, en realidad, esos días ni siquiera son nuestros, sino de todas y cada una de las decisiones que tomamos.

15. Persiguiendo a Pelayo

—**A**brochaos los cinturones, que no quiero problemas con la poli —nos ordena Saskia—. Ni con la poli ni con Rubén, que este coche es de un amigo suyo y diría que no tiene ni la ITV al día. Así que, ojito con llamar la atención.

—Chicas, ¿estáis seguras de que queréis acompañarme hasta Badalona? —intervengo desde mi asiento de copiloto—. A lo mejor os apetece más pasar la Pascua en familia.

Saskia, que acaba de arrancar el coche, me mira de soslayo sin pronunciar palabra. De sobras sé que no tiene a nadie con quien celebrarla. Por el retrovisor veo a Ivana rascarse la cabeza, como hace a veces cuando se siente intimidada. Me giro en busca de Agus. A través de la abertura que queda entre mi asiento y el reposacabezas, atisbo su mirada lánguida, los ojos enfocados en la carretera y en la nada, seguramente pensando en sus cuatro fieras. Aunque también es probable que eche de menos a Fernando. Separarse es siempre un fracaso, a pesar de que a la larga todos ganen.

Ponemos rumbo hacia la casa de Pelayo. Conducimos a una lentitud pasmosa, indigna de un coche tuneado.

—¿Y si ponemos la radio? —interviene Agus, que ya parece haberse recuperado de su añoranza pasajera—. De algún modo habrá que celebrar el día de la resurrección de Cristo, ¿no?

Después de unos segundos sintonizando la radio, el coche empieza a retumbar con la música de Doja Cat, y Saskia y yo nos ponemos a dar saltos virtuales (y no tan virtuales) al ritmo de la música. En estas estamos, felices de la vida por haber conseguido trasladar nuestros problemas a un lugar recóndito de nuestra memoria, cuando un olor terrible se apodera de mis fosas nasales.

—Hostias, ¿a qué huele? —pregunto, ajena al festival de alaridos de Saskia, que sigue desafinando por un tubo.

—Ahora que lo dices —interviene Agus—, aquí dentro apesta a Kentucky Fried Chicken.

—Pues yo juraría que atufa a calamares a la romana —la corrijo.

—Miserables —se queja Saskia—. Por vuestra culpa me acaba de entrar un hambre voraz. ¿Y si paramos en algún McDonald's?

—He traído provisiones. —Agus levanta una bolsa del Carrefour y la balancea para que adivinemos su contenido. No hace falta haber hecho un máster en Sociología para saber que dentro hay, por lo menos, un par de bolsas de ganchitos.

Son apenas las nueve y es la hora del desayuno, y sin embargo nada de eso parece ser argumento suficiente para que Saskia reconsidere su decisión de zamparse una hamburguesa. Intentamos disuadirla de su idea con argumentos muy diversos, que van desde lo caro que le resulta al planeta las toneladas de carne que consumimos al cabo del año, hasta lo dañino que es para nuestra dieta la ingesta de comida rápida de elevado índice glucémico. Al final, y después de una discusión acalorada, todas tomamos el compromiso de convertirnos en veganas; todas, menos Saskia que, como es la que conduce, nos informa de que la próxima parada va a ser el McAuto de la Ronda del Litoral. Y punto.

El hedor se hace cada vez más insoportable. Abro la guantera en busca de algún spray desodorante.

—No fastidies —digo.

—¿Pasa algo? —pregunta Saskia, pendiente de la carretera.

—¡Una guantera refrigerada! —se sorprende Ivana—. Pues no te diré que sea mala idea. Cada vez me cae mejor el amigo este de Rubén.

—Pues no sé de qué sirve una nevera si no la llenas de refrescos —interviene Agus, que se ha agarrado a mi asiento y mantiene la cabeza ladeada en dirección al objeto de debate.

Vamos a setenta por hora, en un coche que desde fuera da la impresión de que tendría que poder volar. Que nos adelante un BMW serie cinco es del todo justificable, pero ¿un Ford Fiesta destartado? Me niego. La dignidad es lo último que se pierde.

—Métele más caña, Sas, ¡que parecemos una hormiga coja! —le grito sacando la cabeza por la ventanilla.

—Y qué quieres, si no chuta. ¿Le pedimos a ese grupito de pijos escandinavos de ahí delante que nos dé un empujón?

—¡Cuidaaaaaaaaaado! ¡Que nos vas a empotrar! ¿Quieres centrarte en la puñetera carretera?

—Tendríamos que haberle obstaculizado el campo de visión con anteojeras como a los caballos —se arrepiente Ivana—. Centrémonos de una jodida vez. ¿Podemos repasar nuestro plan, por favor?

—Sí, pero abrid las ventanillas si no queréis que os regurgite el desayuno —les suplico—. Joder, menuda peste a fritanga. ¿Habéis comprobado que no haya ningún *nugget* de pollo putrefacto bajo vuestro asiento?

—Pues no es para tanto —dice Agus—. Yo ya no huelo nada.

—Huele a biodiesel casero —aclara Ivana—. Combustible *made in Spain*. Te fríes unas papas y unas croquetas de bacalao en aceite vegetal, cueles el aceite, le añades metanol puro y sosa cáustica y ya tienes tu *gasofa* ecológica.

—Qué asco. ¿Y funciona? —pregunta Agus. Y añade—: ¿Sabes? Eres extraña, pero en el buen sentido, que conste.

—Sí, claro, como un monstruo de tres cabezas —replica la aludida.

—No, en serio —reitera Agus con una mueca de admiración—: molas.

Por el espejo veo a Ivana reacomodarse en el asiento, incómoda ante el atrevimiento de Agus de apelar a sus sentimientos. Pero también reconozco a la Ivana sensible, la que es capaz de conmoverse, y por un momento pienso en cómo nos complicamos la existencia al fabricarnos una coraza a medida, con lo fácil que sería aceptarnos con nuestros aciertos y nuestros fracasos.

Subo el volumen de la radio para amenizar el silencio incómodo que se ha generado y me pongo a gritar al ritmo de la música como una payasa para subir esos ánimos. Pero no funciona. Hay que resignarse. No podemos borrar aquello que le dijimos a un amigo, ni volveremos a estar al lado del hombre al que amamos, ni a recuperar a los padres que perdimos.

El trayecto hasta el McAuto transcurre sin incidentes notables. Saskia se pide un menú cuarto de libra más una hamburguesa adicional, y las demás nos contentamos con un café y unos McPops de chocolate. Nos dirigimos a la ventanilla de recogida, donde la chica de la garita nos alarga un par de bolsas de papel. Después, tomamos de nuevo rumbo hacia la carretera. Agustina rompe el silencio típico que se crea cuando uno bebe y come y piensa en lo rica que está la comida del McDonald's, por Dios.

—¡Perdón, perdón, perdón! —se disculpa tras salpicar de café el asiento trasero—. No me miréis así. ¿A qué bobo se le ocurre tapizarse el coche de blanco roto?

—Esto es como las casas —nos alecciona Ivana con la boca llena—. Tiene que notarse que alguien vive en ellas. Tanta pulcritud no es sana. A lo mejor nos hemos montado en el coche de

un psicópata.

—¿Lo qué? —Saskia engulle su último bocado de carne y pisa por enésima vez las bandas rugosas del arcén a su derecha. Es admirable la capacidad que tiene para atraer a todo tipo de peligros. No me extrañaría que de un momento a otro decidiera echarles un pulso a los muros de contención de la autopista.

Un cuarto de hora más tarde llegamos a Badalona. Acabamos de divisar la parada de metro de Pep Ventura y el GPS nos indica que giremos a la derecha, así es que le hacemos caso y nos introducimos en una calle estrecha. Volvemos a girar a la derecha, bordeamos varias tiendas y hasta un mercado, y enseguida divisamos un hueco en la zona azul. Ivana ha hurgado en la base de datos de empleados y nos ha conseguido la dirección exacta de Pelayo. No es que sea del todo ético. De hecho, podría demandarnos. Le quito hierro al asunto e intento convencerme de que el fin justifica los medios. No vemos su coche por ningún lado, pero imaginamos que debe de guardarlo en garaje o quizás lo suela aparcar en alguna zona de libre acceso que solo los residentes deben de conocer. También cabe la posibilidad, claro está, de que ya haya salido, pero si su cita es a las doce, a menos que tenga que desplazarse a Sevilla, hemos llegado con el tiempo suficiente.

Aparcamos a la primera, para que luego digan que a las mujeres no se nos da bien la carretera. Agustina nos ha traído, como era de prever, además de los Cheetos, cientos de kilos de magdalenas para nosotras, y varias bolsas de pipas. Como es la única que tiene niños, está más que acostumbrada a preparar todo lo imprescindible para picnics y excursiones.

—¿Tú crees que el amigo de Rubén llevará en el maletero alguna botella de Coca-Cola? No me cabían en la moto —se excusa Agus.

Ivana abre una bolsa de pipas y comienza a descascarillas.

Saskia observa a los transeúntes y saca la cabeza por la ventanilla para cerciorarse de que no hay moros en la costa. Luego, me pide el bolso que ha dejado a mis pies durante el viaje y se coloca unas gafas de sol y un pañuelo en la cabeza a lo Sofía Loren.

—Repasemos el plan, ¿estamos? —Todas respondemos a Ivana con un sí rotundo—. Bien. Se trata de seguir a los tres sospechosos e intentar recabar pistas que, por insignificantes que nos parezcan, pueden llevarnos a la resolución satisfactoria de este caso. Primero, y a petición de Álex, seguiremos a Pelayo.

—¡Y luego a mister Buenorro! —precisa Saskia, con palpable emoción.

—...que para eso estamos aquí —la ignora Ivana—. Mañana, de vuelta a la oficina, instalaremos los artilugios que hemos adquirido y que seguro nos ayudarán a obtener material de cotejo adicional.

—Y que le van a costar a mi madre mil *euracos* de nada —puntualizo.

—Mil pavos nos puede parecer caro, sí —replica Ivana—, pero ¿qué son mil pavos al lado de encontrar al cabrón que ha dejado embarazada a nuestra amiga?

Saskia y Agus asienten ensimismadas.

—¿Qué son mil pavos si los comparamos con la alegría de saber que ese feto va a tener un padre que le lleve al fútbol y le inicie en el arte de construir maquetas?

A mis amigas les brillan los ojos y puedo detectar un elevado grado de excitación en sus músculos faciales.

—¿Qué son mil euros cuando está en juego la felicidad de un niño??

—¡Aleluya! —grita Agustina y yo me siento totalmente desplazada ante lo que podría ser un espectáculo barato de sanación donde el predicador, desde su púlpito, está instando a una pandilla de crédulas a que se levanten y anden.

En estas estamos, cuando Agus nos da un susto de muerte.

—Por ahí sale, ¡agachaos! —Del sobresalto, Saskia derrama lo que le quedaba de su Fanta y se abraza al reposabrazos del asiento con los dedos impregnados en salsa de tomate.

—¡Síguele! —la apremia Ivana con potestad.

Lo que parecía una simple idea de locos, se transforma, en cuestión de segundos, en una peli de terror: Saskia se chupa los dedos y se seca el exceso de grasa en el vestido. Gira la llave. Me mira. Vuelve a girar la llave. Es obvio que no consigue arrancar el vehículo. Ivana empieza su sarta de improperios y nos amenaza con lanzar nuestros miembros descuartizados al río Besós. Todos nuestros sentidos están puestos en Saskia, cuando perdemos de vista a Pelayo, que en ese momento tuerce la esquina. Agus, que no está acostumbrada a trabajar bajo estrés, emite unos chillidos irritantes que se me clavan en las sienes y por un momento creo que voy a protagonizar el aborto espontáneo más estúpido de la historia, digno de las cien maneras más idiotas de morir.

—¡Mueve esta mierda! —le grita de nuevo Ivana—. Menudo saldo te han encasquetado. Aprieta el puto turbo, coño, ¡haz algo! La madre que nos parió.

—¿Quieres dejar de ponerme nerviosa? —Saskia ha conseguido arrancar el vehículo y ahora le da gas con fruición.

—¡Vamos, vamos, vamos! —insiste Ivana.

—Chicas, creo que el tubo de escape no está homologado —interviene Agus al reparar en la nube que se levanta de la parte trasera del vehículo.

Y al son de un «no me vengas con hostias ecologistas» de Ivana, perseguimos a Pelayo hasta su coche, le vemos subir, arrancar el vehículo, y poner rumbo a la Ronda del Litoral sentido Llobregat.

Ivana vapea y expulsa glicerina vegetal por la ventana. Agus está a punto de quedarse dormida con el traqueteo del coche.

Vivir es trepar por una escalera de infinitos peldaños. Solo lo sabios encuentran el rellano perfecto por el cual merece la pena dejar de subir y pararse a contemplar. No sé qué vamos a sacar en claro al final del día, pero, sea cual sea el resultado, ver a mis amigas desvivirse por mí me reafirma en la idea de que el viaje, solo por eso, ya ha merecido la pena.

16. El escenario del crimen: el hotel Arts

No somos una aurora boreal en medio de Laponia, ni la línea que describe un avión cuando surca el cielo: somos un artefacto peligroso sin la ITV al día que deja, a su paso, un reguero de dióxido de carbono fruto de la combustión de Dios sabe qué elementos junto con grasa de pollo.

Hemos abandonado la autopista y enfilamos una avenida ancha, paralela al paseo marítimo. Desde el asiento de atrás, Agus nos deleita con originales turbulencias de aire que van de sus fosas nasales a los pulmones. No debe de haber pegado ojo en toda la noche pensando, quizás amplificando, los momentos de la vida de sus hijos en los que no va a estar presente: el primer paseo en bici, la caída del primer diente. A esas edades, los logros son constantes y las horas flexibles como gomas de saltar. Puedes alargarlas, moldearlas. Jugar con el tiempo como con una peonza de vueltas infinitas. Porque eres niña y no existen los conceptos. El día es solo el tacto amable del sol en una sábana. La noche, el sonido de los grillos tras el atardecer. La felicidad, la mirada de aprobación de tu madre... Miro a Agus y pienso en lo legítimo que es seguir un camino tortuoso, agitado por las zarzas, para intentar ser un poco más feliz, aun si el destino resulta ser un desierto con el que una no contaba.

Ivana se muerde las uñas con la misma fruición con que una ardilla roería una bellota. Cuando me giro para comunicarle que tengo un hambre voraz descubro una montaña de cáscaras de pipas a sus pies.

—Daría lo que fuera por un bocata de tortilla —digo sin poder dar crédito a la basura que hemos acumulado a lo largo y ancho del vehículo: bolsas de ganchitos abiertas por las costuras, restos de lechuga embadurnada de mayonesa adheridos a la moqueta, churretes de café en la tapicería... Bajo otras circunstancias me avergonzaría, sin duda. Pero esta vez mi estómago, un agujero de arena fina por donde podría filtrarse un mar entero, me impide sentirme responsable y solo piensa en tragar lo que sea. No soy yo. Es mi espíritu de supervivencia.

Hurgo en la bolsa que ha traído Agus. Me como un ganchito que alguien ha dejado en el fondo, olvidado. Miro alrededor. Un envoltorio con media magdalena asoma junto a los pies de Ivana. Me deshago del cinturón. Estiro el brazo como una contorsionista. Con tesón, porque todo en la vida se consigue a base de testarudez, mis yemas rozan la masa de huevo y aceite de oliva, y mis dedos ya no son dedos, son las pinzas de un cangrejo. Arrastro con las uñas el papel con la magdalena y me la zampo de una tirada. Ivana me mira como si tuviese enfrente a un lémur de Madagascar. No sé por qué se sorprende. Debería estar acostumbrada a que casi siempre consiga lo que me propongo. A mi amiga le diría que la suerte es la cara amable de la perseverancia. Que no es la falta de talento para la escritura lo que la inmoviliza, sino su apatía. Si probase a desearlo todo como si le fuera la vida, si se diera cuenta de una puñetera vez de que cada segundo cuenta, de que para dar con su diamante debe bajar a la mina y pringarse la cara y tragar grisú todos los días... Pero ahora solo me queda energía para deglutir y pensar en lo tremendamente buenas que le quedan a Agus las magdalenas.

Llevamos varios kilómetros circulando a todo gas y el amasijo de hierros en el que viajamos se debate entre la vida y la muerte. Pelayo ha ido aminorando la marcha de forma paulatina. Le tenemos a dos coches de distancia, parado en un semáforo frente al antiguo cine Icaria. Saskia se aferra al volante como un niño a una piruleta. Mantiene los ojos fijos en la luz roja. La manzana

de Adán, el color de lo prohibido. Un grupo de ancianas cruza por el paso de cebrá en dirección a la playa. Sus chaquetas acolchadas, aunque no idénticas, revelan una misma época, una clase social, una forma de pensar. ¿Cuál es el color de la vejez? Me vuelvo y observo a mis amigas. Excepto Saskia, todas vestimos de negro aburrido. Prefiero no confesarles mi descubrimiento: que se avecina un futuro negro, el color que suprime todos los colores.

Arrancamos de nuevo y enseguida entramos en una rotonda del tamaño de una noria, cada una sumida en sus pensamientos. De pronto, el BMW de Pelayo acelera sin previo aviso. Eso es jugar sucio, pienso, y empiezo a obsesionarme con la posibilidad de que nos haya reconocido. A lo mejor lleva rato burlándose de nosotras, riéndose a carcajada limpia dentro de su coche de asientos calefactables, mientras aquí aguantamos como podemos el suplicio de viajar en un vagón de tercera, sin accesorios tan básicos como unas olivas rellenas que alegren esta desabrida nevera.

Le hemos perdido de vista. Saskia no sabe qué hacer con el volante:

—¿Le veis?

—No jodas que se te ha escapado —ruge Ivana.

Saskia mueve la cabeza en todas direcciones. Más que una persona parece una gallina con TDA. Entramos en un estado de nerviosismo difícil de describir.

—¡Es tu puta culpa! —grita Ivana.

—Ah, ¿sí? —responde Saskia, cuyo mosqueo no nos pasa desapercibido—. Te invito a que te instales un rato aquí delante, lista. Veríamos cómo de bien aguantas la presión.

—No puedes ir por la vida engañando a la gente.

—¿Perdona?

—Dices que te han llamado de una agencia de modelos para ofrecerte una beca. Que este verano te has ido en *jet* privado a Isla Margarita. Nos podrías haber dicho que este coche era una porquería. ¿A quién crees que engañas? Baja de esa nube en la que vives. No puedes gustar a todo el mundo. No intentes gustar a todo el mundo.

—Vaya, muchas gracias. Haré como tú: fingiré que no tengo sentimientos.

—Y no los tengo. ¿Te juegas algo?

—No eres tan distinta a nosotras como te crees.

—¡Ahí está! ¡Písale! —digo, un poco descolocada por la conversación.

El BMW de Pelayo ha girado por una calle que queda a nuestra derecha. Saskia acelera con una brusquedad inesperada, no sé si a raíz del comentario de Ivana o por pura iniciativa. Noto cómo mi cráneo choca contra el reposacabezas del asiento. Busco con cierta incredulidad el botón del turbo que debe de haber oprimido mi amiga, porque de otro modo ¿cómo se explica que esta carraca ande, de repente, batiendo récords de velocidad? Me embarga la sensación de estar rodando por el asfalto de Montmeló. Nos jugamos la pole position. Somos Andy Green rompiendo la barrera del sonido.

—¡A la derecha! —grita Ivana.

Y pasa lo que no tendría que haber sucedido nunca.

Acabamos de meternos en un callejón sin salida. Y tenemos a Pelayo a escasos metros de nosotras. Con una habilidad pasmosa, Saskia se para en seco y enseguida da marcha atrás. Pero ya es demasiado tarde: acabo de reconocer el logo de un Lamborghini a escasos metros de nuestro trasero. Y aquí termina nuestra aventura. Gracias a todas por haber participado. Yo nunca quise morir en el parking del hotel Arts.

—La cuadratura del círculo —se mofa Ivana—. El hotel donde, según todos los indicios, concebiste a tu proyecto de bebé. Tiene guasa.

—Chicas, no puedo recular. Tengo un coche pegado al culo.

¿Nos habrá reconocido? Sin duda sería un buen momento para tragar saliva, porque el morro de nuestro coche se encuentra casi rozando el maletero de su BMW. No quiero resultar pesimista, pero juraría que nos ha descubierto. Podría denunciarnos. ¿Perseguir a alguien es delito? Me giro en dirección a mis amigas en busca de consuelo. Ivana levanta la ceja izquierda y eso solo significa una cosa: que está todo perdido. Busco los ojos de Agus, pero sigue abonada al quinto sueño y ajena al espectáculo, durmiendo como duermen los bebés felices. La señorita Amapola y Lisbeth Salander conviviendo en armonía en la parte trasera de un coche prestado. Pero no es más que un intento infructuoso de mi mente por desviar la atención del foco de la tragedia. El corazón me golpea tan duro que al próximo latigazo saldrá disparado a través de la ventanilla. Describiré una curva elíptica y desnucará a algún transeúnte. Y yo terminaré en la cárcel por homicidio imprudente. Porque, claro, me habrán trasplantado un corazón nuevo. Y allí, en una celda fría y apestosa, pariré a mi bebé y me dejaré por fin de búsquedas de padres que no merecen ser encontrados, y de peñazos de amigas que me meten en líos tremendos de los que luego no saben sacarme.

Pelayo se apea del coche.

—Flor, te hago saber que estamos jodidas —me informa Ivana de forma retórica.

Pelayo saluda a uno de los aparcacoches, que ha salido disparado al ver entrar nuestro armatoste, pero frena en seco al reconocerlo y le esboza una sonrisa. Luego se estrechan la mano con palmadita en la espalda incluida. A juzgar por su apariencia, aparcacoches número uno debe de rondar los veintipocos. Mientras charlan, me pregunto cómo se sentirá el gas butano en el interior de una bombona susceptible de explotar de un momento a otro.

Aparcacoches número dos, un morenazo calvo y musculoso, se dirige hacia nosotras. Se aproxima con el ceño fruncido, pero una vez enfrente nos muestra su cara más seductora y hace ademán de abrirnos la puerta. Con un movimiento rotundo de izquierda a derecha, agitamos el dedo índice al unísono, como verdaderas campeonas de natación sincronizada, y le indicamos que «no, gracias», que sabemos aparcar solas. Tras encogerse de hombros e indicarnos la zona donde debemos estacionar, se encamina hacia el coche de Pelayo. Arranca el motor. El universo nos ha perdonado la vida.

—Necesitamos un plan —anuncio.

Contamos a lo sumo con dos o tres minutos para demostrarle al mundo, y a nosotras mismas, que no somos unas palurdas con cerebro de mosquito. Que podemos no fastidiarla si nos esforzamos. Saskia aparca con destreza.

—¡Ya lo tengo! —grita, y nosotras recibimos su voz con esperanza—. Hemos venido a peinar a la del Lamborghini. ¿Alguien lleva unas tijeras? —Negamos con la cabeza—. ¿Un peine, por lo menos?

Negativo.

Ivana blasfema en silencio con un movimiento sutil de los labios, moviendo la cabeza horizontalmente de un lado a otro. A mí la idea no me parece tan absurda. Seguro que en un principio las grandes teorías pudieron resultar inverosímiles. Y mira ahora, a nadie se le ocurriría poner en duda que la tierra gira alrededor del sol.

En el momento más inoportuno, Agus alza los brazos por encima de su cabeza y se despereza en su asiento.

—¿Bajamos o qué?

Todas la increpamos con un «shhhht, agáchate». Sus mofletes son estrellas atrapadas bajo los carrillos, chispas que pujan por salir del pedernal.

Pelayo sigue charlando con aparcacoches número uno y, de vez en cuando, lanza miradas fugaces en nuestra dirección. ¿Nos habrá reconocido? No nos queda más remedio que esperar a que suceda lo inevitable. Confecciono mentalmente el menú de mi última cena. Será un confit de pato con chutney de berenjena y un tiramisú de plátano. Marchando.

Pero no es mi hora. Pelayo se ha despedido con un apretón de manos del joven aparcacoches y se ha dirigido sin dilación hacia la entrada del hotel.

Salimos pitando detrás de ellos.

—¿Habéis visto lo moreno que está el calvo? —repara Saskia.

—Claro. Habrá pasado unos días en Isla Margarita. Como tú.

Saskia se recoloca el pañuelo y opta por no decir nada. Empiezo a plantearme si será verdad que Ivana no tiene sentimientos. Mientras andamos, me pregunto qué me une a una ninfómana disfrazada de artista italiana, a una monja reconvertida en chica playboy y a una punk con muy malas pulgas, y si no será ese el tipo de amigas de las que huyen los demás mortales, a menos que anden hasta arriba de alcohol o atraviesen una crisis de identidad, claro.

—A lo mejor el padre de tu hijo es un jeque árabe. ¿Te imaginas navegar a bordo de un yate de lujo, descubrir playas vírgenes, hacer el amor sin descanso en alta mar, pedir mesa en lo alto del Burj Khalifa para el viernes a las diez? —Saskia ha recuperado su papel de mujer fatal. La vida debe de resultarle demasiado triste para vivirla en calidad de ella misma. La he visto entrar en su armadura. Modificar los gestos de su cara. Inventar un papel que le permite parecer ajena a lo que las demás pensemos de ella.

—Pues yo me juego cien pavos a que te has quedado preñada del Capitán América —opina Ivana.

Y yo me juego otros cien a que este tío ha venido aquí a perpetrar su segundo crimen. Si es que conmigo cometió el primero. Joder, ¿te imaginas que soy la ciento trece de sus conquistas?

Entramos en el hotel. Subimos en ascensor hasta la primera planta. Al pisar el vestíbulo me embarga una sensación de *déjà vu*.

—Estuve aquí. Lo recuerdo —digo nada más traspasar el umbral.

—Evidentemente, cielo. Cómo no vas a haber estado aquí si te despertaste en este hotel tras agarrar la borrachera más grande de tu vida.

Agustina es de esas personas que te sueltan obviedades con una seriedad tan pasmosa que es difícil reconocer si lo piensan de verdad o si intentan tomarte el pelo.

—Es obvio que estuve —me defiendiendo sin dejar de buscar a Pelayo con la mirada—, pero es que «noto» que de verdad estuve.

Los sillones frente al ventanal están repletos de huéspedes que portan tarjetas identificativas colgadas de una cinta roja. Todos parecen mantener conversaciones de lo más trascendentales mientras engullen canapés variados. Por su acento no hay duda de que son norteamericanos.

—¡Ahí le tenéis, disimulad! —nos alerta Agus.

Pelayo está charlando distendidamente con un hombre en un pasillo a la derecha de los ascensores. Los dos van trajeados. Pelayo viste americana gris y el otro va de azul. No sé qué demonios se le ha perdido en el hotel, pero no creo que sea del todo casual que haya vuelto al lugar de los hechos. ¿Y qué hace vestido de gala? ¿Irà a una boda? ¿¿A «su» boda???

Ivana nos alienta a mezclarnos con nuestros vecinos de ultramar para que no se percate de nuestra presencia. Corremos hacia los sofás con la cabeza gacha, evitando llamar demasiado la atención. Wow. Bandejas repletas de comida caliente se abren paso entre la muchedumbre. No quiero perder de vista a Pelayo, está claro, pero siento un impulso irrefrenable que no me deja pensar más allá de mis jugos gástricos. Me dirijo hacia una mesa del rincón y arraso con los

montaditos de salmón y las croquetas de gambas. Pronto se incorporan un chico joven con el pelo recogido en una coleta y un tipo de dos metros de alto por otros dos de ancho.

—Joe, Matthew —leo en sus cartelitos respectivos—, me llamo Álex. *Nice to meet you*.

El grandullón de Joe me mira con deseo, aunque sin conocer a Joe es difícil concluir si esa es una forma obscena de mirar. Quizás el pobre me mira tan bien como sabe. «*A pleasure to meet you*», dice, y me tiende una mano gigante para que se la estreche.

—¿Cuánto tiempo llevas en el grupo? —pregunta con acento neoyorquino.

El abominable hombre de las nieves luce dos redondeles de sudor bajo las axilas. No tengo ni idea de a qué grupo de refiere, pero lo que está claro es que se trata de una convención. Tampoco reconozco las siglas de la tarjeta. Podría tratarse de una congregación de los amigos del rifle. O de un congreso de medicina vascular. Me pregunto si G.I. Joe encontrará guantes de su talla.

—Cinco años —replico mientras me introduzco un triángulo de Idiazábal en la boca.

El tipo alza una ceja.

—¿A lo mejor fueron tres? —Rectifico con toda la seguridad que soy capaz de transmitir, o sea nula.

Intento localizar a mis amigas, pero al único que consigo atisbar es a Pelayo, que sigue enzarzado en su conversación. Por suerte, Matthew le formula una pregunta al grandullón de Joe y yo sigo con mi plan de no dejar plato con migaja mientras observo los movimientos de Pelayo, que ahora se recoloca la camisa. Él y el hombre del traje azul se dirigen hacia los ascensores. Yo me despido del gigante del cuento de las habichuelas y me apropio de tres o cuatro croquetas de jamón. Lo más peliculero hubiera sido correr hasta que las puertas estuvieran a punto de cerrarse y colarme dentro haciéndome la italiana, o la rusa, pero no tengo con qué cubrirme el rostro y, encima, no veo a estas inútiles.

Fenomenal, le hemos perdido.

Las tres mosqueteras están hablando con la chica del mostrador. Alcanzo a oír la última frase.

—Una habitación para dos en la planta veinticuatro, por favor.

—¡Le hemos perdido! ¿Y ahora qué? ¿Se puede saber para qué queremos una habitación?

Ivana me alarga el brazo y me tiende su palma derecha hacia arriba, con un gesto universal que significa «pagas tú». Yo le devuelvo un gesto universal que significa «y un cojón y medio», así que saca su tarjeta corporativa.

—Debe tratarse de algún problema con la red de su banco —determina muy educadamente la chica detrás del mostrador, aunque nos mira con cara de suficiencia, como si pensara que somos impropias de este hotel. Me apetece preguntarle si sabe quién soy, quién es mi madre, me dan ganas de inventarme que figuramos en la lista Forbes. A lo mejor me ha visto vaciar las bandejas de aperitivos, qué vergüenza—. ¿Tiene usted otra tarjeta?

No, no tenemos más tarjetas. ¿Ya nos hemos pulido dos de los grandes? ¿Cómo ha podido suceder? Le digo a Cindy, bandera de Canadá, idiomas inglés y francés, que ahora volvemos e invito a mis amigas con un gesto de cabeza a que me acompañen.

—Os habéis pulido toda la pasta. A ver cómo salimos de esta.

—*Chilax* —dice Ivana, que vive en su puñetero mundo.

Decidimos mezclarnos disimuladamente con un grupito de americanos de cuyos cuellos cuelga la famosa cinta roja. Se encaminan hacia los ascensores. Hemos perdido a Pelayo. Solo espero que estas *cracks* tengan algún plan «B». Y del bueno.

Los susodichos hablan de lo duro que ha sido llegar hasta este día, del sufrimiento, el

divorcio, la incompreensión de la familia, la pérdida del trabajo y, justo cuando están a punto de cerrarse las puertas, se cue la Gulliver Joe. Ivana aprieta el número veinticuatro. Joe me pregunta que cómo es posible que lleve tantos años en el grupo sin lograr superar mi adicción y si no sería un buen momento para replantearme una terapia de choque. Yo asiento a todo lo que me dice y niego con la cabeza cuando creo que debo hacerlo. Llegados a la vigésima planta, el titán de Joe me agarra entre sus brazos, acerca mi esternón a su barrigota y me introduce su número de teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón. Puaj.

Nos bajamos en la planta veinticuatro, la de mi noche fatídica. Obviamente, no hay ni rastro de Pelayo. Saskia se ofrece a explorar los pasillos piso arriba piso abajo en su búsqueda y nosotras nos encargamos de montar el campamento base al final del pasillo. Reconozco esta planta como reconoces una cara que has visto antes y a la que no puedes dar nombre.

—Flores, si os perdéis o sois abducidas por un ovni convendremos aquí en cuarenta y cinco minutos. ¿Estamos?

Todas respondemos que sí. En ese momento, una chica muy bajita y uniformada sale de una de las habitaciones a nuestra izquierda con una camarera repleta de bebidas y platos del desayuno. Durante unos instantes me permito la licencia de otear a través de la puerta entreabierta. Al ver la decoración no solo sé que estuve ahí esa noche. También sé que pasó algo demasiado trascendente que mi mente se empeña en desterrar a toda costa. Me invade una sensación desconocida. Es como volar en avioneta. Subirse a lo alto del Empire State y creerse la dueña del universo. O flotar por primera vez sin manguitos y creerte inmortal. ¿Qué está pasando? ¿Por qué experimento una felicidad desbordante? ¿Y por qué no recuerdo nada de esa noche?

Agus está interrogando a la chica del uniforme. De su bolso extrae un objeto que es una burda imitación de un número de placa policial. Debe de habérselo robado a uno de los gemelos. «¿Vino a trabajar el segundo fin de semana de febrero?» Positivo. «¿Vio a una chica como la que tiene enfrente en la habitación que queda al final del pasillo?» Negativo. «¿Pasó algo extraño en la planta veinticuatro?» Negativo. A partir de ahí Ivana toma las riendas y nos lanza señas para que mantengamos el pico cerrado. «¿Es consciente de que puede ser enchironada por obstrucción a la justicia si oculta algún dato crucial para la resolución del caso?» Negativo.

—¿Ha habido algún asesinato? —titubea la chica.

—No. Pero no puedo darle más detalles. Es información confidencial. —Ivana parece una poli de verdad.

—La segunda semana de febrero... —La chica nos mira como si no las tuviera todas consigo, pero decide colaborar—. Esa semana la recuerdo. Hubo una pelea entre tres hombres. Hacía mucho tiempo que no sucedía nada igual.

—¿Tres? —Ivana nos mira con disimulo. Está claro que disfruta con el interrogatorio. No es difícil imaginarla con un artilugio de tortura en las manos, a punto de arrancarle una uña a la pobre chavala.

—¿Estatura?

—Metro ochenta, señora.

—¿Los tres?

—Sí, eran más o menos iguales.

—¿Trillizos?

—No, me refiero a la altura, señora.

—¿Qué pasó?

—El rapado se peleaba con el del flequillo. Un tercero, más rubio, intentaba mediar entre

ellos.

—¿Vio si alguno se metía en la habitación que tiene a sus espaldas?

—No lo recuerdo bien.

—Pues haga memoria.

—Está bien... —No sé si se ha tragado que somos polis, pero si no lo ha hecho lo disimula bastante bien—. Sí, uno de ellos entró.

—¿Podría indicarme si alguno de los hombres a los que vio está entre estas fotografías?

No fastidies. Ivana se ha traído impresas las fotos de los sospechosos. No hay nada como trabajar en Recursos Humanos y tener acceso a todo tipo de información confidencial.

—Los tres. Juraría que vi a los tres. Lo recuerdo porque el moreno se parecía a Chayanne. El rubio, a David Beckham, y el del flequillo a... cómo se llama....

—¡Andrew Garfield! —interrumpo.

—¿Cómo?

—Da igual —prosigue Ivana—. ¿Qué hacía usted a esas horas de la madrugada?

—Mi marido libraba más o menos a esa hora. Tenía un permiso especial. Él trabaja aquí también, ¿sabe? Íbamos a una fiesta. Por culpa del altercado llegamos tarde.

—¿Qué hacía su marido en la planta veinticuatro?

—Servicio de habitaciones. Subía una botella de champán.

—¿Moët & Chandon?

—No sé.

—¿A la habitación en cuestión?

—Sí, exacto.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Son muchos años de experiencia, señora.

—¿Qué hora sería más o menos?

—Pasadas las dos de la mañana.

—¿Cuál de estos individuos entró en la habitación?

—Creo que Chayanne. Sí, definitivamente fue Chayanne.

—¿Puede señalarlo en estas fotos?

La chica señala a Jorge. Ivana y Saskia me miran. La historia se complica. ¿Qué significa todo esto? Entonces, ¿es Jorge el padre de mi bebé??

—¿Siguió usted en la planta veinticuatro?

—Bueno, verás, acompañé a mi marido hasta la habitación. Al ver la pelea, no quise perderme detalle... por si luego salía en los periódicos, *ya usted sabe*. Alguien había reservado todas las habitaciones de esa planta. Pensé que se hospedaba una *celebrity*. Yo soy muy fan de Madonna.

—¿Y era verdad?

—No, señora, Madonna no se encontraba en el hotel.

—Que si era verdad que toda la planta estaba reservada.

—Sí, sí, eso sí es verdad.

—¿Y sabe a nombre de quién?

Bueno, no sé si debo, ¿sabe? Esa información es confidencial.

—No hay información confidencial que valga para la policía.

Por primera vez, la chica del uniforme repara en nuestras pintas y frunce el ceño.

—No se deje llevar por las apariencias —se apresura a matizar Ivana—. Vamos de incógnito. Si quiere podemos terminar esta conversación en comisaría.

Tras una pausa que a mí se me antoja eterna, la chica de poca fe decide darnos una oportunidad. A nosotras. A tres pseudoinvestigadoras de pacotilla. Me entran ganas de explicarle que lo de la cárcel no iba en serio, pero sigo con la farsa.

—Espere. Llevo el nombre apuntado en el móvil.

Ivana me mira y arquea la ceja cándida, la de la esperanza.

—¿Hizo eso por algún oscuro motivo?

—No, señora, quería saber si se trataba de algún personaje famoso, fue simple curiosidad. Estuve *platicando* con mi marido y los dos buscamos por Internet, pero el nombre no se correspondía con nadie del mundo del espectáculo. Una lástima, la verdad.

—¿Y cómo consiguió ese nombre?

—Se lo supliqué a mi marido. Ahora me arrepiento. Si no hubiera sido tan curiosa nada de esto me estaría sucediendo. Él tiene buenos amigos en la recepción. Siempre *platican* sobre las famosas que visitan el hotel.

Agus se impacienta:

—No se preocupe. Puede confiar en el cuerpo. De policía, claro. —Es obvio que no tiene muy por la mano la jerga policial, pero por lo menos lo intenta.

La chica mete la mano en el carrito y extrae un móvil de su bolso de mano.

—Lo llevo por si hay alguna emergencia. Tengo un niño de cinco años. Se llama Ricky. Como Ricky Martin.

Vaya por Dios.

—Aquí lo tengo. Es un nombre extranjero. Lo llevo conmigo por si algún día sale en las noticias. Hago colección de las personas famosas que pisan el hotel.

—Será de sus autógrafos. O de sus fotos.

—No, no. No nos lo tienen permitido. A mí me basta con saber que han pasado aquí la noche. También colecciono la primera frase que oigo en cuanto comienzo mi jornada. Llevo anotadas algunas muy graciosas. Tengo pensado recopilarlas en un libro. Se titulará: *Las frases de las siete en punto*. Aunque yo nunca comienzo a las siete.

Madre mía. La excéntrica de Lady Gaga a su lado es una principiante.

La chica saca una libreta de Jordi Labanda y copia el nombre de la famosa en una página en blanco, que luego arranca. Ivana se la quita de las manos. Le damos las gracias y nos marchamos hacia el fondo del pasillo.

Ivana echa un vistazo al papel. Sus muecas la delatan. Parece haberse topado con el fantasma del palacio de Linares. Estruja el papel entre sus manos.

—Desmontad el campamento. Y buscad a la palurda de Saskia —dice muy seria—. Nos vamos.

—¿Y qué pasa con Pelayo? ¿Es que acaso no vamos a buscarle? —pregunto atónita.

—Esto es más grave de lo que te imaginas. Ya tendremos ocasión de perseguirle en otras circunstancias —zanja Ivana.

—Pero es que yo quiero saber qué demonios hace aquí. Y con quién ha venido. ¡A un hotel no se viene a echar una partida de mus! —le grito sonando desesperada.

—Cierto. A un hotel a lo que se viene es a echar un polvo. Y no creo que a Pelayo le haga mucha gracia que le pillemos infraganti —zanja Ivana.

La idea de Pelayo echando un polvo con Pocahontas me desconsuela. Dejo caer los hombros. Me siento totalmente abatida. Ojalá estuviera aquí mi padre para llevarme con él a la isla de los pájaros o a la Conchinchina.

~ ~ ~ ~

Hace días que le hablo a una barriga. Que cuento el futuro por semanas. Que he dejado de pensar en mamá para pensar en la vida.

Me odio por haberla sustituido por un agujero negro en una ecografía.

17. Una noticia inesperada, no, lo siguiente

Desmontamos el campamento base, que es un decir, porque ni hemos montado ni desmontado nada más que nuestros bolsos, y nos dirigimos hacia los ascensores. Extraigo el móvil de uno de mis bolsillos y busco a Saskia entre mis contactos. No quiero dejar mensaje, gracias. Vuelvo a llamar. Me duelen hasta las uñas de los pies. Tengo ganas de vomitar. A lo mejor es preeclampsia. A algunas embarazadas les sucede. La vida es demasiado jodida como para encima morir con estas pintas en un descansillo del Arts. A la tercera reconozco su timbre de voz. Que está en una sala de convenciones. Que no me oye con el ruido de fondo. Que es una fiesta con gente «muy guay». Que ni rastro del Capitán América.

Cuelgo. Por qué será que me lo temía.

Después de varios minutos, y no sin ayuda de más de un empleado, damos con el salón en cuestión. Sigue a rebosar de gente «guay». Tras breves segundos de adaptación a la luz de los focos, divisamos a Saskia en una mesa con bebidas. Conforme nos acercamos, comienzo a darme cuenta del error de haber dejado a Saskia sin supervisión.

—Esta lleva un pedo que lo flipas —nos alerta Ivana, y Saskia no tarda en confirmar nuestras sospechas.

—Álex, chicas, *yuhu*, ¡estoy aquí! ¡*Aloha*! Tómate lo que quieras, ¡invita George Clooney!

Saskia se descojona y señala en dirección al tipo que tiene a la derecha y que, dicho sea de paso, no se parece en nada al protagonista de *Ocean's eleven*. Consulto el reloj y me pregunto cuánto puede llegar a beber en media hora un ser humano, que es justo el tiempo que nos hemos demorado en llegar.

Tenemos suerte de que Ivana resulte implacable cuando se lo propone, porque agarra la bebida de nuestra amiga con un movimiento brusco y se la regala al chico de la derecha. Nuestra ninfómana preferida, medio a rastras, le mira y le dedica un «Clooney, quiero un hijo tuyo». Ivana le propina una colleja para devolverla al plano de la realidad.

Salimos al pasillo. Nos blandimos en retirada. Echo un último vistazo a la sala antes de que se cierre la puerta, por si hubiera alguna de esas bandejas con algún canapé de tortilla abandonado pidiendo ser engullido. Avanzamos unos metros hacia los ascensores. Una de las habitaciones se abre, pero vuelve a cerrarse de golpe. Con lo que se topan mis ojos me deja impertérrita. Ahí estaba él. Solo han sido unos segundos, pero le he visto hablando de una forma animada con la imbécil de Pocahontas. Ella se mordía sus morros prefabricados y se retorció el pelo azabache, mientras le escuchaba. Mi mundo se desmorona.

—¿Es que no hay más mujeres en el mundo, joder?

Ivana me mira sin comprender.

—Están ahí dentro —digo. Ivana levanta la ceja izquierda.

La puerta se abre de nuevo lentamente. Se oyen voces, pero ninguno tiene prisa por salir.

—¡Vienen hacia aquí! —susurro.

—¿Qué viene quién? ¿Clooney? —Saskia se ríe y gruñe como un gorrino.

—¡Sácala de aquí! ¡Obedece! —le ordena Ivana a Agus, comprendiendo la gravedad de la situación.

Las cuatro corremos hacia el fondo del pasillo. Agus se lleva a Saskia por la escalera de

incendios. Ivana y yo nos agazapamos en la esquina a observar sus movimientos. Cuando salen, toman el mismo camino que nosotras y está claro que no tenemos escapatoria. Habrá que meterse en las escaleras. De repente, frenan en seco. Parece que han olvidado algo en la habitación. Descorren el camino y cuando están a punto de entrar, Pocahontas le abraza. Se miran con ojos exultantes. Están plétóricos por la emoción. Un momento. ¿Será virgen? ¿Será virgen y estará dispuesta a entregarse por primera vez a Thor, el Dios del Trueno?

—Esto es una tragedia...

—Cállate, que nos van a oír —ruge Ivana.

La puerta se abre y ambos desaparecen ante nuestros ojos.

—Voy a entrar a ver qué hacen... —Me levanto de golpe, pero Ivana me agarra del brazo.

—¿Estás loca? ¿Quieres que nos denuncie por acoso?

—Es que tengo que saber lo que está pasando ahí adentro.

—Flor, sabes de sobras «lo que está pasando ahí adentro» ... ¿Tan colgada andas de este tipo?

—¡Que me besó! —confieso sumida en un ataque de nervios—. ¡Joder, que me besó!

Mi confesión ha propiciado que Ivana me mire con ojos cándidos, reprimiendo quizá sus ganas de darme un abrazo, algo que va contra sus principios fundamentales y que yo estoy deseando por encima de todo.

—Larguémonos de aquí —dice al fin.

Volvemos a la recepción. En ese momento nos cruzamos con Mazinger Joe. Me hago la despistada, no estoy para monsergas, pero Joe me agarra del brazo.

—He estado pensando —dice mientras sostiene mi mano entre las suyas—. Yo tampoco lo he superado, ¿sabes? Intentas engañarte, que si consumir sexo por Internet no es malo, que si pasarse el día navegando y viendo obscenidades no es engañar a nadie... Todos tenemos obsesiones. ¿Me das tu *nickname*?

Despego mi mano de las ventosas de Joe, pero enseguida me la vuelve a asir, esta vez con más fuerza. De pronto caigo en la cuenta. «Adictos al Sexo por Internet», por sus siglas en inglés. Me he quedado sin habla. Esa mano debe de haber tocado sitios de cuerpos humanos que yo ni siquiera sé que existen. Noto una convulsión en el estómago. Llevo mucho estrés acumulado. Todo va tan rápido. Es inevitable. El tipo no me suelta. Intento separarme. Se lo ha buscado. Le he potado encima.

Joe se echa para atrás y me mira sin rencor. Se limpia con un pañuelo. Me lanza un beso sonoro con grandilocuencia y me dice:

—¡Llámame, *my friend*!

—Bueno, este no volverá a molestarnos más—vaticina Ivana—. Sentaos, tengo algo que contaros.

Todas le obedecemos y nos acomodamos en el suelo, en un rincón al final del pasillo que conduce a los ascensores del *hall*, apartadas de todas las miradas. Agus me alcanza unos clínex y un espray para el mal aliento. Yo de mayor quiero ir por la vida preparadísima como ella.

—Escuchad. Se confirma la presencia de los tres sospechosos en la escena del crimen. Pero hay algo más. Algo que debéis saber sobre la persona que alquiló la planta veinticuatro.

—No me digas que lo conocemos.

—Ligero error de género, flor. Se trata de una mujer.

—¡Pocahontas!

—¿Pocahontas?

Las caras de mis amigas son un cuadro. Me he vuelto a convertir en el extraterrestre de ojos

morados y antenas fosforescentes que todas ven en mí.

—¿Qué tiene que ver Pocahontas con todo esto? —pregunta Ivana.

No sé qué conexión han efectuado mis neuronas para que el ligue de Pelayo se haya colado nuevamente en mi hipotálamo, pero sigo demasiado aturdida para plantearme una respuesta.

Ivana va al grano, como es habitual:

—Fue Linda. Tu madre.

—¿¿Mi madre??

He oído bien, no hay duda. Me sentaría en el suelo si no estuviera ya sentada. ¿Para qué alquilaría Linda una planta entera del hotel en el que, por cierto, me quedé embarazada? ¿Cuál es su papel en todo este embrollo? ¿Guardan relación ambos hechos o son fruto del azar? ¿¿Cuál es la conclusión a la que se supone que debo llegar??

Me dejo caer hacia atrás y extendiendo brazos y piernas sobre la moqueta para facilitar la entrada de oxígeno. Mis amigas hablan, pero no las oigo. Un tic nervioso se apodera de mi ojo izquierdo, fruto del cansancio y del estrés. Pronto me consuelo: la vida está compuesta de trillones de casualidades, nosotros mismos somos frutos del azar. ¿Por qué no iba a ser esta una más de ellas?

El techo del Arts se me antoja altísimo. Alargo los brazos hacia el cielo. Aprieto con fuerza los ojos. Pronto caerá sobre mí un foco de luz purpúrea y levitaré ante los ojos impávidos de los presentes. Diré adiós a los malos momentos. Los buenos viajarán conmigo para siempre. Las manos de papá me agarrarán y me ayudarán a cruzar al otro lado. Mamá se reunirá conmigo en unos meses y será una madre bondadosa, como todas las que andan por el cielo. Por fin, la libertad.

La realidad supera la ficción

18. ¿Qué pinta mi madre en todo esto?

¿Qué necesidad tenía mi madre de alquilar en exclusividad la planta veinticuatro del Arts? ¿Por qué me metí en ese taxi? ¿Acaso me secuestraron? Recuerdo el sofá gris, las pantallas rectilíneas de las lámparas, los revisteros en el pasillo hacia la habitación... el resto de detalles, en cambio, escapan a mi consciencia: quién me llevó hasta allí, con quién me acosté. Porque tuve que acostarme con alguien. No creo en los milagros. No existen los milagros. Odio los milagros

Apoyo mi tarjeta en el lector de la puerta de entrada a la primera planta. Un sonido agudo me indica que he sido correctamente identificada. Avanzo por el pasillo como un alma en pena hasta mi cubículo. Una mirada rápida a mi escritorio me confirma que todo está en su sitio: mi taza del Starbucks; mi mariquita de la suerte; el torso de Wentworth Miller presidiendo mi mampara. Y sin embargo todo parece fuera de lugar. Lo de ayer resultó una verdadera pesadilla. No puedo pasar página. Mi mente se formula preguntas absurdas: «¿Cómo hice para no ahogarme en el líquido amniótico? ¿Puede uno llorar debajo del agua? ¿Le dije alguna vez a mi madre que la quería?»

Monto guardia desde mi escritorio. Ni rastro de mis amigas. Se supone que ya tendrían que estar aquí. Mientras llegan, reflexiono sobre mi futuro en esta empresa cuando mamá no esté.

Forcejeo con la llave de mi escritorio. Tiro suavemente del primer cajón. Nada. Tiro del segundo como si quisiera arrancarle un colmillo a un elefante. Me levanto y le pego una patada al tercero, que no tiene ninguna culpa, pero es que la vida es injusta incluso para los cajones de oficina. Los chicos de mantenimiento deben de haberme encargado un bombín de oro con diamantes, de otra forma no entiendo cómo es posible que este chisme siga atascado tras varias semanas. ¿Habrá contratado Linda a una cuadrilla de birmanos que no entiende mis mensajes? Al contrario de lo que la gente se cree, ser la hija de la jefa no conlleva privilegios al alcance de una minoría selecta. No es que me considere una esnob, ni siquiera soy de derechas, pero, hombre, si tienes en tu lista de incidencias a la única heredera del imperio en el que trabajas, hazle un poco la pelota, atiende a sus necesidades, arrégla de una puñetera vez los malditos cajones.

Me asomo al pasillo. ¿Dónde se habrán metido estas petardas? Avanzo un par de filas. Me entretengo con los millones de clips que se arraciman en un bote imantado sobre uno de los escritorios por los que me cruzo. Recoloco unos libros que han ido perdiendo verticalidad con el paso del tiempo. Cada cubículo es único y yo siento un impulso irrefrenable por curiosear en cada historia. Tras las averiguaciones de ayer, un tumulto de emociones se agolpa a las puertas de mi cerebro en busca de respuestas. Cualquiera en mi lugar estaría, como yo, comiéndose la cabeza por saber qué tiene que ver mi madre en todo este embolado y qué narices hacía Pelayo con Pocahontas en el Arts, aunque parece mentira que a estas alturas todavía me niegue a reconocer que estaban revolcándose con sus cuerpos sudorosos, babeándose el uno al otro. Puaj, por favor. ¿Y qué hay de nosotros? ¿Por qué me sigue invitando a copas y cenas de mierda? ¿Se puede ser más ruin? ¿Qué pretende, destrozarme la vida?

Diez minutos de reloj. Entre quedarme de brazos cruzados o fisgonear en la vida privada de Pocahontas, me inclino por lo segundo. Miro en todas direcciones. Cualquiera diría que estoy instalando una bomba de alta precisión, aunque ganas no me faltan. Me sudan las manos. ¿Se

puede saber de qué tengo miedo? Sentarse en una silla ajena no tiene nada de ilegal. Compruebo la comodidad de su asiento. Manoseo sus pertenencias: un buda blanco de la India, un frasco con arena de algún desierto, un bolígrafo con plumas violetas, una taza de Betty Boop impecablemente limpia. Menuda cursi. Una vez traspasados los límites, ya no hay quién me detenga. Como buena investigadora, huelo su interior para indagar si es más de té o de café. El mundo se divide entre los amantes del té y los adictos al café, de igual modo que hay gente de perros y gente de gatos. Todo el mundo lo sabe. Vaya, un breve vistazo a su mesa me basta para inferir que es más felina que perruna. El reportaje de un gato compartiendo varias situaciones cotidianas pegado con Blu-Tack a su mampara lo deja bien claro. No sabría decir si es siamés, de angora o un olanguito. Los gatos nunca han sido mi fuerte. Hojeo sus papeles. Nada que resulte comprometedor. Una lástima. Podría haberla chantajeado para sonsacarle qué le une a Pelayo Ruiz Pulido. Sentarla en el banquillo de los acusados:

—Que suba Pocahontas al estrado.

—¿De qué se me acusa, señoría?

—Responda. ¿Dónde la besó el sospechoso por primera vez? ¿Conoce ya a sus padres? ¿Se han acostado muchas veces? ¿Es bueno en la cama?

Casi sin darme cuenta escribo un insulto en el folio en blanco que corona la bandeja sobre su escritorio. Luego lo estrujo y lo deposito en la papelera de su vecino de mesa para no dejar constancia del delito. A veces hasta me doy miedo de lo absurda que resulto. Me trae sin cuidado lo que hagan con sus cuerpos. Que se enrollen. Que se juren amor eterno por el rito zulú. Allá ellos con su conciencia.

Sale luz de la oficina de mi madre. No sería la primera vez que se pelea con Jota y se instala en el despacho a primerísima hora. En otra ocasión casi me hubiese alegrado. Pero esta vez es distinto. Después de nuestro viaje a Holanda, y a pesar de sus innumerables defectos, he comenzado a tomarle cierto cariño. Como a un hermano, se entiende. A lo mejor juzgamos a las personas con demasiada rigidez. ¿Quién soy yo para sentenciar si alguien es bueno o malo para mi madre? ¿Acaso siento las carencias que ella siente? ¿He llorado sobre su almohada? ¿He sentido lo que ella necesita para morir feliz?

Me arrepiento de no haberla llamado ayer, en caliente. Haberle dicho: «Mamá, ¿de qué va todo esto? ¿Por qué te empeñas en complicarme aún más la vida? ¿Por qué eres tan obcecada? ¿Por qué no dejas que te ayude?». Estoy sopesando varias alternativas, entre ellas, mandarle una encuesta del tipo: «Usted ha alquilado recientemente varias habitaciones en nuestro hotel. Indique su grado de satisfacción con el servicio recibido. Ahora indique el motivo por el que reservó una planta entera. Esta última pregunta es obligatoria». Y aprovechar para añadir: «¿Queda dentro de sus planes ser abuela? Del uno al cinco, indique si le gustaría que su hija supiera que se está muriendo, en el caso de que se estuviera muriendo». Sin duda habría que retocarlo. Es solo un borrador.

Iba a llamar a Agus para avisarla del peligro que supone tener a mi madre pululando por la oficina, cuando la cabecita de mi amiga asoma por la puerta del despacho. Rota la cabeza en ambas direcciones. En el punto en que sus ojos se topan con los míos me lanza una señal para que me acerque sin hacer ruido. Ando de puntillas sobre un suelo enmoquetado, que es como ponerle un sello a una carta a franquear en destino, totalmente innecesario. Mentiría si dijera que no estoy nerviosa. En mi fuero interno, tengo la sensación de estar a punto de perpetrar un delito. Y de los gordos. Agus ha terminado con su trabajo y me mira satisfecha. Imposible no reparar en sus guantes de terciopelo negro con lentejuelas. Parece una asesina a punto de marcarse un charlestón.

—No entraba en mis planes espiar a mi madre —le recrimino—. ¿Era necesario? ¿Quieres acabar con tu carrera? ¿No tenías unos guantes más discretos?

—Guarda este cable. Haz algo por la patria. Y no dejes ninguna huella.

Agus se mueve por la sala con pericia, colocando todo en el sitio adecuado, asegurándose de que no quede ni rastro de su intrusión.

—¿Y cómo has abierto el despacho? —caigo en la cuenta.

—Ganzúas. —Agus me señala una cajita con unos alambres—. ¿Nos vamos?

Apago la luz. Mi amiga se entretiene unos minutos hasta que se oye el clac de la cerradura. Comprobamos que la puerta esté cerrada. A simple vista, nunca hemos estado allí. Y sin embargo acabamos de violar la convención de Ginebra. O el tratado de Tordesillas. O lo que sea.

—Te has pasado de la rosca.

—Bobadas. ¿Dónde está tu espíritu aventurero? Convertirse en madre no significa dejar de ser tú misma. Hay que arriesgar para vencer.

Y me lo suelta la misma que renunció a ser persona para convertirse en mártir a jornada completa. Muy ilustrativo.

—Agus.

—¿Qué?

—Que tengo miedo.

—Todo saldrá bien.

«Agus, ¿cuándo supiste que te habías enamorado? ¿A qué se asemeja el dolor de una contracción? ¿Por qué ha tenido Pelayo que acostarse con Pocahontas? ¿Por qué querría una madre morir sola?».

—¿Saldremos de esta? —baluceo.

Agus me agarra de la mano y me dedica una de sus sonrisas bondadosas. En lo que concierne a los sentimientos, es la más lista de todas. Sabe perfectamente que no me refiero a la investigación. Y también sabe que le oculto algo. Lo noto en sus caricias. En sus gestos de amiga incondicional. Avanzamos en silencio hacia el comedor, como si la respuesta revoloteara atrapada en la boca de un águila por encima de nuestras cabezas. Entramos. Ivana y Saskia se están poniendo moradas de Donettes frente a las máquinas expendedoras. La sed de aventura las tiene enchufadísimas. Esbozan planes y discuten alternativas.

Me siento y dejo que sus palabras revoloteen como avispa sobre mi cabeza. Me he perdido buena parte del plan que han trazado mis amigas para el futuro inmediato de nuestra investigación. Si lo he entendido bien, Agus comentaba que con la intervención en la oficina de mi madre solo ha podido ejecutar un veinticinco por ciento del plan original. Creo que ha sido también Agus la que se ha ofrecido para encargarse de las escuchas. Menos mal que esto no es el cole, porque si lo fuera y don Aurelio me pidiera un resumen de la disertación de mis amigas, me llevaría un cero patatero.

—Ruipérez de Jongen, está usted más despistada que un pulpo en un garaje.

Qué habrá sido de don Aurelio. Tendría que ser obligatorio visitar a los buenos maestros al menos una vez en la vida. Como el que peregrina a La Meca. Decirles: «Gracias por haber contribuido a que sea como soy». Ellos, con sus virtudes y sus defectos, han jugado el papel de delanteros en nuestra educación, aunque los goles los hayamos marcado nosotras.

Mis amigas deciden que la operación «Cabos Suelos» está resultando un éxito y que ya está bien por hoy. Volvemos a nuestros sitios. Nos espera un día chungo de trabajo.

Ya en mi mesa, desbloqueo el ordenador. El Outlook me devuelve un calendario sin demasiadas reuniones. Son las nueve menos cinco y comienzan a aterrizar los primeros

teleoperadores, que cada día apuran más su hora de llegada. Parece mentira que no entiendan que en una multinacional las líneas se abren puntuales. Bostezo. Acaricio a mi mariquita Lola. Saludo a Tomás, mi cactus erizo. Actúo conforme a mis costumbres. Miro mi bandeja de entrada. Tengo un mensaje de Pelayo.

¿¿En serio?? El corazón me late a toda prisa. Me giro para cerciorarme de que sigo sola. Álex, déjate de paranoias y abre el correo. El asunto dice: «Ha sido un placer». De la rabia le doy a la tecla suprimir. Sé muy bien que puedo recuperar el mensaje cuando quiera, no soy tonta, así que pospongo el martirio para más adelante. Que se atreva a decirme las cosas a la cara. Me giro hacia su mampara. ¿Cómo es eso? Han desaparecido los figurines horteras de sus cómics preferidos. ¿Habrá madurado de golpe? ¿Se lo habrá regalado todo a Pocahontas? Me levanto para investigar qué más ha desaparecido de su mesa cuando Jorge se dirige hacia mí y se apoya en mi mampara.

—Buenos días, ¿has descansado bien?

No sé a qué viene ese comentario. Entró en mi habitación, de eso ya tenemos constancia, pero ¿será verdad que me acosté con él? ¿Estará genuinamente preocupado? Todo es muy confuso, la vida es muy confusa. Ando a tientas por el interior de un túnel abandonado sorteando millones de pedruscos. No veo un pimiento. Presiento que me voy a romper la crisma. Socorro.

—¿Te encuentras bien?

«¿Y tú? ¿Eres el hombre que andamos buscando? ¿Te acercaste también a mí para escalar posiciones? ¿Se te fue la mano y ahora estás arrepentido? ¿Aceptarías el reto de ser el mejor padre del mundo?»

Le hubiera cosido a preguntas, pero nos hemos puesto a charlar sobre el tiempo y las predicciones para la semana, cuando está claro que a ninguno de los dos nos importa un carajo si va a llover en Pontevedra o a nevar en La Rioja. Cuando ya no nos quedaban tópicos que desgranar ni inventiva para iniciar una conversación que no verse sobre las diez ridiculeces que le soltarías a un extraño para romper el hielo, ha continuado su camino y ha desaparecido sin más preámbulos. Visto de tan cerca, diría que, de los tres sospechosos, es el que tiene la espalda más ancha. ¿Se podría detectar esa virtud genética en las primeras ecografías?

¡Mierda!

Juro que desde que el mundo es mundo estas cosas suceden. Le podría haber pasado a cualquiera. Oh, dioses del Olimpo, ¿por qué me retáis de esta manera? ¿Concededme unas horas de gracia! ¿Qué actos inmundos habré cometido en otra vida? ¿Exterminar vacas sagradas? ¿Me habré divertido mortificando insectos? La cinta que unía ambas copas del sujetador ha reventado y ahora mis pechos bailan indefensos en todas direcciones. Estaba viejito, lo admito. Esta mañana lo he sacado del cajón y me ha mirado con cara de querer librar su última batalla. No puede una ni apegarse a los objetos. Lo malo del caso, lo catastrófico, es que Pelayo ha entrado por la puerta. Me he apresurado a sacar los tirantes por las mangas, pero a la hora de tirar del maldito sujetador para que, por lo menos, no parezca que me han salido dos protuberancias malignas en el plexo solar, me ha sido imposible: una de dos, o las mangas de mi camisa han encogido en la secadora o el perímetro de mis brazos se ha multiplicado. Mientras rezo para que no se detenga a saludarme, me escondo bajo mi escritorio. No sería la primera vez que a alguien se le desconecta un cable. Se me podría haber caído el boli mágico de diez colores. No hay nada de extraño en mi comportamiento.

—«A veces la verdad no importa como debiera, pero siempre debes decirla». Es de Sin City.

La verdad, dice. Menudo cabrón. Asomo la cabeza por debajo de mi mesa. Los ojos de

Pelayo me miran con un cincuenta por ciento de tristeza y otro tanto de desconcierto.

—No es lo que parece —me excuso.

—Si quieres montamos la reunión ahí abajo. Yo traigo a los clientes. ¿Te encargas tú de las linternas?

¿La reunión?

—Ahora salgo —le reprendo impaciente—. Se me ha caído una lentilla.

—¿Y desde cuándo usas lentillas?

—Desde que me da la gana.

«Vete con tu Pocahontas», me entran ganas de gritarle.

—Te espero en la sala Newton. Los clientes deben estar ya al caer y tu madre hoy no viene.

¿Qué narices son esos tentáculos rosas que asoman bajo tus tríceps?

Esto último no lo ha dicho, claro, estaría bueno.

Cuando me incorporo, lo único que atino a divisar es la espalda de Pelayo coronada por su mochila de Los Cuatro Fantásticos, camino de su cubículo.

No habrá sido capaz. Mi madre no se atrevería a encasquetarme una reunión a última hora sin avisarme. Busco en mi bandeja de entrada y me topo con un mensaje suyo. «Lo siento, cariño, ¿haces *favor* de asistir *en lugar mío*? No me encuentro muy bien». Juro que hace media hora esta reunión no figuraba en mi calendario. Son las nueve y veintiocho. La mampara me devuelve la imagen de una neurótica con el pelo revuelto. Mis tetas van por libre y soy incapaz de controlarlas. Estoy en plena implementación de un programa de gestión de incidencias, tengo a mis teleoperadores olvidados y ni siquiera sé si estamos cumpliendo con los niveles de servicio. Ahora entiendo por qué lleva días presentándose a las quinientas, por qué se escapa al mediodía y no regresa hasta bien avanzada la tarde, por qué se la ve ausente en las reuniones. ¡Me lo podría haber confesado! ¡La hubiera podido consolar! ¿Qué le he hecho yo para que me aparte de su vida?

En la sala Newton, Pelayo se está peleando con la pantalla de la sala. Me siento en el otro extremo de la mesa. Estoy furiosa, decepcionada, muy decepcionada. Creí que le importaba.

—¿Leíste mi correo? —me pregunta.

—Ajá —miento.

—¿Y?

—Pues que me parece estupendo.

—Antes de irme tenemos que hablar.

¿Irse? ¿Adónde? ¿Se ha trasladado de mesa, más cerca de Pocahontas?

—¡Tú y yo no tenemos nada de qué hablar!

—¿A qué viene eso?

—Dímelo tú. ¿Vas a menudo, al Arts?

—Pues sí. Es mi hotel favorito —responde descarado.

—Pues nada, que te aproveche.

Pelayo se levanta y se me acerca. Toma asiento a mi lado. Me coge de la mano. Me estremezco. Tengo ganas de soltarme, pero no puedo. Su magnetismo controla todos mis movimientos.

—Siento mucho lo del Arts —se disculpa.

—Pues yo más —le espeto.

—Esas oportunidades solo se presentan una vez en la vida y hay que aprovecharlas...

Lllaman a la puerta y antes de que aparezcan los clientes le pregunto:

—¿Por qué Pocahontas?

Pelayo me mira extrañado, como si hubiera preguntado una obviedad: es guapa, inteligente, y finge como ninguna los desmayos. ¿Quién no hubiera caído rendido en sus brazos?

Nos levantamos y les estrechamos la mano. Son una chica y un chico holandeses. Han venido a que les expliquemos las maravillas de nuestro *Call Center* para dar soporte a algunos de sus productos.

La reunión da comienzo. Pelayo toma las riendas mientras yo tecleo en Internet: «Cómo insultar de forma bestial a un mentiroso que te ha puesto los cuernos».

—Es un honor que Negen Electronics esté pensando en confiar en nosotros para dar soporte técnico a su cartera de clientes, tanto en España como en Holanda.

Los chicos asienten de forma cordial y casi entusiasta.

—Sí —añado mirando a Pelayo—: la confianza es una virtud que está sumamente infravalorada en nuestros días.

Pelayo me mira ceñudo, sin comprender a qué me refiero.

—Estamos muy contentos de iniciar esta andadura con ustedes —continúa. Nuestra empresa destaca, como saben, por nuestro foco en el cliente y por la forma en que desarrollamos nuestro trabajo, bajo los más estrictos estándares éticos...

—Y nosotros somos un claro ejemplo de ello —interrumpo—. ¿Verdad, Pelayo?

Pelayo me dirige una mirada fulminante. Intuyo que en breve empezará a ponerse nervioso, perderemos el contrato y mi madre no tendrá más remedio que despedirle. Me repantigo en el asiento y cruzo los brazos de forma desafiante. Dirijo mi silla hacia Pelayo, dándoles la espalda a los dos chicos, que parecen un poco confundidos.

—Además —continúa—, Pelayo ha recibido recientemente el premio al mejor empleado del mes —miento. No existe tal cosa en nuestra empresa.

Los dos sueltan un «Oh» y asienten con sus rubias cabecitas a modo de aprobación.

—Lo que pasa es que ha conseguido salvar varias vidas humanas, incluida la de una guapa empleada que calza un cuarenta y cinco.

Ahí me he pasado, pero es que, joder, tiene los pies muy grandes. Los chicos se miran entre ellos y empiezan a removerse incómodos en sus asientos. Creo que piensan que le doy a la bebida o que me he fumado algo antes de entrar en la reunión.

—Discúlpenos un segundo —se excusa Pelayo.

—¡Ah, no! —replico, cruzando aún más los brazos—. Porque eso no es todo. Pelayo, aquí presente, se dedica al trabajo en cuerpo y alma. Sobre todo, en cuerpo. No sé si me explico.

—*Sorry, can we switch to English? I am not sure we understand...*

—Que sí, que sí, que ahora Pelayo os lo explica todo con su inglés de Cádiz, no os preocupéis —les consuelo sin dejar de mirarle.

Pelayo está furioso. Esta vez se levanta de la silla y me agarra del brazo, intentando no parecer demasiado violento.

—*Excuse us...* —dice.

Una vez afuera me pregunta que de qué va todo esto. Que si estoy chalada o qué me pasa. Que si mi madre estuviera en esta reunión ya me hubiera enviado derecha a la cama sin cenar. Que si patatín. Que si patatán. Y yo solo tengo una única cosa que decirle fruto de mi búsqueda de insultos originales por Internet:

—¡Eres un chupóptero inmune!

He querido decir inmundito, pero da igual, ha sonado igual de contundente. He recogido mi bolso y he salido pitando a reunirme con mis amigas.

19. Una confesión robada y dos culpables

—Cierra y siéntate aquí, te estábamos esperando. —Agus da varios golpecitos en el respaldo de la silla a su izquierda para que me instale a su lado. El sol la ha preferido a ella y, entre todos los objetos a su alcance, se ha posado en uno de sus bucles pelirrojos.

Mientras me acomodo, observo la destreza con la que mueve el ratón en busca del archivo con las grabaciones de mi madre. Cómo teclea rutas interminables. Siempre he sospechado que esconde un geolocalizador de teclas bajo la yema de los dedos. Hay algo de Audrey Hepburn en su vestido negro y blanco, en su delgadez, en la elegancia con la que gesticula, y cierta excentricidad en los millones de pecas que coronan sus hombros descubiertos. Si tuviera que pintar a la reencarnación de la belleza, no dudaría en pintarla a ella.

—Ahorraos vuestros comentarios repipis.

Ivana ha irrumpido en la sala con brusquedad y, tras cerrar la puerta de su minúsculo despacho, ha añadido:

—Llevo semanas sin lavar mis cacharros, ¿algún problema?

Sobre la mesa, la acumulación de envoltorios de conguitos y cachivaches de dudosa utilidad contrasta con la sobriedad de las paredes. Dos tazas cochambrosas, un tenedor que no conoce el tacto de un estropajo y un bote de Nocilla del que podrían emanar gases mortíferos y explotarte en la garganta me remiten a mi época de estudiante Erasmus en Rotterdam. Hasta las ideas en esta sala huelen a materia enrarecida por el ácido del tiempo, a vejez prematura, a dudas sin resolver.

—¿Dónde está Sas? —pregunto.

—Con un húngaro —aclara Agus—. Se conocieron anteayer. Se enfada cuando le recuerdo que todos los húngaros se llaman Zoltan. Se ha emperrado en que es el definitivo. Como si el «hombre de tu vida» existiera más allá de los conceptos.

Agus eleva la mirada hacia el techo y permanece un buen rato sin articular palabra. Yo persigo el trazo que ha descrito su mirada por si alguna araña estuviera a punto de emprender un descenso suicida sobre nuestras cabezas. Pero no. Tras breves instantes en los que nadie dice nada, Agus lanza un suspiro sonoro y vuelve a pelearse con los archivos de audio. Recojo su testigo y lanzo la pregunta a un punto blanco en un techo blanco: «¿Y yo? ¿Me habré cruzado yo alguna vez con el hombre de mi vida?». Quizás haya nacido con el sexto sentido atrofiado, ese que te permite reconocerle en el supermercado, en la biblioteca, en la cola de la pescadería de tu barrio. Puede que hasta hayamos intercambiado alguna que otra conversación del tipo «¿Tendrías cambio de veinte euros para el auto lavado?». Cómo voy a saberlo, si ni siquiera estoy segura de haber estado alguna vez enamorada. Si el determinismo existe, quizás esté predestinada a vagar sola por las cornisas, como la araña imaginaria del despacho de Ivana, esperando a que me rescate un arácnido fornido o a que me devore una sabandija.

Mientras Agus ultima los preparativos para poder escuchar las grabaciones de mi madre, Ivana se coloca de pie a nuestra derecha y abre el primer cajón de su escritorio. No he podido ver qué manjares esconde, pero el tufo a quicos no ha tardado en propagarse por toda la habitación. El ambiente comienza a resultar sofocante. Agus se quejaba hace un momento de la pasta que debemos de estar gastando inútilmente en aire acondicionado. No sé de qué me habla. Yo llevo

rato largo luchando para que el sudor no se abra camino bajo mis sobacos. Es más, con un breve cálculo mental he llegado a la conclusión de que si entra una persona más en esta sala habría que echar mano de mascarillas de oxígeno. No costaría mucho instalarlas. Podría patentarlo: «Lo nuevo en respiración artificial para empresas». Sería la bomba.

—¿*Are you ready?* ¿Le doy ya al *play*? —exclama Agus con la ilusión que solo podría causarle el minuto previo a un nuevo capítulo de *Breaking bad*.

A mí, inmiscuirme en los asuntos personales de mi madre no me causa la más mínima complacencia, pero supongo que ya es tarde para dar marcha atrás. Cedo ante los caprichos de mis amigas, porque no tengo fuerzas para llevarles la contraria.

—Dale ya, que en media hora os quiero fuera de mi despacho —se queja Ivana—. Me llega un candidato.

Agus le da al *play*. Yo ahogo un grito de terror. Se hace un silencio de mármol. Oigo la voz de Mathilde Santing que me canta al oído: «*Look at me standing. Here on my own again. Up straight in the sunshine...*».

El chasquido del maíz tostado que emana de la boca de Ivana contrarresta el mutismo del ambiente. Hasta que se hace un «shhhht».

—Que entra una llamada. ¡En guardia, chitón! —Agus mira en todas direcciones y se arrima a los altavoces del ordenador.

—Falsa alarma —concluye Ivana tras varios segundos de conversación—. Es su profesora de... no jodas, ¿ahora le ha dado por el yoga?

Mis amigas lanzan el suspiro típico que surge tras la superación de un peligro. Solo yo sé por qué mi madre le ha dado ahora por el yoga.

Quedan a lo sumo treinta minutos para que Ivana nos eche a patadas de su despacho y los ánimos siguen por los suelos. No es solo el hambre atroz que siento y que no habría asado argentino que lo calmara. También es el presentimiento de que nada de lo que hagamos va a merecer la pena. Tengo que acabar con esta ida de olla, ya hemos perdido demasiado tiempo y dinero. Las quiero demasiado como para que inviertan más tiempo en esta absurdez.

—Chicas, sois maravillosas... —No sé cómo decirles que lo dejemos estar, que la vida ya es suficientemente complicada para complicárnosla más aún, que mi madre se está muriendo y ahora lo que me importa de verdad es pasar el duelo a mi manera...

Dirijo la vista hacia mis manos. Hay restos de pintauñas rojo en mi pulgar derecho. Libero el esmalte incrustado en la cutícula. Arrastro el barniz hacia arriba. Tengo que liberarla. Se asfixia. Mi uña se asfixia. Todo mi cuerpo se asfixia... Agus e Ivana me miran con atención. Intuyo que están esperando a que salga un «pero» de mi boca. Son listísimas.

—Pero... —digo.

En ese instante se oye una voz masculina que proviene de los altavoces.

—¿Linda? Soy Jorge.

Agus suelta un gritito de alegría y se arrima al ordenador. Ivana me propina un par de golpecitos condescendientes en la espalda. Soy una incrédula malcriada por haber dudado de sus dotes de espía.

—Estoy terminando el reporte, enseguida te lo envío.

La voz de Jorge es grave, ligeramente nasal. Se parece a la de Lucas Hood, el protagonista de *Banshee*.

—Déjate de reportes. Teníamos un *tracto*.

Y dale con el «*tracto*».

—Ya te he repetido mil veces que lo nuestro se acabó.

¡Así que era cierto que andaban liados! Puaj, por favor.

—Sabes que es súper importante para mí. Mi futuro y el de mi hija están en tus manos.

¿De qué futuro hablan? ¿Desde cuándo decide ella por mí? ¿En qué lío nos ha metido?

Jorge vuelve al ataque:

—Pues si tan importante es, búscate a otro. Y déjame que te diga algo: lo que estás haciendo con tu hija me parece repugnante. Fin del contrato.

Por favor, que alguien me inocule alguna enfermedad mortal que, a poder ser, me extermine de forma fulminante. ¿Qué se supone que está haciendo conmigo? No sé si estoy preparada para escuchar nada más. ¿De qué juego macabro figura que estoy siendo víctima?

—Tú no eres la mejor persona para juzgarme. Se te acaba el plazo. Quiero *me devuelves* hasta el último centavo.

—Linda, métete esto en la cabeza: vete a la mierda.

La cosa se pone fea. Les pido a mis amigas que paren la grabación, pero están tan obnubiladas que me mandan callar y me amenazan con amordazarme a la silla.

—Tenías seis meses. Se *te han pasado* más de dos y no *vuelves* con resultados. ¿A qué *te esperas* para dejar embarazada a mi hija?

Agus ha aporreado el botón de *stop* del puto susto. «Dejar embarazada». «De-jar-em-ba-ra-za-da»... Quiero hundirme en la silla. Desaparecer entre la espuma del asiento. Desintegrarme mediante un ejercicio de combustión espontánea. A Agus se le ha erizado el vello de los brazos. Y no precisamente a causa del frío. Si fuéramos perros se nos habrían puesto las orejas tiesas como el almidón. Nos hemos quedado mirándonos sin decir nada. A mí se me han subido los colores y, ahora sí, estoy a punto de ahogarme en una piscina llena hasta los topes de mi propio sudor. Me levanto, corro hacia la puerta, la abro de un golpetazo, salgo al pasillo, me agacho como si hubiese culminado el maratón de Nueva York. Me falta el aire. Voy a sufrir un ataque de pánico. Al incorporarme, un hombre trajeado con una corbata hawaiana y una carpeta a juego espera fuera del despacho de Ivana. Media oficina me mira y oigo algún que otro cuchicheo. Respiro hondo. Recupero mi dignidad. Me aliso la camisa.

Mientras corro hacia los ascensores, una batería de preguntas estúpidas me da vueltas a la cabeza: ¿Será Linda en realidad un lagarto con aspecto de copia exacta de mi madre? ¿Existirá un mundo paralelo donde yo estaré disfrutando de una vida feliz y tendré una familia normal con un padre vivo y una madre que me adora y que no se está muriendo? ¿Cómo se mete una en un agujero de gusano y desaparece? ¿Qué diablos empuja a la gente a llevar corbatas con flores de hibisco y piñas maduras a una entrevista de trabajo?

Hago un breve repaso mental a los utensilios punzantes que guardo en mi cajón. Podría degollar a Jorge sin problema con un Rotring afilado o unas tijeras ergonómicas. Annie Wilkes a mi lado era una mindundi. Easton Ellis se inspiró en mí cuando escribió *American Psycho*.

Busco una moneda y del bolsillo de mi pantalón extraigo una de dos euros. Lo echo a suertes. Sale cruz.

Yo soy el camino, la verdad y la vida.

20. A sangre fría

Las islas son un elemento recurrente en mi vida. A veces sueño que paseo por la arena en busca de cristales de colores. Cuando alzo la vista, todo el mundo ha desaparecido y lo que era una playa kilométrica repleta de cocoteros, de repente se transforma en un islote rodeado de mar. Voy desnuda y no tengo con qué cubrirme. La marea crece y la playa se vuelve cada vez más estrecha. Entre mis manos, sostengo un pergamino con una adivinanza que debo resolver si no quiero morir engullida por las olas en continuo avance. Como en *La habitación de Fermat*, me demoro en resolver un acertijo mientras el agua le roba cada vez más terreno a la isla. El mar comienza a cubrirme las rodillas. Y aunque luego me despierto y siento un alivio momentáneo, porque no estoy a punto de morir ahogada ni me acechan decenas de tiburones famélicos, la realidad no es menos cruda: soy la hija de una demente moribunda que ha pagado para que un desconocido me deje embarazada.

Ayer me pasé toda la noche en la cocina. Enfundada en el delantal de *Wonder Woman* que me regaló Pelayo para mi cumpleaños y que, dicho de paso, es la prenda más horrible que me han regalado nunca, ahogué varios quilos de lentejas mientras urdía un plan para acabar con la vida de Jorge. Todo el que me conoce lo sabe: en los momentos de bajón, me parapeto entre fogones y casi siempre termino preparando lentejas para un regimiento, a pesar de que ni siquiera me gustan. Las guiso, las meto en tápers y al día siguiente se las endoso a mis amigas.

Al cabo de la noche, una decena de tápers se atrincheraban sobre la encimera, llenos a rebosar de legumbres con chorizo picante. El humo les nacía a las lentejas de las entrañas. Todo lo que emanaba de las fiambreras de colores era muerte y desolación.

Me senté a observar y vi que todo eso era bueno.

Luego me metí en la cama. Ni en mis peores pesadillas hubiese imaginado a mi madre perpetrando un acto vandálico de este calibre. Es que no lo entiendo. ¿Por qué? ¿Qué gana ella con verme embarazada? ¿Y por qué antes de seis meses? ¿Es ese el tiempo que le queda de vida?

Hace diez minutos que ha sonado el despertador. Son las siete menos diez. Me desperezó camino de la ducha. Hoy no me ha costado levantarme: tengo una misión. Un pelo crespo me da la bienvenida al otro lado del espejo. Si tuviera los ojos un pelín más hinchados de tanto llorar podría pasar por un sapo desteñido. En el duermevela reflexiono sobre varias cosas:

1. Me arrepiento de haber ahogado hormigas cuando era niña.
2. Los príncipes azules se han fugado a colonizar las estrellas.
3. En mi isla ideal, habría plantaciones de leguminosas y yo les guisaría lentejas a los monos a cambio de plátanos y cocos y cacahuets.
4. Nada a los treinta y cinco es como me imaginaba que sería.

21. Lo que la verdad esconde

—¿Por qué no contestas a mis putos mensajes?

He coincidido con Ivana en la entrada de la oficina, frente a los ascensores. Bueno, yo y otra chica que debe de estar pensando que fuimos educadas en el Bronx. La chica y yo nos subimos al ascensor. Ivana no me deja articular palabra ni excusarme, aunque para ser sinceros tampoco tenía la intención de hacerlo. Le planto una bolsa de plástico con dos tápers de lentejas, que agarra con desidia. Sus reproches entran y salen por mis oídos como una brisa suave de verano. Cuando pasas por ciertos estadios en la vida, deja de importarte lo que piensen los demás, dejas de sentir la necesidad de dar explicaciones si no te apetece darlas.

—Escucha —prosigue, obstruyendo la puerta sin dejar que el ascensor continúe su trayecto —: Podrías habernos llamado. Un simple «estoy bien, no os atormentéis con la imagen de mi cuerpo desangrándose en la bañera» habría bastado.

—No exageres.

—¿Exagerar? ¿Te ha dado un chungo o qué te pasa? Que nos hemos pateado media Badalona buscándote, joder. ¿Era necesario desconectar el puto interfono, apagar todos tus móviles, darte el piro sin pensar que nosotras podríamos estar pasándolo fatal? Agus hasta le ha puesto un cirio pascual a santa Cecilia para que te proteja de ti misma.

—A la patrona de la música...

—O a santa Tecla, a santa Rita, oye, ¿qué más da?

—Pues da, porque no es lo mismo.

—Perdona, ¿queréis continuar ahí afuera? Esto es un ascensor. Parado. Tengo cierta prisa. —La veinteañera de la camisa a cuadros multicolor y botas camperas nos mira condescendiente. De sus AirPods emana el estribillo de una canción country.

Ni caso.

—Y lo que es peor —continúa Ivana—: te la suda lo que podamos sentir. No somos tus amigas: somos tus Monster High. Nos arrumas, nos cebas a lentejas y luego nos destierras al altillo de las muñecas pasadas de moda.

Ivana mantiene la mano en el lateral del ascensor para evitar que se abatan las puertas. Nos lanzamos un duelo cruzado de miradas mientras la chica del collar de plumas emite pequeños chasquidos con la lengua y mira impaciente su reloj de pulsera. Creo que Ivana espera una respuesta a su sarta de recriminaciones. Con los ojos fijos en los suyos, le aparto la mano y ella se mete dentro para seguir con la bulla. El *I'm gonna get you* de Shania Twain sube con nosotras por el hueco oscuro de la pared. No paro de pensar que vivir es avanzar por una cuerda floja. Y yo voy sin pértiga ni arnés. Cada paso que doy es un éxito que nadie puede arrebatarme. Qué fácil sería ser payaso en lugar de equilibrista.

El despacho de mi madre está a oscuras. Siento cierto alivio. No sé cómo afrontar el desafío de mantenerle la mirada sabiendo que está fingiendo, cuando me diga que todo está bien.

De camino a mi mesa, Jorge está vaciando los cajones de su escritorio y colocando sus pertenencias dentro de una caja, lo cual solo puede indicar una cosa: se larga. El padre de mi hija se las pira porque es un cobarde y porque le importamos un comino. Tomo impulso antes de gritarle a dos milímetros de su oído:

—¡Criminal, cobarde, asesino!

—¿Te has vuelto loca? —me reprende mientras se aparta de un salto.

Creo que le acabo de destrozar uno de sus bonitos tímpanos.

—¿Qué bicho exótico te ha picado? Solo te falta sacar espuma por la boca.

—¿Te nos das el piro para siempre, justo ahora que vas a ser padre? ¡Eres un cerdo!

Jorge no reacciona. Al semental de élite no le acuden las palabras. Frunce el ceño. Mira en dirección a mi barriga. Me vuelve a mirar a los ojos. Yo huyo corriendo hacia mi cubículo porque no soporto más esta mezcla de agua, dolor y sal que presiona por salir a la superficie, pero me agarra del brazo y da por finalizada la carrera. Creo que no he ganado.

—¿Se puede saber qué hostias dices?

Nos hemos detenido a escasos metros del escritorio de Agus, donde un par de teleoperadores se preparan ya para contestar a las primeras llamadas.

—Que estoy embarazada, ¿tan difícil resulta de creer? —replico entre estúpidos sollozos, incapaz de reprimirme.

—¿Tú? —Gesto de incredulidad—. Espera un momento, ¿y qué tengo que ver yo en todo esto?

—No es muy complicado —me burlo—. Siempre puedes recurrir a Linda, tu cómplice. Seguro que ella te da alguna idea.

—Mira, voy a dar por zanjada esta conversación absurda.

—¿No es así como «*foncsiona*»? —le grito justo cuando se da media vuelta para irse—. ¿Qué hay de vuestro «*tracto*» para dejarme embarazada?

Jorge se vuelve hacia mí. Está visiblemente afectado.

—¿Quieres bajar la voz? —susurra—. No es lo que parece.

Uno de los chicos de mantenimiento acaba de entrar en escena. Viene a arreglarme el cajón. ¡Aleluya!

—Escucha. Eso que insinúas es imposible. —Jorge me agarra por los omoplatos y me conduce hacia mi asiento para que me relaje. Mis hormonas y yo le obedecemos y nos dejamos caer en la silla mientras él se sienta encima de mi mesa.

—Tienes un minuto para convencerme. Antes de que llame a la policía.

Tras varios segundos con la mirada fija en el suelo, por fin arranca.

—Vale, he sido un estúpido.

Joder, eso suena a confesión. Debería haber traído una grabadora. Si se entera Ivana me corta el pescuezo.

—No te merecías esto. Verás, soy el dueño de una empresa familiar. —Pausa dramática—. Estaba al borde de la quiebra. Necesitaba liquidez, ¿comprendes?

Claro que sí, y pensaste: «¿qué tiene de malo hacerle un bombo a una desconocida por cuatro chavos?»

—Vi el grupo de WhatsApp que montó. Yo me limité a seguirle el juego.

¿Grupo de WhatsApp? ¡Grupo de WhatsApp! Joder, joder, joder, que alguien me acerque una camilla.

—Al principio todo parecía idílico... podría saldar mis deudas. ¿Sabes lo que eso significa? Sacar a flote la empresa de mi tatarabuelo. ¡El gordo de la lotería! ¡Decenas de empleados de Ezequiel e Hijos iban a recuperar sus puestos de trabajo!

—¡Serás miserable! ¿Y de qué conocías a mi madre? ¿Cómo tenía ella tu número de teléfono?

—Nos conocimos en una feria.

—¿De Abril?

—De componentes electrónicos. Pero eso no es todo —me confiesa.

El chico de mantenimiento se está esmerando en cambiarme el bombín y, con toda probabilidad, va a ser testigo de uno de los momentos más memorables de mi vida. Nunca he pisado una playa nudista, pero salir del agua y toparse con la mirada de un desconocido tiene que ser bastante parecido a estar frente a este rubio del mono azul, que se niega a perderse el apoteósico capítulo final.

—Su objetivo era dejarte embarazada antes de seis meses. ¿Lo entiendes? Entré en la empresa con una hoja de ruta muy clara. Luego todo fue yéndose al garete. ¡Y una mierda iba yo a cumplir con lo pactado! Se lo repetí mil veces y mil veces se negó a escucharme. Es más: cada vez tenía más prisa.

—Y a pesar de todo cumpliste con el «tracto», ¿no?

—Te equivocas. Yo nunca te puse un dedo encima.

El rubio ha sacado su bocata y le ha pegado el primer mordisco. Desde la esquina no se pierde detalle de mi telenovela. Al ver que lo observo con los brazos cruzados, se acerca y me tiende un sobre de cartón:

—Pues ya está. Esto es lo que obstruía el cajón. «Son diez mil».

A lo mejor espera que me ría. Le doy las gracias porque soy muy educada. Luego deposito el sobre encima de mi mesa y espero a perderle de vista para volver al ataque.

—¿Qué me estás contando? ¿Y la noche de la fiesta? —le susurro casi al oído para que no nos oigan los empleados que van entrando en la oficina—. Me desperté en el Arts, sola, echa unos zorros, ¡y embarazada! —ahí he subido un poco el volumen—, aunque yo eso aún no lo sabía. No recuerdo una mierda de esa noche. ¿Me estás diciendo que tú y yo nunca nos acostamos?

—Te llevé al Arts. Es cierto. Nos subimos a un taxi.

—Espera. ¿Nos subimos? ¿Tú y yo? ¿Pero no fue Ricky?

—Ricky se subió a un Maserati. Le perdí de vista hasta más tarde. Oye, ibas muy mal.

—¿Y qué hay de Pelayo? Estuvo allí, ¿no?

—Pelayo te sacó del local en un descuido. Forcejeamos para ver quién te llevaba a casa. Él insistió, pero yo ya tenía un taxi en la puerta, tu madre había ultimado todos los detalles. Creo que Pelayo buscaba pelea. Es un pardillo, no hubiese podido conmigo.

—¿Y qué hiciste luego? —pregunto por inercia, porque la imagen de Pelayo peleándose por mí me ha dejado aturdida: estoy tumbada en una playa paradisíaca, alguien me embadurna la espalda con aceite de zanahoria. El masaje es rotundo y vigoroso. No distingo entre placer y dolor.

—Entramos en el Arts. Tu madre había reservado una planta entera. Me había dado una de las llaves. Estabas tan borracha que tuvimos que hacer un alto en el camino porque eras incapaz de mantenerte en pie. Nos sentamos en uno de los sofás de la entrada.

—Y ahí es cuando me diste burundanga.

—Te equivocas. Pero sí es cierto que en la fiesta te pusieron algo en la bebida. Desconozco si tu madre tenía también al barman compinchado. Es una tipa peligrosa.

Lo sabía.

—En ese momento me di cuenta del disparate que estaba a punto de cometer. ¡No iba a acostarme con alguien solo a cambio del dinero de una chiflada! ¡A la mierda con lo acordado! Luego comenzaron a sucederse las casualidades. Y que conste que te lo cuento porque a mí ya ni me va ni me viene. Es una cuestión de honor, ¿comprendes?

—Sigue.

—Ricky entró en el hotel. Por suerte, no reparó en nosotros. Se dirigió a los ascensores y lo perdí de vista. Iba a encontrarse con el tío que conducía el Maserati, eso lo supe después. Creo que son pareja, pero lo lleva muy en secreto.

Vaya. Eso sí que no me lo esperaba. ¿Ricky? ¿«Mi» Ricky? Ahora comprendo muchas cosas...

—Charlamos un rato, que es un decir, porque lo único que hacías era soltar frases inconexas. Me sentía el tío más gilipollas del planeta. Decidí que lo mejor era llevarte a una de las habitaciones y largarme de allí. Pero entonces Pelayo apareció de la nada con su camiseta de Superman. Joder, pensé. Me he metido en una peli de los hermanos Marx. Te llevé corriendo a los ascensores para subirme a la habitación, pero Pelayo nos dio alcance.

—Se conoce el hotel como la palma de la mano —digo sarcástica.

—Bueno, tú también contribuiste lo tuyo. No parabas de cantar «*Se le escapó un “te quiero” a la que no quería nada*» a voz en cuello. Pelayo nos dio alcance justo cuando se cerraban las puertas. Forcejamos en el ascensor. Me llamó de todo menos por mi nombre. Abrí la puerta de la habitación, te dejé en la cama y nos enzarzamos en una burda pelea. Me acusaba de no sé qué historias. Nos había seguido porque no se fiaba de mí. Juraría que estaba celoso. Este tipo está por ti, ¿no?

Lo que está es mal de la cabeza.

—En fin, que luego se abrió la puerta de una suite colindante. Hostia puta, ¡era Ricky! ¡En calzoncillos! Si hubieras visto la cara que puso —se ríe a carcajada limpia, se nota que el tema le motiva—. El tipo del Maserati asomó la cabeza.

—Nooo....

—Parecía que un vampiro le hubiera chupado la sangre de cuajo, te lo juro. —No hay duda que el tema le pone.

—Yo no estaba para historias y Pelayo menos. Ricky salió al pasillo e intentó separarnos. Se armó un gran revuelo. Vino un tipo del hotel con una botella de champán que pedí antes de arrepentirme. El tipo avisó a Seguridad. Al final me largué de allí, pero antes me aseguré de que estabas bien. No te habías enterado de nada. Parecías flotar en una nube. Observabas cada rincón de la habitación como si quisieras memorizarla.

—Pues ya ves qué memoria de pez que ni me acuerdo de haberos visto allí. Dime una cosa —añado al ver que Ivana se aproxima hacia mi mesa—. ¿Por qué debería creerte?

Jorge me mira a los ojos, con la firmeza que adoptan algunas personas cuando están a punto de contar la verdad.

—Porque no tienes otra alternativa —sentencia. Luego recoge sus cosas y se marcha.

Dejo caer la cabeza encima de mi escritorio. Me doy golpecitos suaves contra el contrachapado para asegurarme de que no estoy soñando. Tuvo que ser Jorge quien me estuvo llamando durante toda la noche, seguramente para asegurarse de que estaba bien. Y si no fue él con el que me acosté, ¿quién fue? ¿Pelayo? Ahora mismo mi vida es una pesadilla de la que desearía poder despertar. Alzo la cabeza y me encuentro frente a un sobre con mi nombre y una inscripción: «Cualquier sueño que merezca ser vivido es un sueño por el que merece la pena luchar». La firma el «Profesor X». No reconozco la letra, pero es innegable que es obra de Pelayo.

Busco unas tijeras. El corazón me va a mil. ¿Un cúter sería demasiado pedir? La situación me supera. ¿Qué se supone que va a contarme que no haya intentado decirme ya? ¿Que lo pasó muy bien conmigo la otra noche y que ahora se muere por Pocahontas? Joder, mierda de vida.

Me oculto tras las manos para que nadie me oiga sollozar. Mientras doy rienda suelta a mis lágrimas, Ivana se acerca a mi escritorio.

—Álex... te traigo malas noticias —anuncia.

«Alguien olvidó cerrar la caja de Pandora». O bien: «Las malas noticias nunca vienen solas». Cualquiera de esas frases podría dar título a la película de mi vida.

—Lo siento. Es tu madre...

Un momento. No es posible asimilar tantas malas noticias en un solo día.

—¿Qué le pasa a mi madre? —pregunto como si no supiera ya la respuesta.

Ivana mira a una tipa que pasa por nuestro lado. No se atreve a encontrarse con mis ojos.

—Ven, acompáñame. ¿Se puede saber por qué llorabas?

Me seco las lágrimas y doy un cabezazo en dirección a la mesa de Pelayo. No hay nadie en su cubículo.

—Déjalo —zanjo—. Ahora mismo ya no tiene importancia.

Nos dirigimos hacia los ascensores. Saskia y Agus nos esperan con cara de congoja al fondo del pasillo, junto a la puerta. Pasamos al lado de un póster con colores alegres colgado de la pared que advierte de los peligros de compartir las contraseñas. Ivana prosigue sin percatarse del mensaje, pero yo me detengo a leer cada renglón y a memorizarlo palabra por palabra, como si en cada uno de esos morfemas me fuese literalmente la vida.

Ivana ha estado a punto de agarrarme de la mano, pero no lo ha hecho. Hubiese sido demasiado artificial, aunque yo lo hubiese agradecido. El afecto no va con ella. La perdono. Siempre supe que la perdonaría. Me refiero, claro, a mi madre.

22. El largo adiós

Ni en el más torturado de mis sueños habría podido imaginar un golpe así. ¿Cómo no me di cuenta de lo que le pasaba? ¿Por qué no me preocupé más por ella? ¿No se supone que las hijas nacen con una conexión extrasensorial que las conecta con sus madres? ¿Qué puedo haber hecho mal? ¿Será que en ese mundo paralelo de nuestras vidas la mala hija soy yo y ella una madre ejemplar?

Jota nos recibe en el hospital. La luz que inunda la habitación se va abriendo paso y lentamente van desfilando motas de polvo que flotan indecisas y se posan sobre nuestras narices, pelo, hombros. Yo siento su misma fragilidad, al encontrarme otra vez frente a mi madre, la de verdad, aquella a la que recuerdo sentada bajo una sombrilla, con el pelo rubio hasta la cintura recogido en una coleta, a veces con un libro en la mano, otras simplemente abrazada a mi padre, oculta tras unas gafas en las que se reflejaba el mar, sobre todo el mar, la piel cubierta de sal y de arenilla negra que nunca lográbamos desprender a la primera.

Linda se incorpora al ver que llegan visitas. Desde lejos, su rostro demacrado me recuerda al color de las cenizas bajo las brasas, con ese gris blanquecino que acompaña inexorablemente a la vejez y que anuncia la llegada de la muerte. Si nuestro vínculo hubiese sido más fuerte, quizás habría sido capaz de intuir el poco tiempo del que disponía para perdonarla. Pero no. Mi madre es tan egoísta que ha querido morir de golpe. Y sola.

—¿Mamá?

Cuánto tiempo hacía que no la llamaba así.

—*Kom, hou me vast*, abrázame.

Sin querer, la canción de Volumia acude a mi mente:

«*Hou me vast*. Abrázame. Nadie sabe por qué la muerte nos persigue. Nadie sabe por qué eres la única persona en quién confío. Pero yo sé que te quiero».

Jota y las chicas nos han dejado a solas. Hay por lo menos treinta rosas amarillas en un jarrón forrado con lazos de colores antagónicos, que deslucen unas flores de pétalos gruesos, carnosos, y que seguramente Jota ha encargado en alguna floristería de su barrio. A juzgar por la caja de bombones a la que le falta un solo chocolate, no debe de haber recibido demasiadas visitas. O puede que justo acabe de marcharse algún amigo. Es difícil de pronosticar cuando lo desconoces todo sobre tu madre. ¿Es posible no saber nada de nuestros progenitores a pesar de que creamos saberlo todo sobre ellos? Visto fríamente, que te hayan parido no te da ninguna ventaja para adivinar cómo piensan, cuáles son sus anhelos, sus frustraciones. No dejan de ser personas, a veces más herméticas de lo que nos gustaría, con sus secretos. Yo no he traído chocolates, ni flores, solo he venido con este dichoso nudo en la garganta. ¿Por qué en el colegio no nos enseñan a saber reaccionar ante la muerte?

—Estoy cansada, *schat*. Acércate.

Una cuerda de más de siete vueltas me aprisiona el cuello. Podría haberme teletransportado a una de las clases de mi profesor Aurelio, en aquellas tardes invernales en las que solía amenazarnos con colgarnos de la horca con un nudo alpino cuando nos lanzábamos bolas de papel creyendo que no nos veía. Pero estoy aquí, con mi madre enferma, viendo cómo Jota es capaz de procurarles el cariño que yo nunca podré darle.

—Dice Jota que no quieres oír hablar de la quimio.

¿Por qué cada vez que mi madre intenta un acercamiento yo salgo al paso con observaciones prácticas? ¿Acaso no poseo el gen de la compasión, ni el del cariño, sufro alguna especie de atrofia emocional?

—Hay que *aceptar* las cosas como se presentan. Además, ya no hay opción —se lamenta mi madre.

—¿No eras tú la que decías que había que luchar por tus ideales? ¿¿No te parece suficiente luchar para no dejarme sola?? ¿¿Es que no te ha importado nunca lo que yo opine??

Mamá ha comenzado a toser con una tos lenta y estudiada, como si quisiera ganar tiempo, lo cual, dadas las circunstancias, me resulta ciertamente irónico. ¿Por qué desperdiciar ni un solo segundo? Si te concedieran las últimas cinco frases de tu vida antes de morir, ¿no aprovecharías para dejar huella en las personas a las que más quieres? Ni siquiera le estoy pidiendo una verdad palmaria, quizá le esté precisamente pidiendo todo lo contrario, una mentira piadosa con la que yo pueda vivir tranquila.

Se aclara la voz. Mira hacia un lado como si supiera —¡lo sabe!— que lo que va a decirme me va a resultar una solemne tontería.

—He dejado unos documentos con el traspaso de poderes. He *contractado* un asesor y una consultora especializada en *Call Centers* para que te *ayudan* con todo.

¿Papeles? ¿Poderes? ¿A quién le importa todo eso? Lo dicho. Una boñiga gigante.

—¿Sabes? Sé que quizá no sea lícito ni moral. Pero estoy furiosa contigo. Me atrevería a decirte que te odio.

Mi madre no parece extrañada.

—No he hecho *muchas cosas bien*. Pero hay algo que sí quería hacer por ti. No he llegado a tiempo. *Vergeef me*. Perdóname.

¿Perdonarte? ¿Por haberme abandonado? ¿Por no haberme sabido querer? ¿Por haberme hecho creer que te importaba un pimiento?

He logrado que las lágrimas no se desparramen por las cuencas de mis ojos. Mi madre está en paz consigo misma, es obvio que ni ella ni sus mofletes hundidos esperan nada de mí. Me siento junto a ella, tan cerca que mi pierna roza su brazo entubado. Podría abalanzarme sobre su barriga y dejarme acariciar como un bebé, acurrucarme en su regazo, fingir que sigo en su vientre, resbalar junto a su líquido amniótico por el canal del parto a modo de tobogán y volver a nacer.

—Tengo algo que contarte. —Me sorprende confesándole mi secreto mejor guardado.

Linda apoya uno de sus brazos en mi espalda para que me deje caer sobre su pecho enjuto, pero yo tiro hacia atrás para amortiguar el contacto. Su piel me produce extrañeza. Soy totalmente incapaz de abrazarla. Hace demasiado tiempo que somos un par de desconocidas. Mi madre despegas los labios. Luego se arrepiente y vuelve a juntarlos, como el que sabe que de nada sirve arrepentirse cuando ya es demasiado tarde. Tras un primer intento, saca fuerzas de flaqueza. Su cara refleja lo que todos intuimos: le quedan por articular sus últimas frases. ¿Será capaz de elegir las con el corazón?

—Estoy súper orgullosa de ti. Tu padre también lo estaría *cien por cien*. No he sabido hacerlo mejor.

No está mal para empezar. Pero yo quiero más. Merezco más. Una mezcla de amor incondicional y odio vehemente se arremolina en mi cavidad abdominal.

—¡Podrías haberte esforzado! —exclamo en un tono que se asemeja a la rabia—. Quiero decir, como hacen todas las madres. No te he pedido nunca nada extraordinario.

—Las cosas van como van. Viniste tú y entonces todo *se* cambió. La relación con tu padre *se* cambió. Él te adoraba.

No me lo puedo creer. ¿Me está intentando decir que sentía celos de mí?

—Las personas no somos buenas o malas. Todo depende de las circunstancias. ¿Me acercas un vaso de agua?

Me dirijo a la camarera que yace apoyada junto a la pared, bajo el televisor. Le relleno el vaso que reposa encima de la cajonera a su izquierda. Mientras se incorpora, pienso en cómo puede llegar una madre a renegar de sus hijos. Intento ponerme en su lugar, entender por qué nunca me ha necesitado como yo la he necesitado a ella. ¿Son los celos una justificación suficiente? ¿No se supone que los hijos son lo más importante para sus padres? ¿A qué viene esa falta de afecto? Intento de veras entenderla, justificarla. Necesito encontrar la forma de perdonarla.

—Ojalá pudiera empezar de nuevo. Aunque no te *lo* garantizo que lo hiciera mucho mejor.

Verla tan desvalida me causa una tristeza profunda. El día en que me muera quiero hacerlo en paz, conmigo y con el mundo. No seré yo ni su juez ni su verdugo.

Cuando termina su último sorbo, le arrebató el vaso con un gesto brusco. Lo dejó en el suelo. No quiero pensarlo más. No debo racionalizarlo más. Mi inteligencia cinestésica esquivo uno de los tubos que lleva pegado al cuerpo como un tentáculo succionador de reproches. La abrazo. La abrazo como no recuerdo haber abrazado nunca a nadie, salvo a mi padre. En seguida noto sus manos frías desplazarse por mi rostro, extendiendo sin querer o queriendo, qué más da, mis lágrimas como mantequilla sobre una tostada recién hecha, recién nacida, aún humeante de calor. Vuelvo a la vida. Entonces, con mi oreja pegada al cuerpo de mi madre a modo de ventosa, oigo mi propia voz, una voz distorsionada y extraña que no reconozco y que balbucea en mi nombre.

—Estoy embarazada.

Linda, la especialista en fingir sonrisas, quizás haya dibujado al fin una ilusión sincera... No lo sé, no me despego de mi madre, ya no voy a desprenderme nunca más de ella ni siquiera para mirarla. Luego, ella también se ha puesto a llorar discretamente, lo adivino por medio de su respiración sincopada. Por supuesto, no voy a contarle la verdad. Voy a inventarme un novio de corazón bondadoso y manos anchas como las de mi padre que me quiere, me cuida y me trae los desayunos a la cama. Pero mamá tiene una última frase para mí antes de despedirse.

—Intenté regalarte un hijo. Lo hice para que no estuvieras sola, porque no te mereces estar sola, y porque con ese regalo yo sigo viva. Quizá creas que estoy como una regadera y que nada *que te digo* tiene sentido...

Te equivocas, mamá. Todo cobra sentido. Más de lo que te imaginas. Volumnia vuelve de nuevo a mi mente:

«*Niemand weet waarom de sterren vallen...*

Nadie sabe por qué caen las estrellas.

Nadie sabe por qué la muerte nos persigue.

Nadie sabe por qué hay gente que duerme bajo el frío.

Pero yo sé que te quiero».

23. El amor (a veces) llama dos veces

Han llamado a la puerta. Jota nos anuncia que ha llegado un compañero de trabajo para visitar a mi madre y, de paso, saber cómo me encuentro. Cuando salgo al pasillo la dichosa tos nerviosa se apodera de mi garganta. No puedo hacer nada por reprimirla. Ahí está él. Le tengo enfrente. El mismísimo Sr. Fantástico. Le gritaría que me dejara en paz, le partiría la mandíbula por haberse burlado de mí durante todo este tiempo. En lugar de eso, me reprimo y le doy las gracias por haber venido.

—He pensado que igual necesitabas a alguien que te acompañe en estos momentos tan duros. Ya sé que tienes a tus amigas, pero yo «conozco el dolor a un nivel molecular. Tira de mis átomos. Madre es el nombre que dan a Dios los labios y los corazones de los niños».

—¿Es que siempre tienes una frase de película para cada ocasión? —le pregunto dolida.

—Lo intento. Es mi manera de protegerme.

—Oye, dejémonos de juegos. Sé lo que hacías ese día en el Arts —le suelto sin tapujos.

—¿Disculpa?

—¡Que sé que te estabas tirando a Pocahontas!

Pelayo se ha quedado a cuadros. Su cara parece un poema. Se muestra genuinamente extrañado.

—¿Que yo hice qué? ¿Eso es lo que piensas de mí? Te mandé un correo, ¿acaso no lo recibiste?

—¡Pues claro que lo recibí! ¡Y ya te dije que lo había leído!

—¿Y entonces?

—¡Pues que obviamente no lo leí! Y que te quede claro que no me importa lo que tengáis tú y Pocahontas. Si me disculpas, ahí adentro se está muriendo mi madre.

Pelayo me agarra del brazo para que no me vaya sin oír lo que tiene que decirme.

—Voy a marcharme de la empresa, Álex. Hoy he presentado mi dimisión. Te lo conté todo en el correo.

Hostias. Eso sí que no me lo esperaba. Con razón no estaban sus figuritas. ¿Significa eso que no voy a volver a verle más? De pronto me entran unas terribles ganas de llorar.

—¿Y qué tiene que ver eso con Pocahontas y con el Arts?

—Te lo expliqué. Me han ofrecido la dirección del hotel.

—¿Del Arts? —inquiero atónita.

Pelayo asiente.

La realidad supera la ficción. Esto solo pasa en las películas de enredos. Y entonces, ¿qué hacía allí Pocahontas? Nada de lo que me cuenta tiene sentido. Es un mentiroso compulsivo.

—¿Y Pocahontas? Te vi entrar en una habitación con ella.

A Pelayo se le han abierto los ojos como platos.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Estuve allí.

—¿Me viste?

—Y si no te vi me lo contaron.

De repente he tenido miedo a que, si todo esto termina mal, acabe por denunciarme a la

Agencia Española de Protección de Datos.

—María propició la entrevista. Su padre tiene muy buenos contactos en el sector.

—¿Y por eso se acostó contigo?

—¡Y dale, qué manía!

—¿Por qué si no te metiste con ella en una habitación? —las lágrimas empiezan a resbalar por la mejilla. Esta situación, junto con la congoja de perder a mi madre, me supera.

Pelayo me agarra de los hombros al verme compungida.

—El hotel estaba a rebosar. Coincidieron varias convenciones. Además, iban a despedir al antiguo director. Era una operación confidencial, por eso la reunión se organizó con la máxima discreción. María me acompañó a la habitación donde me entrevistó una amiga suya de personal. Les debí de gustar, porque me dieron el puesto.

—Vaya... lo... lo siento... qué digo... ¡me alegro!

—Dime una cosa —me pregunta ceñudo—. ¿Por qué nunca me contestaste?

Ya vuelve con el dichoso tema.

—Es que te juro que no sé de qué me hablas.

—Te escribí. Te metí un sobre en el cajón.

—Me estropeaste el cajón con un sobre, sí, lo sé. Es una historia muy larga de contar, pero espérame aquí un momento.

Entro en la habitación y agarro el sobre, que he dejado abandonado en una silla con mis pertenencias. Me siento fatal porque he quedado como una insensible que no contesta a los mensajes. ¿Por qué no me mandó un wasap con una carita enfadada junto a un sobre sellado con un corazón? ¿No es lo que habría hecho cualquiera? ¿Por qué se empeña en actuar por fuera de la realidad? ¿Qué le han hecho a él los *emojis*?

—¿Es este? —le pregunto, a pesar de que sé de sobras que lo es.

—Álex, yo...

—Deja, deja. Déjame leerlo.

Pelayo me ayuda con el maldito sobre, abriéndolo por un extremo. ¿Hacía falta cerrarlo a cal y canto con cinta de embalar? De dentro, extraigo una revista de Superman y un folio mecanografiado —sin churres— firmado por él.

Lo que leo en su nota explica muchas cosas. Busco sus ojos. Me seco las lágrimas, que han vuelto a hacer de las suyas conforme leía su misiva.

—¿Es eso cierto? —le pregunto tras unos segundos asimilando sus palabras.

—¿Que lo que pasó entre nosotros fue lo más sincero que me ha ocurrido en la vida? ¿Que si quieres acompañarme allí donde nacen los sueños? ¿Que si sientes lo mismo que yo solo tienes que pedirme que te lleve...?

—... a la Fortaleza de la Soledad —termino su frase leyendo nuevamente su carta y fijándome en la revista.

—Es el primer *Action comics* donde se habla de la Fortaleza, el centro de operaciones de Superman. Un facsímil, claro.

—Como no podía ser de otra manera —sonríe—. ¿Es ahí donde has querido llevarme todo este tiempo?

—Ahí es donde quiero pasarme el resto de la vida. Con o sin ti, claro.

Le he dado unos puñetazos en el pecho que han terminado por robarle una sonrisa. A Pelayo se le marcan los hoyuelos, y yo me alegro de no habérselos partido antes con mis puños. Todo esto solo significa una cosa: que igual se muere por mis huesos, que puede que le importe, que al fin y al cabo no debo de tener tan mala suerte, que ...

Pelayo me aprieta entre sus brazos. Una corriente galvánica me despierta los sentidos. Debería apartarme de él, no sería justo que yo disfrutara de una nueva felicidad mientras mi madre agoniza detrás de la puerta, pero una fuerza invisible me mantiene cerca de sus labios. Detrás de sus dioptrías adivino un corazón valiente. Sus manos son anchas. Su piel huele a bollos de mantequilla recién horneados.

Nos abrazamos durante largo rato, pero siento que debo confesarle mi mayor secreto.

—Yo también tengo algo que contarte —le confieso—. No sé por dónde empezar...

Pelayo se aparta unos centímetros y clava sus ojos verdosos en mis labios, intrigado.

—«Hay héroes, entre nosotros. No para hacernos sentir más pequeños, sino para recordarnos lo que nos hace grandes» —le digo, incapaz de sincerarme.

—¡Eh! ¡Eso se lo has robado a Lois Lane!!

—¿Y qué pasa? ¡He hecho los deberes!

—¿Y qué más te has aprendido de memoria?

—Que Superman fue un «faro para el mundo». Que no solo salvó a la gente, sino que también les hizo ver lo mejor de sí mismos. Como creo que haces tú.

Nuestras bocas están cerca-cerquísima. Sus labios rozan los míos. No me atrevo a respirar. Ahora lo sé. Mi recuerdo no olía a pan recién horneado. Ni a croissant de mantequilla. Mi recuerdo olía a Pelayo Ruíz Pulido.

—Tengo miedo —le confieso.

—No lo tengas. «Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal». Lo dijo Kenshin y lo digo yo.

Sus palabras se introducen en mi boca como si conocieran el camino. Pelayo me rodea la cintura y acerca sus labios carnosos a los míos. De repente, un *flash* acude a mi mente: Pelayo encima de mí, delicado, pero imponente; yo, encima de Pelayo, proyectando sobre él mis poderosos campos de energía, como una verdadera heroína...

Describir el beso del Capitán América sería como contar lo que se experimenta al pisar por primera vez la luna. Es una sensación de haber hecho historia. Mis músculos se relajan. Dejo que sus brazos se ciernan sobre mí. Juraría que he llegado a la estación de mi destino. Me siento fatal por no estarle contando la verdad. Pero no es el momento. Aún no sé si es el mejor padre del mundo. Aunque tiene muchos números para serlo.

Mientras yo me dejo atrapar por las redes del Hombre Araña, en la habitación contigua mi madre se debate entre la vida y la muerte. Todo fluye. Nada es para siempre. Vamos y venimos como troncos de un naufragio, sobre las olas. Algunos llegan a la orilla. Otros se desintegran sin que nadie les eche de menos. En mi vientre un pececillo opta por el milagro de la vida.

Me siento como en el poema de Wallace Stevens: rodeada de agua inhumana del océano verdadero.

24. La suerte de las mariposas

Mi madre murió feliz, rodeada de los suyos. Mi prima Anouk se quedó unos días más tras su muerte y aprovechamos para montarnos en lo alto de la noria del Tibidabo. Desde arriba tiramos papelitos con nuestros deseos más profundos, como el que lanza una botella al mar con un mensaje. Algunos se harán realidad, otros se fundirán con el ADN de la lluvia. Pero nadie podrá acusarnos de que no lo hemos intentado.

Ivana ha terminado su primera novela y, a pesar de que todavía no ha conseguido convencer a ninguna editorial de sus posibilidades de éxito, se la ve feliz: por fin concluye algo de lo que empieza.

A Agus le salió un pretendiente motero con el que se recorrió media Europa. Era divorciado, tenía tres niñas y cuando se juntaban para celebrar sus respectivos cumpleaños parecían la tribu de los Brady. Mi amiga cree que el amor de pareja está sobrevalorado y que no necesita ningún hombre a su lado para sentirse realizada. Ojo, a menos que la quiera al trescientos por cien.

Saskia ha sido elegida para un anuncio de perfumes. Está pletórica. Ha dejado a Zoltan y sigue albergando el sueño de mudarse a Estados Unidos para seguir con sus clases de interpretación. Algún día le pediré que me enseñe técnicas de autoestima. La voy a echar muchísimo de menos, si se marcha.

Pelayo dejó de hablarme durante un par de días cuando le conté que estaba embarazada. Pensé que todo había terminado, pero aquí está, un poco asustado, pero no menos que yo. Le ha comprado a Robbie su segundo disfraz de Batman. A nuestro hijo le quedan unas semanas para nacer y ya tiene más disfraces que Mortadelo. Será niño. Pelayo se empeña en llamarle «Robin», por motivos que huelga mencionar. Yo le guardo un vestido rosa chicle por si algún día le da por convertirse en super heroína. Sé que Pelayo le leerá historietas los días que salga a cenar con mis amigas y que, cuando regrese, me los encontraré dormidos, con mi hijo abrazado al cuello del genio de los cómics.

En cuanto a mí, la mayoría de los días considero que la vida me ha tratado bastante bien. No sé si he encontrado el amor verdadero, aquel al que le cederías el pedazo más tierno de tu solomillo, pero es un amor de película, de eso no cabe duda, y, por lo pronto, es lo más parecido que he encontrado al amor incondicional de mi padre. Que ya es mucho. Tengo a las amigas más poco convencionales del planeta, con las que me río mogollón, y al Capitán América velando por mis sueños los trescientos sesenta y cinco días del año. Bajo estas circunstancias, ¿qué más le puedo exigir a la vida?

En unos días habrá chupetes, biberones y sonajeros esparcidos por todas las estancias. Mi vida y mi salón serán un campo de batalla. Desollada, moribunda, sin aliento, me iré a la cama feliz de seguir con vida.

Mañana, como todos los días, se libra una nueva cruzada en esta esquina del universo.

Agradecimientos

A Silvina, por su implicación. Te mereces el cielo, amiga.

A mis chicas, Marga, Sabina, Sara, por quererme.

A Julia, por su incondicionalidad.

A Elsa, por el reencuentro.

A mis profesores del Ateneu, Rosa María, Juan, Enrique, Olga, por sus consejos.

A Javier, por creer en mí.

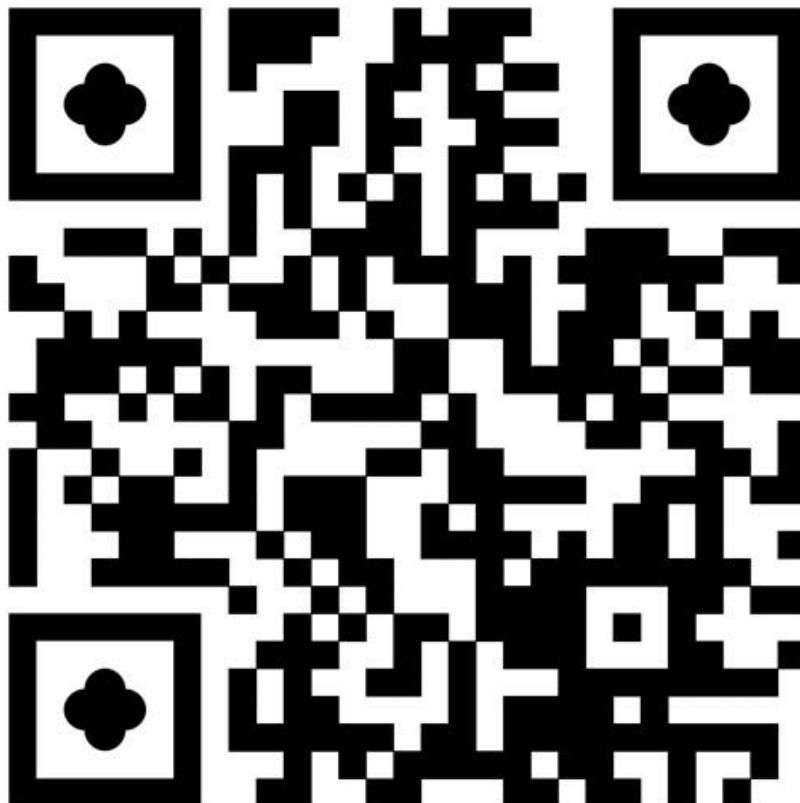
A Laura, por las risas.

A Inma, por su detallismo.

A James, por la complicidad

Gracias por haber llegado hasta aquí

Me encantará conocer tu opinión. Puedes dejarme una reseña visitando:



*Y si quieres contarme tu experiencia, puedes seguirme en Redes en la cuenta
@yolandacolome_escritora*

¡Nos vemos en la nube!